

Diálogos con Leucó

Cesare Pavese

Fundación Editorial

elperroylarana

COLECCIÓN
Poesía del Mundo
serie
Contemporáneos



Colección Poesía del Mundo
Serie Contemporáneos

Diálogos con Leucó



Caracas - Venezuela

Cesare Pavese

Diálogos con Leucó



Traducción y noticia sobre el autor
Marcella Milano

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

© De la traducción: Marcella Milano

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño y diagramación de la colección:

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Edición al cuidado de:

Xoralys Alva

Julio Bustamente

Zenaida Peña

Maria Victoria Sosa M.

Hecho el depósito de Ley

Depósito legal: 40220088005282

ISBN: 978-980-14-4272-1

Depósito legal: DC2018001615

Presentación

Poesía del Mundo, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas; he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras más preciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio asequible. Es aspiración del Ministerio del Poder Popular para la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones y del aporte invaluable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la **Poesía del Mundo**.

Sobre la presente edición

Pavese era un hombre de múltiples facetas y, así como él, su obra se muestra esparcida en los distintos territorios de la literatura y también de la crítica literaria. Surge como poeta en 1936, con *Trabajar cansa*. La recopilación se reedita en 1943, añadiendo treinta y un poemas y suprimiendo seis. Pavese toma el camino de la poesía narrativa: ritmos narrativos, tono coloquial, verso alargado y de amplia cadencia. Establece un primer canon poético en su ensayo *El oficio de poeta* (1934), donde expresa la necesidad de que las palabras se adhieran a las cosas. Sus primeras ideas poéticas serán posteriormente modificadas para evitar que la poesía narrativa se convierta en un boceto naturalista.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Pavese se dedicó, entre otras cosas, al estudio etnológico, elaborando una teoría del mito recogida sumariamente en el artículo *El mito*. Su consagración del mito deriva de la idea según la cual en la infancia se crean mitos y símbolos que forman una especie de memoria atávica. Para Pavese el mito es una norma, es el esquema extraído de algo que ha ocurrido una vez y que vale para siempre. Es algo que ha tenido lugar fuera del tiempo normalmente aprehendido por la conciencia. Pavese se aleja de cualquier representación realista, estableciendo, como principio de poética, la necesidad de focalizar el fondo mítico e irracional propio de cada individuo y que determine su personalidad y su destino.

En *Diálogos con Leucó* se observa cada una de estas reflexiones. Las inquietudes existenciales del propio autor se enlazan mágicamente con la mitología griega y el

pensamiento mayéutico socrático. La destreza en el modo de escribir del discípulo de Sócrates, Platón, y de Pavese confluyen en el método de investigación y de enseñanza mayéutico en el que el diálogo es una de sus partes fundamentales. *Diálogos con Leucó*, entre otras cosas, nos muestra que Pavese, del mismo modo que Platón, considera que la verdad se muestra en el intercambio de ideas entre diversos interlocutores. Aquí el mito cobra una particular importancia. Pavese se vale del diálogo y devuelve la vida a los mitos para que la interacción entre ellos le ayude a comentar la condición humana.

Dioses, héroes y hombres deambulan por las páginas de estos diálogos breves y hermosos en los que se entremezclan pasado, futuro, destino y rebeldía. La presente edición de los *Diálogos* de Pavese toma la extraordinaria traducción que Marcella Milano hiciera para Siglo Veinte, Buenos Aires, en 1968.

Los editores

Noticia sobre la vida y la obra de Cesare Pavese

*Vamos, trabaja. Con la cabeza agachada, con los dientes apretados, sin decir palabras, como una bestia. verás que te dará resultado. Te doy mi palabra de honor. yo, antes, no podía “mantenerme atado a la silla”; mientras que ahora, sin esfuerzo, me preparo para un examen bienal, estudio un montón de cosas y de cuando en cuando saco afuera como un gallito poesías y novelas. Pero estoy siempre tenso sobre mí mismo, como un avaro sobre su dinero. Lo mejor de mí te lo sintetizaré en una frase barroca pero expresiva: apretar los dientes y sin una palabra darse de cabezazos contra el porvenir (que te aseguro es más duro que el granito).
Cheicos será.(1)*

DE UNA CARTA DE PAVESE A UN AMIGO, DEL AÑO 1928

Cesare Pavese nace en San Stefano Belbo, un pequeño pueblo situado entre las colinas, los viñedos y los campos de las Langas (2) piamontesas, el 9 de septiembre de 1908, en una casa ubicada en un valle manchado de sol y de trigo dorado. Haber nacido allí, era para Pavese “un destino feliz”, porque su padre, empleado del Tribunal de Turín, volvía con la familia al pueblo –donde poseía un terreno y la casa– únicamente en el verano, la estación que para el escritor fue la más simbólica y la más celebrada. Adora vivir en el campo, donde pasa el día leyendo, escondido entre el ramaje de un árbol como un pájaro, en medio de ese paisaje que lo penetra y lo invade, y se transforma en el mítico paraíso de

su infancia. Ese universo de sensaciones remotas, filtrado a través del recuerdo, adquirirá en su memoria la transparencia del espíritu: de su trasposición posterior al plano artístico, no podremos negar la fuerza y el encanto.

Tiene seis años cuando queda huérfano de padre que, enfermo desde que él vino al mundo, muere de un tumor en el cerebro –un padre que no *recuperará* nunca, ya que el tema del “bastardo” se encuentra hasta en su última obra *La luna y las fogatas*– y que se venga transfiriéndole al hijo *su* mal incurable. Así lo fantasea Pavese cuando lo asalta *el dolor en la nuca* y se pasa agua fresca sin lograr calmarlo.

Allí en San Stefano Belbo se pone el primer delantal blanco; entreteje sus sueños infantiles de naturaleza y esos sueños caracterizan su vida y su arte.

Podemos entonces comprender la fractura interior del desarraigo, cuando la madre, dos años después, vende la tierra y decide retornar con los dos hijos a Turín. Tardará varios años en aceptar la ciudad de adopción, que la nostalgia de las colinas le hará sentir más hostil, hasta *descubrirá sus misterios, la poblará de símbolos y lo amará todo con cautela desesperada*. Es el fin de la *adolescencia*: la ciudad es la aventura que le toca al hombre llegado del campo. Desde entonces el campo significará la infancia y la adolescencia: la *ciudad* será la *madurez*.

Su vida de estudiante transcurre en la espera espasmódica de la estación cálida y sensual en la que puede ceder al llamado nostálgico de la tierra, para sumirse en la fascinación que tienen para él los lugares de la infancia, que él después identificará con las raíces simbólicas de su propio destino. Toda su obra será después la búsqueda incesante de

un equilibrio entre los dos temas: *campo-ciudad*. *El campo* será lo *primitivo*, la *infancia*, la *memoria*, el *pasado*; el campo estará impregnado de la tradición y de los ritos antiguos, oscuros, míticos y ancestrales. La ciudad será *progreso*, fermento de *cultura* y de *modernidad*; será el *presente* y el *futuro*; en sus *calles*, en el continuo anhelo de la *colina*, se macerarán las experiencias del hombre. Con la temática del campo él perseguirá la afirmación de su propia subjetividad; con el motivo de la ciudad, la tentativa de conciliación con el mundo exterior. Del antagonismo que surge en el contraste, él plasmará uno de los principios más poéticos y más fecundos de todo su arte.

En 1930 termina la facultad y se doctora en letras con una tesis sobre la interpretación de la poesía de Walt Whitman. Es el primer italiano que habla del autor de *Canto a mí mismo*, extensa y críticamente, casi descubriéndolo y anticipa esa etapa, importantísima dentro de la trayectoria de su trabajo intelectual de traductor, introductor y comentarista de autores ingleses y norteamericanos.

Al año siguiente pierde a la madre. Ahora el único vínculo que le queda es la hermana María, que va a vivir con él junto con el marido y sus dos hijas, en la misma casa materna de la calle Lamármora.

Comienza entonces su actividad de profesor de italiano, latín y filosofía, pero su falta de adhesión a la política fascista le permite sólo una tarea transitoria en colegios nocturnos y clases privadas. Obtendrá autorización para enseñar el idioma inglés algunos años más tarde.

Al constituirse en Turín la sede de la Editorial Einaudi, entra a colaborar en la dirección de la revista *La Cultura* y toma

contacto con grupos intelectuales, comprometidos también políticamente. Al profundizar su tarea de investigador de la literatura americana, se impone a la atención de la crítica y del público, porque al contraponer los contenidos vitales del horizonte cultural americano del siglo pasado al conformismo casi total del ambiente italiano en tiempo de dictadura fascista, permite que se vea proyectado, como en una amplia pantalla, *el gigantesco teatro donde con mayor frecuencia que en otras partes es recitado el drama de todos*.

En 1934 está entre los dirigentes de la revista *La Cultura*. El 15 de mayo de 1935, en Turín, la policía arresta a unas doscientas personas, entre las que figuran muchos intelectuales pertenecientes al movimiento “Giustizia e Libertá”. Entre ellos están Cesare Pavese y toda la redacción de la revista. Permanece quince días en la cárcel Le Nuove de Turín, dos meses en la cárcel Regina Coeli de Roma, varios días en la cárcel de Nápoles, hasta que es condenado por antifascista a tres años de exilio en una pequeña aldea de Calabria.

Desde la humildad solitaria de su nueva condición de confinado en su pieza-celda a la orilla del mar, casi como por una exigencia psicológica de defensa frente a las condiciones de la vida carcelaria, completa y corrige –por correspondencia– la primera edición de *Trabajar cansa*. La experiencia de la cárcel que, desde el punto de vista político resulta sin relieve, marca su espíritu porque exagera la tendencia a encerrarse en sí mismo en la celosa soledad, a refugiarse en el escepticismo y en su inclinación obstinada.

Obtiene un indulto y a finales de marzo de 1936 está de vuelta en Turín. Concluye dolorosamente una experiencia

sentimental que para el hombre que volvía del exilio de un año, debilitado en sus energías vitales, significa una crisis que investirá todo el orden interior, su fe en la vida y en sí mismo. Porque en ese amor —y en todos los que sobrevendrán después— él ha puesto en juego todo su destino de hombre, hasta encontrar el fondo de su *corazón vivo*. Es a través del amor que trata de resolver las antinomias que desgarran su espíritu, que él mismo define: *voluptuoso-trágico, vil-irónico, sensual-ideal*. Su lema es: *O todo o nada*. Su pesimismo es tan arraigado porque sabe que la salvación para él puede ser total o frustrarse totalmente. Porque este hombre “capaz de desencadenarse pero no de resistir, que sabe que un derrumbe hacia las criaturas, hacia cualquier criatura, sería solamente una recaída, jamás un renacer”, en su manía de absoluto en la relación con las personas y con las cosas, llegó a pedir al amor, a la vida, una posesión total e irrealizable. “Uno no se mata por el amor de una mujer. Uno se mata porque un amor, cualquier amor, nos revela nuestra desnudez, nuestra miseria, nuestro desamparo, la nada”. En la búsqueda de absoluto que él identifica con el estado de pureza y de perfección original en la relación con *todos* los seres, está la defensa contra ese *nada*. En la creación encontrará la embriagadora catarsis. Escribe:

El futuro vendrá de un largo dolor y de un largo silencio. Presupone un estado de tal ignorancia y extravío que sea humildad; el descubrimiento, en suma, de nuevos valores, de un nuevo mundo. La única ventaja que tendré sobre mis primeros veinte años, será la de tener ya la mano hecha, el instinto inconsciente. La desventaja, la cosecha anterior y el agotamiento del fondo.

En el *Diario*(3) comienza a documentar la historia de su vida interior, la búsqueda de una manera de estar en el mundo, la formación de una cultura cada vez más sugestiva y brillante y, por encima de todo, sigue el desarrollo del discurso autocrítico y técnico sobre sus problemas creativos.

En “Secretum Professionale”, que es un prólogo al *Diario*, rehace la historia de su poética y aclara el concepto de poesía-relato, nacido de su exigencia de narrar en versos largos historias que estuvieran en condiciones de satisfacer su necesidad de establecer una relación concreta con las cosas y el paisaje, su ansia del lirismo y, al mismo tiempo, su sed de recrear, aun mediante imágenes realistas, figuras arquetípicas y primordiales. Para salvarse del peligro de caer en el naturalismo, descubre la *imagen poética* y la sustituye por el desarrollo objetivo de la trama, hasta que esta forma de narrar se le revela “vacía”, *porque nada puede distinguir las palabras que evocan una imagen, de las que evocan a un objeto*. Se trata entonces de *evitar una representación naturalista de la realidad, y describir, no importa si directa o imaginariamente una realidad simbólica*.

Pavese busca nuevos medios expresivos que sostengan esa nueva visión interior e intuye que para lograrlo “hace falta la prosa, hace falta el diálogo, para hacer decir a los personajes las cosas absurdas-ingenuo-míticas que interpreten vivazmente la realidad. Los hechos podrán ser narrados en la forma más abierta del cuento, no porque así lo quiere la realidad, sino porque así lo decide la inteligencia”. El conocimiento, entonces, mediatiza la realidad, y la única forma del conocimiento es el recuerdo, la memoria del tiempo. Materia de la narración es el

tiempo: la dificultad reside en transformar el *tiempo material*, monótono y bruto, en un *tiempo imaginario*, que posea, sin embargo, la misma consistencia del primero. Las frases clave de la narración estarán siempre en presente; las demás, aun cuando estén en pasado, convergirán siempre hacia él.

Memoria de dos estaciones es el título originario de *La cárcel*, la primera novela corta introspectiva, con la cual concreta la decisión de crear atmósferas a través de la memoria. La escribe entre noviembre del 36 y abril del 39 y la publica diez años después. El motivo del confinamiento, ya sellado en los poemas de ese período y transferido a los primeros cuentos del libro *Noche de fiesta* (que será publicado póstumamente), reaparece tres años después y fusiona su punto de vista con el pensamiento. La historia de Stefano, el intelectual que *sabía y aceptaba, soñaba y recordaba*, une los dos momentos de la experiencia de su autor; el tiempo en que la vive y el tiempo en que la narra. Las cosas no se descubren sino a través de los recuerdos que nos dejan. Sólo entonces las vemos por primera vez y son nuestros auténticos descubrimientos. El tiempo que transcurre entre el *conocimiento* y el *reconocimiento*, pertenece a la esfera de la conciencia, que es el vehículo para la conquista de lo real. “El verdadero estupor está hecho de memorias, no de novedad”. Si es el pasado que determina el presente y el porvenir, podemos afirmar que la infancia es el primer estadio del conocimiento, el tiempo en que las experiencias fundamentales irrepetibles permanecen en nosotros como un punto fijo y filtran a la conciencia por el trámite de la memoria.

Comienza un nuevo año y escribe: “Ahora todas mis energías estarán dirigidas a la creación”. A fuerza de

conciencia escrupulosa y de dura voluntad este piamontés introvertido vuelve a atarse a la silla⁽⁴⁾ para seguir transformando en potencia su voluntad de trabajo.

Desde Turín, retorna frecuentemente a San Stefano Belbo y redescubre a su pueblo que, “ahora que llega desde tan lejos ama hasta la locura”. Desde lejos... a través de *Los mares del Sur*, ha llegado a *Trabajar cansa*, se ha descubierto en las cosas remotas de la América de principios de siglo; se he reencontrado en una dimensión madura con los clásicos italianos y griegos del colegio; ha ampliado sus intereses hacia las investigaciones de los mitos y de las religiones; ha tomado posición frente a la tragedia que sacude al mundo; ha comenzado su fértil etapa de narrador y “se siente intelectualmente ágil y con la fuerza contenida del gato”.

1940: la guerra, la experiencia extrema que todos, escritores y no escritores, hemos padecido durante cinco años⁽⁵⁾ en un mundo que cada día se parece más al infierno.

Pavese continúa con intensidad su tarea en la Editorial Einaudi. La dimensión en que se desarrollan sus últimos diez años de existencia, es, como siempre, la del trabajo, la del “oficio”. La suya es una vida monótona, pero de la monotonía que es, tenacidad y máxima concentración del capital interior. “Quien no ha tenido una dura voluntad, es el que está más decidido a conquistar esta potencia, porque sabe bien cuánto ella vale (Alfieri)”⁽⁶⁾.

En 1941 publica su tercera novela, *Allá en tu aldea*, su máxima tentativa de extroversión expresionista. La crítica, que no conoce sus dos obras anteriores, lo “descubre” como narrador. Mientras tanto ha puesto en el cajón también *El*

hermoso verano (lo dejará nueve años) y ha publicado *La playa*.

Inicia su colaboración oficial con la Editorial Einaudi,

donde su presencia es cada vez más indispensable. Todas las colecciones llevan el sello de su interés, de su talento, de sus cuidados tenaces y vigorosos. Las distracciones personales ya no son admitidas, ni queda una sola hora libre del día o de la noche, entre el trabajo y las reuniones políticas, mientras el país se hunde cada vez más en la guerra.(7)

Ahora se prepara para la prueba de *Feria de agosto*, en la que la memoria asociativa y la capacidad creadora son los polos hacia los cuales converge constantemente la búsqueda de la relación entre poesía y mito, que es el corazón vivo de toda su obra poética(8).

Leyendo *La rama dorada de Frazer*, descubre que nombrar a los objetos del paisaje no es sólo evocar la naturaleza, sino celebrar la repetición del evento mítico. En el pasado de la humanidad

la uva, el trigo, la cosecha, las gavillas, habían sido dramas, y contarlos con palabras era como rozar sensaciones profundas en las que se agitaban la sangre, los animales, el pasado eterno, el inconsciente. El animalito que huía en medio del trigo era el espíritu y tú fundías lo ancestral con lo infantil y tus recuerdos de los misterios y de los temblores campesinos, adquirirían un sentido único y sin fondo.

Para Pavese el mundo sentido en su espontaneidad originaria está lleno de poesía y la verdad de la poesía—ahora lo sabe— es el mito. Las exigencias de sus sentimientos, las verdades de su corazón, buscan con intensidad la pureza en la conmoción de vivir que experimentó cuando niño.

El descubrimiento de las raíces fantásticas del instante-eternidad, la posibilidad de reencontrar su propia mitología personal en las raíces de la infancia para darle nueva significación, lo hacen luchar para superar el pasado y dominar el propio destino, *lo que de mítico tiene una entera existencia, un drama*, el ritmo obligado, la forma de la vida.

Cada uno de nosotros tiene un fondo originario y mítico que arranca sus raíces en la infancia y gobierna todos sus comportamientos vitales. El niño no tiene conciencia de vivir en ese mundo mítico, en ese estado prepoético que es el único momento espontáneo de la inspiración que proveerá después el material a la poesía. El niño conoce el mundo a través de símbolos prefabricados: palabras, cuentos, viñetas que el hombre adulto transfigura en realidades simbólicas y arquetípicas. Descubrir *los mínimos instantes estáticos*, es entonces una manera de posibilitar nuestros auténticos contactos con la realidad. Es la memoria la que consagra la repetibilidad de estos gérmenes míticos, engendrados en la esfera de lo instintivo-irracional, donde no existe el antes o el después, la segunda vez y la primera, porque en la esfera del ser y del éxtasis no existe el tiempo. Para reencontrar ese estado instintivo que influye sobre nuestra entera realidad, más que de un esfuerzo mnemónico necesitamos un total desnudamiento de nuestra propia esencia: no basta redescubrir el pasado, no basta buscar lo que es verdad absoluta, debemos salir de tiempo y

saber lo que somos: si llegáramos a ver con claridad nuestro fondo, no podremos evitar tocar lo que fuimos de niños.

Mito, la palabra brotada del *humus* de su origen campesino, que ya recorría los poemas de *Trabajar cansa*, está presente como temática en *Allá en tu aldea* –su primera experiencia pre-mítica– pero reaflorea y se arraiga en su espíritu durante uno de sus viajes al “lugar único” de su infancia, en el que descubre las imágenes trascendentales que transforman los lugares de su universo privado en “lugares sagrados”.

La carta que sigue(9), enviada desde “su aldea” a la amiga y confidente Fernanda Pivano, nos revela quizás el momento mismo en que la exigencia del mito es vivida por Pavese como una elección, es la anticipación absoluta de las derivaciones cultas que del mito hará después en el mismo *Diario* y en posteriores ensayos.

San Stefano Belbo, 27 de junio de 1942

Querida Fernanda(10) [...] Sucede que ardo de amor por las *Geórgicas*.(11) Y he aquí por qué. Reencontrarme delante y en el centro de mis colinas, siempre me estremece en lo más hondo. Ud. debe tener en cuenta que las imágenes primitivas, es decir, el árbol, la casa, el sendero, la noche, el pan, la fruta, etc., se me han revelado en estos lugares; mejor dicho en este lugar, en un determinado cruce del camino donde hay una gran casa, con una cancel roja que chirría, con una terraza sobre la que caía el fertilizante que le daban a la parra y yo me ensuciaba las rodillitas; y volver a ver estos árboles, casa, vid, senderos, etc., me da una sensación de potencia fantástica extraordinaria, como si me

naciera adentro, en este mismo instante, la imagen absoluta de estas cosas, como si yo fuera un niño, pero un niño que lleva en ese descubrimiento una riqueza de ecos, de estados, de palabras, de retornos; en fin, de fantasías verdaderamente desmedidas. No he vivido otros veinte años más por nada[...]

Ahora, este estado de virginidad auroral que estoy gozando, tiene el efecto de hacerme sufrir, porque sé que mi oficio es transformarlo todo en “poesía”. Lo cual no es fácil. Más bien, mi primera idea ha sido que cuanto he escrito hasta ahora eran cosas tontas, trazadas según esquemas distintos, que no poseen ningún sabor del árbol, de la casa, de la vid, del sendero, etc., como yo los conozco[...] Comprendo que son otras las palabras, otros los ecos, otras las fantasías que hacen falta. Un mito hace falta. Hacen falta mitos universales, fantásticos, para expresar a fondo y de manera inolvidable esta experiencia que es mi lugar en el mundo. Pensaba que describir historias de campesinos (aun psicoanalizados y transfigurados) no basta todavía. Describir paisajes, además, es cretino. Hace falta que los paisajes —mejor: los lugares, es decir, el árbol, la casa, la vid, el sendero, etc.— vivan como personas, como campesinos, es decir: que sean míticos. La gran colina—teta debería ser el cuerpo de la diosa, para la cual, en la noche de San Juan, se podrían encender las fogatas y celebrar culto. La dulce colina escarpada, que huye hacia el vacío, sería el camino recorrido por un héroe civilizado (un Hércules o un Adonis) cuando, después de beneficiar a la gente, parte hacia una empresa desconocida. El campo desnudo y tremendo, desolado, en la cumbre de la colina más alta, más allá de los árboles y de las casas, una especie de altar donde descenden las nubes a celebrar sus connubios con los mortales más inteligentes [...] Pero he entendido las *Geórgicas*. Que no son lindas porque describen

con sentimiento la vida de los campos, sino porque impregnan el campo de secretas realidades míticas, van más allá de las apariencias y muestran, aun en el gesto de estudiar el tiempo o afilar una hoz, la fugaz presencia de un dios que lo ha hecho antes, o lo ha enseñado.

Chau

Pavese

Esta carta agrega a su valor autobiográfico la infinita riqueza de temas que documenta. Conmueve reconocer allí a *Diálogos con Leucó* en estado embrionario. Pero lo que se destaca es la ambición de Pavese para resolver en la obra poética todas las culturas recientes y pasadas –aunque vivas y vibrantes– y buscar, en nombre de la poesía, una síntesis entre clasicismo y etnología. Une y funde dos momentos de su posterior elaboración de la doctrina del Mito; el *mito clásico* (*Las Geórgicas*) y el *mito etnológico* (aquí Frazer, aunque la idea del tiempo arquetípico –el estado auroral– pertenece a Mircea Eliade). Además está el puente tendido por el clasicismo rústico de Vico –*los universales fantásticos*– tal vez hacia un tercer momento: el del psicoanálisis, nunca explicitado(12), ni en la carta, ni en el resto de la obra pavesiana.

Si insistimos en subrayar la alusión a *Las Geórgicas*, es porque sabemos que Pavese aspiró siempre a continuar la ilustre tradición humanista italiana para encontrar una relación entre su actividad de poeta y escritor y el mundo de la literatura clásica, que por otra parte lo fascinaba desde los años de su formación escolar. Pavese

había llegado con gran esfuerzo a leer “los griegos” como un griego, y en las horas de ocio salmodiaba con triste entonación los versos de *La Iliada* en voz alta. Es sumamente fácil seguir la evolución de su contacto y de su interés por el clasicismo en las anotaciones del *Diario*. Las noticias sobre Herodoto, Homero y Platón; sobre Horacio, Lucrecio y Virgilio, confirman su vinculación con el clasicismo, que en Pavese fue una experiencia cultural decisiva para la exploración del mundo antiguo de los *Diálogos con Leucó*.

Pero el Pavese de *Diálogos con Leucó* no es sólo el Pavese de dimensión clásica que aspira a injertarse en una tradición ilustre e indiscutible, sino el Pavese de la libre y soberana fantasía creadora. Lo anota él mismo en el *Oficio de vivir*:

Los dialoguitos conservan los elementos, los gestos, los atributos, los nudos del mito, pero del mito suprimen la realidad cultural arraigada en una historia de injertos, calcos, derivaciones, etc., (que hace que nosotros los comprendamos). De los mitos suprimen también el ambiente social (que los hacía aceptables a los antiguos). Lo que queda es el problema, que tu fantasía resuelve.

El derecho a la libertad de la fantasía es conciliado con la conciencia de clase y el compromiso social de *El compañero*, que publica algunos meses antes de los *Diálogos con Leucó*. Las dos obras serán, él mismo lo dice: “los extremos entre el símbolo y el naturalismo”.

La coherencia moral y fantástica de Pavese, su capacidad de ser espléndidamente monótono como lo es todo

escritor auténtico, hacen que en *Diálogos con Leucó* llegue a resumir los mitos personales en motivos de destino universal. La teoría del *Mito*, que como ya hemos dicho, en la época de *Trabajar cansa* era elaborada como una simple intuición de la memoria, como redescubrimiento de la infancia, en *Diálogos con Leucó* evoluciona hacia las interpretaciones de los “universales fantásticos” de Vico, hacia los *absolutos* de la realidad y de la experiencia interior.

Para Pavese “un mito digno de ese nombre, no puede surgir más que sobre el terreno de toda la cultura existente”, y es Grecia, entonces, la que encontramos aquí contrapuesta a su Piamonte cálido y sensual que, sin embargo, ya nos devolvía el eco de un pasado infinito. También la *colina* está ausente, sustituida allí por las cumbres, las rocas, los barrancos y los pantanos de un mundo hórrido y salvaje que se impone.

Así, la antítesis *ciudad-campo*, en *Diálogos con Leucó* es la antítesis *Olimpo-titanes*. El mundo del mito o *caos* (lo indistinto irracional, el mundo del éxtasis y del misterio), es enfrentado con lo *olímpico-espiritual*: el *Logos*, mundo del pensamiento o de la palabra, y por lo tanto de la expresión y su comunicabilidad. Al preinconsciente irracional se sustituye la conquista ética del *hombre-libertad*, que a través del orden —la obra de arte— cumplirá el esfuerzo de esclarecer sus propios mitos. Si es el arte quien lleva el orden adonde está el desorden, es el poeta quien debe reducir a claridad sus propios mitos, socavarlos, pulirlos, depurarlos, con persistente monotonía como conquista de la propia verdad.

En 1948-1949 comienza la etapa de máxima plenitud en el trabajo, aquella en que condensa la mayor utilización de su

propio capital interior en el ciclo narrativo que denomina *la realidad simbólica* (de sus nueve novelas, el más denso y el más dramático): *La casa en la colina*, *El diablo en las colinas*, *Entre mujeres solas*, *La luna y las fogatas* (esta última escrita a razón de casi un capítulo por día).

En enero del 49 anota: “Sabía lo que quería y sé lo que vale ahora que lo tengo. No quería esto solamente. Quería continuar, ir más allá, comerme otra generación, volverme perenne como una colina”. La dura voluntad sigue sosteniéndolo firme: “Desde mañana se continúa impertérritos. No diré se comienza, porque no se comienza nunca. Hay siempre un pasado, una primera vez también en esto. Mañana volveré a trabajar duro como ayer”. Pavese sigue eligiendo estoicamente el deber y se pregunta: “¿Que el valor resida en esto y no en las obras?”

Hay un límite, sin embargo, a la voluntad tenaz de este hombre que ya a los dieciséis años se observaba vivir para entender si podría llegar a ser maduro, y a los cuarenta y dos seguía repitiendo *ripennes is all*, la madurez es todo.

“El amor es verdaderamente la gran afirmación”.

El límite *es una* mujer.

Cuando encuentra a la *última*, la actriz californiana Constance Dowling, y siente que es la justa, que *es ella*, la llegada desde el mar, la que lo hace sentir verdaderamente hombre, tiembla: “Te ha sido dada. ¿A quién, a quién, a quién agradecer? ¿Contra quién imprecicar el día que todo se desvanezca?”

Ese día ya está al acecho. “Algo acontecerá”.

El *Oficio de vivir* precipita lentamente hacia su conclusión. Detenerse sobre las últimas páginas es interpretar a un hombre que en la cumbre de su humano dolor, sigue

imprimiendo a su vida, sedienta de amor y de verdad, la cadencia de una agonía. Es como escuchar un ritmo persistente y obstinado, dolorosamente dulce y nostálgico.

1949-20 de noviembre. “Amor como siempre lo quisiste. Primero anhelabas tenerlo; ahora temes perderlo”.

Y sólo pocos meses después:

1950-22 de marzo. “Cuántas cosas no le he dicho. En el fondo, ahora, el terror de perderla, no es el ansia “de la posesión”, sino el miedo de no poder ya decirle estas cosas. Cuáles son estas cosas, ahora no lo sé. Pero fluirían como un torrente, si estuviese junto a ella. Es un estado de creación. ¡Oh Dios, haz que la reencuentre!

26 de abril. “Ella es la poesía”.

13 de mayo. “Amor y muerte: esto es un arquetipo ancestral”.

6 de julio. “Hace tanto que entendí que mi destino es abrazar sombras” (De una carta a Doris Dowling).

14 de julio. “El estoicismo es el suicidio. Y además, en los frentes, la gente ha recommenzado a morir. Si existiera alguna vez un mundo pacífico, feliz ¿qué pensaría de estas cosas? Tal vez, lo mismo que nosotros pensamos ahora de los caníbales, de los sacrificios aztecas, de los procesos contra las brujas”.

16 de agosto. “Querida: quizás tú seas verdaderamente la mejor, la verdadera. Pero ya no tengo tiempo para decírtelo, para hacértelo saber”.

“Mi parte pública la cumplí, hice todo lo que podía hacer. Trabajé, di poesía a los hombres, compartí las penas de muchos”.

De su mesa de trabajo desaparecen todos los libros y el *Oficio de vivir*, sólo deja una copia de *Diálogos con Leucó*. Como su Orfeo “*el Inconsolable*”, Pavese paga el arte —el don de su canto hecho cotidianamente a los hombres— al precio de la muerte.

Su historia de poeta y de hombre termina así. Con amor.

Notas

- (1) En dialecto piamontés, “algo acontecerá”.
- (2) Las colinas.
- (3) *El oficio de vivir*, Edit. Siglo Veinte. En adelante usaremos por comodidad *Diario*.
- (4) Vittorio Alfieri (1749-1803), poeta y dramaturgo nacido en Asti (Piamonte), de familia noble y formado culturalmente en París, se propuso estudiar con una voluntad heroica para aprender con esfuerzos increíbles a “pensar y escribir en italiano”. Se hacía atar por un sirviente a la silla a la mesa donde trabajaba. Su lema era *Volli, sempre volli, fortissimanmente volli* (Quise, siempre quise, fuertemente quise).
- (5) En 1943 Pavese, estando en Roma, es enrolado por el ejército, pero a causa del asma debe internarse en un hospital militar, donde le dan de baja con seis meses de convalecencia.
- (6) –4 nov. 1938–. Citamos de edición italiana. En la edición castellana del *Oficio de vivir*, la página a la que la cita corresponde falta.
- (7) D. Laiolo, *Il vizio assurdo*, Ed. Mondadori.
- (8) Al querer elaborar la dimensión del tiempo-memoria en Pavese, y asociarla con su transposición a un espacio-tiempo mítico, nos resistimos a la tentación de transcribir los infinitos momentos que tanto nos conmueven del libro *Feria de agosto* (sobre todo teniendo en cuenta que no ha sido traducido.) Los textos (21 cuentos y ocho ensayos) son una elaboración crítica de todo el mundo simbólico-mítico de Pavese, cuya síntesis está contenida en una obra de su madurez, *El diablo en las colinas*.
- (9) Inédita en castellano, está extraída del primer volumen del epistolario pavesiano (1924-1944).
- (10) Indicamos con puntos suspensivos entre corchetes, las frases omitidas. Los breves cortes no alteran la fisonomía de la carta.

(11) Pequeños poemas didascálicos griegos que contenían preceptos sobre la agricultura (Nota de la trad.).

(12) Ésta es la etapa en que Pavese pasa de Freud a Jung. En la Editorial Einaudi sigue cuidadosamente la publicación de *El problema de lo inconsciente en la psicología moderna* y prepara la colección de *Estudios religiosos, etnológicos y psicológicos*, tan importante para la cultura italiana. En ella aparecen Levy-Bruhl, Frobenius, Aldrich, Malinowski, Kerényi, Rivers, etc., y naturalmente, Frazer, Propp, Philipson, Toynbee, todos etnólogos influidos por Jung.

Noticia sobre *Diálogos con Leucó*

Quien de nosotros haya leído *Trabajar cansa*(1), poemas que son relatos y meditación, prosa que tiene la limpidez y el ritmo de la lírica más alta, no se sorprenderá de reencontrar en estos *Diálogos con Leucó*(2) todos sus presagios: ciudad-campo/ infancia-madurez/ soledad-comunicación/presente-memoria. Sus períodos son ritmados con la misma cadencia de *Trabajar cansa*; pero canto y narración se dilatan y se agigantan en una fusión perfecta entre lírica y prosa amplia.

Compuestos entre los años 1945-46(3), publicados al año siguiente por Editorial Einaudi (Turín), son, al mismo tiempo, poética y ensayo, y alcanzan significación de documento esclarecedor respecto del arte de una de las voces más inquietantes y más insatisfechas que se han levantado en la Europa de la posguerra: Cesare Pavese. Él fue, entre los escritores de su generación, uno de los espíritus más complejos, más puros; más ricos y más frustrados, pero intelectual y moralmente el más ejemplar.

En *Trabajar cansa* buscamos recuperar esa luz interior que ya habíamos hallado dentro de nosotros en los años de la adolescencia para potenciarla; en sus páginas reconocimos un “nuestro amor” que Pavese nos provocó y que nosotros realimentamos con una complicidad que nos era más que necesaria.

Ahora nos llegan de Pavese “estos *Diálogos*... que son tal vez la cosa menos infeliz que él ha puesto sobre el papel”(4).

Son veintiséis diálogos de carácter filomitológico –entre figuras del mito, de la leyenda y del arte–, encerrados entre un prefacio-advertencia del autor(5) (indispensable introducción a la lectura) y un diálogo final sin nombre, de figuras fácilmente identificables.

Cada diálogo está precedido de una noticia-introducción, de contenido histórico-etnológico, cuyo tono escéptico contrasta con la solemnidad de los *Diálogos*. Cierran el libro las notas del autor incluidas en la edición italiana de febrero de 1965, que posibilitarán un análisis exhaustivo de la génesis y de la dinámica de los *Diálogos*.

Hablan los dioses de la antigua mitología, los dioses serenos del Olimpo y, por contraste, los dioses primitivos y subterráneos. Sus nombres no importan, ni Pavese debió de haber pensado en crear verdaderos personajes dramáticos, porque “es un coloquio entre lo divino y lo humano: la multiplicidad de los dioses no cuenta”(6), lo que importa es que ha querido darnos el motivo esencial del drama donde el personaje es siempre el hombre: “dios”. Sabemos que “el ser un dios de los breves diálogos míticos significa esto: haberse endurecido”. Sus fórmulas –destino, dios, mortal, nombre, sonreír, etcétera–, de contenida riqueza, constituyen realidades plenas sólo en el plano de ese mundo. El ambiente, el acento, el fondo son coherentemente míticos y no expresarían todo lo que expresan si los redujéramos a términos plausibles, contemporáneos”(7).

Son páginas sabiamente elaboradas en las que Pavese, partiendo de la exploración del mundo antiguo, aplica su poética para revelarnos que, para él, el diálogo es posible aun en el campo del mito y del símbolo. Más allá del marco clásico,

nos da una síntesis de sí mismo, en la búsqueda constante de situaciones humanas, en un deseo afanoso y obsesivo de apertura hacia los demás, de diálogo con los otros, con esa tensión intelectual que le permitió el oficio de escribir, aun sin haber aprendido el oficio de vivir.

Quien de nosotros se ha acostumbrado en estos años a buscar en el interior de la conciencia el secreto y la salvación del destino humano, sabrá ahora que estos *Diálogos*, además de representar su momento de lucidez más álgido, la posesión consciente de su propia temática intelectual y humana, marcan el punto culminante de ese proceso de liberación y clasificación interior en el que Pavese llegó a formular el motivo –el sentido– de su arte y la meditación de toda su vida: la meditación sobre el destino, “la búsqueda de la autonomía humana”(8).

Nacen así esas imprevistas iluminaciones de páginas roídas por el tiempo, alternadas en una fantasía dramática e idílica, oscura y luminosa pero siempre llena de vibraciones morales. A partir de la convicción de que *la cultura es la garantía del mito*, las figuras de la mitología griega son aquí interpretadas a la luz de los estudios que Pavese cumple sobre la etnología, el existencialismo y el psicoanálisis.

He aquí por qué Pavese juzga *Diálogos con Leucó* su libro más significativo, e inmediatamente después la poesía de *Trabajar cansa*. En cada uno de los diálogos con Leucó, es evocado –con dinámicos parlamentos entre los dos protagonistas– un mito clásico, visto e interpretado en su problemática y angustiosa ambigüedad, penetrado en su meollo humano, pero despojado de toda belleza neoclásica, más aparente que sustancial. Los protagonistas

son tratados con hermosos nombres cargados de destino, pero sin trazos psicológicos definidos.(9)

Una búsqueda y una definición, entonces, y bien concretas: dar una fisonomía cultural a su propio mundo poético y, remontándose a un principio de mitología universal, satisfacer el imperativo categórico de disciplina, orden y claridad.

Y Leucó(10) es la *ninfa que llega desde el mar y anuncia a los dioses*. Dialoga con Ariadna(11) y la consuela por el abandono de su Teseo, y con Circe(12), para revelarles que si bien sus magias no le han impedido a Odiseo su “retorno a la tierra”, *lo ha transformado en recuerdo*. También aquí, como en toda obra pavesiana, la mujer hace de hilo conductor, una y cumple su larga búsqueda de años: “La he creado desde el fondo de todas las cosas que más amo, y no logro comprenderla”. Su voluntad de captar el secreto de la personalidad femenina para poder participar a través del arte en su destino, en sus sueños más recónditos, en sus ansias y deseos, se enriquece aquí de adquisiciones inéditas(13).

“La gente puede creer que se necesita una cultura especial para comprenderlos. No es cierto: en el diálogo está todo lo necesario para comprender”(14). Pavese continúa con estos *Diálogos*(15) un discurso humano con los hombres y sobre los hombres, con las cosas y sobre las cosas. “Los personajes le sirven simplemente para construir fábulas intelectuales cuyo tema es el ritmo de cuanto les sucede”, y logra “un ritmo indistinto, un juego de eventos, sensaciones y atmósferas” que hacen que a menudo los *Diálogos* se vuelvan monólogos interiores, pero realizados a garganta llena, para volverse una

voz sola en el ámbito de un mismo diálogo. El monólogo interior entonces se vuelve soliloquio y aspira a reflejar algo tan inasible como el encuentro del hombre con su propia abstracción, con su rostro intelectual, es decir, con su propia alma.

La fuerza de este libro está en la necesidad que experimentamos de plantearnos si los datos de nuestra experiencia personal concuerdan con los datos de la experiencia general, y si en el esfuerzo que hemos hecho para lograrlo están realmente justificadas las elecciones que la vida nos ha obligado a hacer y si ya hemos podido y sabido convertirlas en acción y en canto.

“Es necesario que cada uno de nosotros descienda una vez en su infierno”(16), porque no hay conocimiento de las cosas que no sea, antes que todo, contemplación desde adentro. Pavese nos enseña aquí que del abismo de nuestra propia alma no tenemos que volvernos sin Eurídice; es decir, solos con nosotros mismos, sin posibilidad de comprender y de comunicarnos con los demás.

En fin, sentimos que desde que leíamos *Trabajar cansa* hasta estos *Diálogos* de hoy, han pasado diez mil años. Mucho se ha escrito sobre Pavese y cada uno ha buscado explicarse su figura y su destino. A las preguntas que todos nos hemos formulado, estos *Diálogos* responden devolviéndonos el corazón del corazón de este gran escritor piemontés, para quien vivir fue un oficio y la literatura algo tan importante como para sacrificarle la importancia de vivir. Porque uno de sus méritos más grandes fue esa característica suya de no ocultarse hipócritamente los peligros de las elecciones y de las búsquedas (la autenticidad de la vida y del arte no reside

en los desequilibrios conscientes, sino en la pasión y el ardor para vivirlos y expresarlos), si bien es cierto que fue esa misma conciencia la que tuvo un rol determinante en la conclusión trágica del último viaje solitario e inevitable.

El 25 de agosto de 1950, tres días antes de morir, Pavese dirigió a su amigo Davide Laiolo(17) esta estremecedora carta(18):

Visto que de mis amores se habla desde los Alpes hasta Cabo Pásero, te diré solamente que, como Cortés, he quemado tras de mí mis propias naves. No sé si encontraré el tesoro de Moctezuma, pero sé que en el altiplano de Tenochtitlan se hacen sacrificios humanos. Desde hace muchos años no pensaba más en estas cosas, escribía. ¡Ahora no escribiré más! Con la misma testarudez, con la misma estoica voluntad que tienen las Langas, haré mi viaje en el reino de los muertos.

Si quieres saber quién soy ahora, vuelve a leer “La Fiera” en los *Diálogos con Leucó*. Como siempre había previsto todo hace cinco años. Menos hablarás de este asunto con la gente, más te lo agradeceré. Pero, ¿podré hacerlo todavía? Tú sabes bien cuánto deberás hacer. Chau para siempre, tu Cesare.

Como los perros de sus Langas que, para no molestar a sus amos, cuando se sienten morir se van lejos, abandonando las casas, cumplió el gesto supremo como un sacrificio humano. Fue entre la noche y el alba de un domingo de agosto de hace dieciocho años, desde la soledad de una pieza de hotel, el mismo que en su libro *Entre mujeres solas* sirvió de escenario al meticuloso y frío suicidio de la joven protagonista que en la novela descarnadamente narra. Había llevado

consigo un ejemplar de sus amados *Diálogos con Leucó*. En otros momentos debían de haberle consolado y a nosotros, ahora, nos deparan algunas certezas, un poco de esperanza. El libro estaba en la mesita de luz abierto en la primera página y sobre ella, antes del único gesto irrepetible, pidió con las últimas palabras, las mismas de Maiakovski, “que no se chismeara tanto”. Había intentado provocar un gesto, clavado en la espera de algo que no llegaba. Buscó en la muerte el destino más alto que la vida le había negado. No pudo dar con la mirada el adiós a sus fogatas, a la luna y a sus Langas. Más allá de su voluntad quedan las lecciones de humanidad y dignidad contenidas en la vida y la obra de un hombre que fue bueno y de ingenio grande. Nosotros seguiremos agradeciéndole el habernos dado poesía y el *haber compartido el dolor de tantos*.

Notas

(1) *Trabajar cansa*, Buenos Aires, Ed. Lautaro (Traducción de Rodolfo Alonso, prólogo de Marcelo Ravoni).

(2) Su primer título, *Hombres y dioses*, fue sustituido el 26 de marzo de 1946.

(3) Durante la guerra, a causa de la ocupación alemana de Turín y por haber pasado a ser controlada por un comisario de la República Social Fascista la sede de la Editorial Einaudi, que en ese tiempo Pavese dirigía, fue obligado a esconderse y se refugió en Serralunga de Crea, en casa de su hermana María. (Para vivir daba lecciones particulares a los alumnos del Colegio Religioso de la cercana ciudad de Casale Monferrato.) Los *Diálogos* fueron concebidos en la paz de ese pequeño pueblito agreste y solitario. (“... descubriste el mito en Crea (...) aquel monte está completamente impregnado de mito”). Gran parte de ellos fueron escritos en Roma, durante los diez meses en que el autor vivió allí, al ser llamado a constituir la sede romana de la Editorial Einaudi.

(4) De una entrevista concedida a la radio donde habló de su obra como si fuera la de otro; el manuscrito está fechado el 12 de junio de 1950. Incluida en *Letteratura americana e altri saggi*, publicado póstumamente por Einaudi, que posteriormente aparecerá traducido por este mismo sello editorial (Incluida con el título “Entrevista en la radio” en *El oficio de poeta*, Buenos Aires, Nueva Visión).

(5) Redactado el 20 de febrero de 1946, como testimonia *El oficio de vivir*, Buenos Aires, Ed. Raigal (pág. 301), traducción de Luis Justo. Este libro fue reeditado por la Editorial Siglo Veinte en 1965.

(6) *Of. viv.*, pág. 315.

(7) *Of. viv.* pág. 300 (26 de enero de 1946). “Haberse endurecido quiere decir tener siempre presente el propio trabajo, ver cómo se cumple, saber que ciertos impulsos mínimos bastan para mantener la tensión y dejar

que los otros –las otras– deambulen en torno de ti, tentándote, reclamándote. Conocemos todo el camino y dejamos que estalle el tumulto, la conmoción, que se desencadene el huracán, sin sentirnos, en el fondo, apesados ni dominados por ellos. Tenemos otra cosa que hacer. Esto es haberse endurecido.”

(8) De una carta de Pavese a Mario Untersteiner (ahora en el segundo tomo de su epistolario, edición Einaudi, 1966, que documenta los años de plenitud en su actividad, desde 1945 hasta la muerte). *...Usted ha leído los Diálogos como justamente soñaba que se leyeran: desenmarañando los motivos, interpretándolos. Para sintetizar, usted ha tratado a estos Diálogos verdaderamente como debe tratarse un documento mitológico. ¿Podría yo desear más? Claro que el sentido de este enmarañamiento que son también para mí los Diálogos reside en la búsqueda de la autonomía humana...*”

(9) *Lett amer* (ob. cit.).

(10) Leucó, truncamiento de Leucotea (aparecerá también afectuosamente transformado en Leucina), divinidad marina protectora de los navegantes. Auxilió repetidamente a Ulises cuando Poseidón lo perseguía.

(11) “La viña”, diálogo, pág. 175 del libro.

(12) “Las brujas”, diálogo, pág. 141 del libro.

(13) Escribe Pavese (*Of. vivr.*, pág. 299) el 1 de enero de 1946: “...he descubierto una nueva forma que sintetiza muchas vetas: (El diálogo de Circe)”.

(14) De un artículo de Pavese titulado “Juicio de Pavese sobre Pavese”, de propiedad de la familia (apunte escrito a lápiz).

(15) Una primera tentativa de este género –el diálogo– Pavese la realiza en febrero de 1938 al componer *Si parva licet* (Si gustáis de las cosas pequeñas), especie de *divertissement* en el cual Adán, desde el paraíso terrestre, dialoga con una Eva cargosa y caprichosa con la cual enfrentará el pecado, al hacer consciente el terror de quedarse solo. Este texto

figura entre los veintitrés cuentos inéditos de Pavese, edición Einaudi 1960, cuya traducción castellana prepara Siglo Veinte. Los *Diálogos con el compañero*, serie de cuatro artículos dirigidos a los lectores del periódico *Unitá*, son publicados entre el 1 de mayo y el 6 de junio de 1946 (actualmente forman un solo ensayo en *Lett. amer.*, ob. citada).

(16) “El inconsolable”, pág. 93 del libro. (Este diálogo puede considerarse el testamento de Pavese.

(17) Davide Laiolo, escritor, diputado al Parlamento desde el año 1958. A partir de 1956 y durante diez años, dirigió el diario *Unitá*, de Turín. Es piemontés. Amigo fraternal de Pavese desde 1945. En sus últimos años de vida, le confiaba sus luchas y sus desesperanzas. Es autor de *Il vizio assurdo*, una biografía de Pavese publicada por Mondadori en 1960.

(18) Aparece la primera vez en *Il vizio assurdo*. La carta cierra ahora el segundo volumen del epistolario.

Una nota a la traducción

Toda traducción es una aventura de obstinación y de perseverancia, es asumir un compromiso difícil y torturante que puede dejarnos con un gran sentimiento de frustración. Pero traducir a Pavese es sobre todo un “encuentro de amor”, y todo encuentro de amor –él nos lo ha enseñado– impone “cautela desesperada”.

La cautela, en este caso, fue sinónimo de humildad y de profundo respeto por un texto cuyo teclado verbal está calculado y controlado hasta adquirir auténtica dimensión musical. La posesión de los medios estilísticos de Pavese, en este libro, es por momentos tan perfecta que me inhibe la tentativa de un análisis lingüístico, que otros podrán realizar con más felices métodos de búsqueda. Sólo deseo aclarar que se ha evitado coherentemente violentar el texto, aun cuando mantener los esquemas sintácticos del original significara forzar la sintaxis castellana, evitando, de tal modo, achatar períodos y atentar contra el lirismo del original. Los períodos aparecen artificialmente separados por un guión abierto, que es una astucia gráfica mediante la cual Pavese pone voluntariamente en relieve cierta independencia de la frase con respecto al resto de la construcción sintáctica, cuya complejidad original ha sido mantenida inalterada. Su característica más importante –períodos de tres y cuatro proposiciones infinitivas (dependientes o independientes)– coordinadas a veces con verbos infinitivos, otras con simples comas entre una y otra proposición, aun en presencia de una conjunción, otras acentuando la dependencia mediante el uso del anacoluto –produce una ruptura o alteración del

ritmo desacostumbrada dentro de la sintaxis tradicional italiana y constituye un modelo estilístico pavesiano. Si por momentos parece subrayar la dramaticidad de la narración, siempre es prueba del componente dialectal en el estilo del autor, quien al injertar “cadencias regionales” en función literaria y expresiva, filtra el lenguaje a través de un proceso cultural que confiere a su obra vivacidad, nueva dentro de una construcción que es auténtica libertad expresiva.

Me queda ahora cumplir con la emoción de exteriorizar aquí mi reconocimiento a los pocos –entre los muchos amigos argentinos que tengo– que, al darme estímulo y seguridad en el trabajo que sobre Pavese realizaba, intuyeron con mucha sensibilidad que la importancia que yo le atribuía trascendía las exigencias de una significación más vasta. En primer término a Eduardo Romano, un poeta que, como Pavese, quiere llegar a ser culto –ha aprendido pronto a mantenerse “atado a la silla”– y que de Pavese posee también la virtud de solidarizarse con sus compañeras “las mujeres”.

Agradezco al editor haberme permitido publicar estas notas, que dedico a Eva, mi hija.

Marcella Milano

De sernos posible, hubiéramos querido prescindir de tanta mitología. Pero estamos convencidos de que el mito es un lenguaje, un medio expresivo, es decir, no algo arbitrario, sino un vivero de símbolos al que le corresponde, como a todos los lenguajes, una particular sustancia de significados que ninguna otra cosa podría expresar. Cuando repetimos un nombre propio, un gesto, un prodigio mítico, expresamos en medio renglón, en pocas sílabas, un hecho sintético y comprensivo, una médula de realidad que vivifica y nutre todo un organismo de pasión, de estados humanos, todo un complejo conceptual. Si además este nombre, este gesto nos es familiar desde la infancia, desde la escuela, tanto mejor. La inquietud es más verdadera y más tajante cuando remueve una materia conocida. Aquí nos hemos contentado con servirnos de mitos helénicos en razón del disculpable auge popular de estos mitos, de su inmediata y tradicional aceptación. Sentimos horror por todo lo que carece de composición, lo que es heteróclito, accidental, y tratamos –aun materialmente– de limitarnos, de ponernos un marco, de insistir en una definida presencia. Estamos convencidos de que una gran revelación puede brotar solamente de la obstinada insistencia sobre una misma dificultad. Nada tenemos en común con los viajeros, los experimentadores, los aventureros. Sabemos que la más segura y rápida manera de asombrarnos es clavar la mirada –imperturbables– siempre en el mismo objeto. Un buen día nos parecerá –milagrosamente– que a este objeto nunca lo habíamos visto antes.

LA NUBE

Que Ixión terminara en el Tártaro, por su audacia, es probable. En cambio, es falso que engendrara a los Centauros de las nubes. Éstos ya eran un pueblo en la época de las nupcias de su hijo. Lapitas y Centauros salen de ese mundo titánico donde estaba consentido a las naturalezas más diversas mezclarse, y donde abundaban esos monstruos contra los cuales el Olimpo se mostrará luego implacable.

(Hablan la Nube e Ixión.)

LA NUBE: Hay una ley, Ixión, a la cual es necesario obedecer.

IXIÓN: Hasta aquí no llega esa ley, Nefele. Aquí la ley es la nieve, el vendaval, la tiniebla. Y cuando llega la claridad del día y tú te aproximas, ligera, a la roca, todo es demasiado bello como para pensar aún en eso.

LA NUBE: Hay una ley, Ixión, que antes no existía. Una mano más fuerte reúne las nubes.

IXIÓN: Aquí no llega esa mano. Tú misma, ahora que el cielo está sereno, te ríes. Y cuando oscurece y aúlla el viento, ¿qué importa la mano que nos sacude como gotas? Sucedió ya en los tiempos en que no había ningún amo. Nada ha cambiado en la cumbre de los montes. Estamos acostumbrados a todo esto.

LA NUBE: Muchas cosas has cambiado sobre los montes. Lo sabe el Pelión; lo saben el Osa y el Olimpo. Lo saben montes aún más salvajes.

IXIÓN: ¿Y qué es lo que ha cambiado, Nefele, sobre los montes?

LA NUBE: Ni el sol ni el agua, Ixión. La suerte del hombre ha cambiado. Hay monstruos. A vosotros, los hombres, os han impuesto un límite. El agua, el viento, la roca y la nube no son más vuestros, no podéis ya someterlos engendrando y viviendo. Ahora otras manos dominan el mundo. Hay una ley, Ixión.

IXIÓN: ¿Qué ley?

LA NUBE: Ya la conoces. Tu suerte, el límite...

IXIÓN: Mi suerte la tengo en el puño, Nefele. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Estos nuevos amos pueden acaso impedirme arrojar un peñasco por diversión? ¿O bajar a la llanura y partirle la espalda a un enemigo? ¿Serán ellos más terribles que el cansancio y la muerte?

LA NUBE: No se trata de esto, Ixión. Puedes hacer todo esto y aun otras cosas. Pero ya no puedes mezclarte con nosotras, las ninfas de las fuentes y de los montes, con las hijas del viento, con las diosas de la tierra. Ha cambiado el destino.

IXIÓN: Ya no puedes más... ¿Qué significa, Nefele?

LA NUBE: Significa que, queriendo hacer esto, harías en cambio cosas terribles. Como quien, al acariciar a un compañero, lo estrangula o fuese estrangulado por él.

IXIÓN: No comprendo. ¿No volverás a la montaña? ¿Me temes?

LA NUBE: Vendré a la montaña e iré a cualquier otra parte. Nada puedes hacer contra mí, Ixión. Nada puedes hacer contra el agua o contra el viento. Pero puedes agachar la cabeza. Solamente así salvarás tu suerte.

IXIÓN: Tú tienes miedo, Nefele.

LA NUBE: Tengo miedo. He visto las cumbres de los montes. Pero no por mí, Ixión. Yo no puedo padecer. Tengo miedo por vosotros, que no sois más que hombres. Estos montes, que en un tiempo recorríais como dueños, estas criaturas nuestras y tuyas engendradas en libertad, tiemblan ahora ante un gesto. Estamos todos sometidos por una mano más fuerte. Los hijos del agua y del viento, los centauros, se ocultan en el fondo de los barrancos. Se saben monstruos.

IXIÓN: ¿Quién lo dice?

LA NUBE: No desafíes esa mano, Ixión. Es la suerte. A otros más audaces que ellos y que tú he visto precipitarse desde las rocas sin morir. Entiéndeme, Ixión. La muerte,

que era vuestro coraje, os puede ser quitada como cualquier otro bien. ¿Lo sabías?

IXIÓN: Me los has dicho otras veces. ¿Qué importa? Viviremos más.

LA NUBE: Tú juegas y no conoces a los inmortales.

IXIÓN: Quisiera conocerlos, Nefele.

LA NUBE: Ixión, tú crees que son presencias como nosotros, como la Noche, la Tierra o el viaje Pan. Tú eres joven, Ixión, pero has nacido bajo el viejo destino. Para ti no existen monstruos, existen solamente compañeros. Para ti la muerte es algo que acontece como el día y la noche. Tú eres uno de nosotros, Ixión. Estás íntegro en el gesto que haces. Pero para ellos, los inmortales, tus gestos tienen un sentido que se prolonga. Ellos palpan todo desde lejos con los ojos, las narices, los labios. Son inmortales y no saben vivir solos. Lo que tú haces o dejas de hacer, lo que dices, lo que buscas, todo les agrada o les disgusta. Y si tú les desagradas, si por error los molestas en su Olimpo, te caen encima y te dan muerte, esa muerte que ellos conocen, un amargo sabor que perdura y se siente.

IXIÓN: Entonces, todavía es posible morir.

LA NUBE: No, Ixión. Harán de ti una sombra, pero una sombra que reclama la vida y no muere jamás.

IXIÓN: ¿Tú los has visto a estos dioses?

LA NUBE: Los he visto... Oh, Ixión, no sabes lo que pides.

IXIÓN: Yo también los he visto, Nefele. No son terribles.

LA NUBE: Lo sabía. Tu suerte está marcada. ¿A quién has visto?

IXIÓN: ¿Cómo puedo saberlo? Era un joven que atravesaba la selva con los pies desnudos. Pasó a mi lado y no dijo una palabra. Luego, delante de una roca, desapareció. Lo busqué mucho tiempo para preguntarle quién era; el estupor me había paralizado. Parecía hecho de tu misma carne.

LA NUBE: ¿Lo viste únicamente a él?

IXIÓN: Luego, en sueños, lo he vuelto a ver con las diosas. Y me pareció que yo estaba con ellos, que les hablaba y que reíamos juntos. Y me decían las cosas que tú me dices, pero sin temor, sin temblar como tú. Hablamos sobre el destino y la muerte. Hablamos del Olimpo, nos reímos de los ridículos monstruos...

LA NUBE: Oh, Ixión, Ixión, tu suerte está marcada. Ahora sabes qué es lo que ha cambiado sobre los montes. Y tú también has cambiado. Y te crees algo más que un hombre.

IXIÓN: Te digo, Nefele, que tú eres como ellos. ¿Por qué no deberían agradarme, al menos en los sueños?

LA NUBE: Qué loco eres, no puedes detenerte en los sueños. Subirás hasta ellos. Harás algo terrible. Luego vendrá aquella muerte.

IXIÓN: Dime los nombres de todas las diosas.

LA NUBE: ¿Ves cómo el sueño ya no te basta? ¿Ves que tu sueño te parece real? Te lo suplico, Ixión, no subas a la cumbre. Piensa en los monstruos y en los castigos. No se puede esperar otra cosa de ellos.

IXIÓN: He tenido, además, otro sueño esta noche. Estabas tú también, Nefele. Combatíamos contra los centauros. Tenía un hijo que era el hijo de una diosa, no sé cuál. Y me parecía aquel joven que atravesó la selva. Era aún más fuerte que yo, Nefele. Los centauros huyeron y la montaña fue nuestra. Tú reías, Nefele. ¿Ves cómo aún en sueños mi suerte es aceptable?

LA NUBE: Tu suerte está marcada. No se levantan impunemente los ojos hasta una diosa.

IXIÓN: ¿Ni siquiera hasta la de la encina, la señora de las cumbres?

LA NUBE: Una u otra, Ixión, no importa. Pero no temas. Estaré a tu lado hasta el fin.

LA QUIMERA

Los jóvenes griegos iban con agrado a educarse y a morir en Oriente. Allí su virtuoso arrojo navegaba en un mar de atrocidades fabulosas, a las que no todos supieron hacer frente. Inútil citar nombres. Por otra parte, las Cruzadas fueron mucho más de siete. De la tristeza que consumió en sus últimos años al que mató a la Quimera, y de su sobrino Sarpedonte, que murió joven frente a Troya, nos habla nada menos que Homero en el sexto libro de la *Iliada*.

(Hablan Hipóloto y Sarpedonte.)

HIPÓLOCO: Aquí estás, muchacho.

SARPEDONTE: He visto a tu padre, Hipóloto. No quiere saber nada de regresar. Feo y testarudo, recorre los campos, desafía la intemperie y no se lava. Está viejo y andrajoso, Hipóloto.

HIPÓLOCO: ¿Qué dicen de él los campesinos?

SARPEDONTE: El campo Aleio está desolado, tío. No hay más que cañas y pantanos. A orillas del Xanto, donde pregunté por él, hacía varios días que no lo veían.

HIPÓLOCO: ¿Y él qué dice?

SARPEDONTE: No nos recuerda a nosotros, ni a las casas. Cuando se encuentra con alguien le habla de los Sólimos y

de Glauco, de Sísifo, de la Quimera. Al verme, ha dicho: “Muchacho, si yo tuviera tus años, me hubiera ya arrojado al mar”. Pero no amenaza a nadie. “Muchacho”, me ha dicho, “eres justo y piadoso. Somos hombres justos y piadosos. Si quieres vivir justo y piadoso, deja de vivir”.

HIPÓLOCO: ¿Verdaderamente rezonga y añora de ese modo?

SARPEDONTE: Dice cosas amenazantes y terribles. Desafía a los dioses para que se midan con él. Pero no injuria ni compadece más que a los muertos –o a los dioses.

HIPÓLOCO: ¿Glauco y Sísifo, has dicho?

SARPEDONTE: Dice que fueron castigados a traición. ¿Por qué esperar que envejecieran para sorprenderlos tristes y caducos? “Belerofonte”, dice, “fue justo y piadoso mientras la sangre le corría por los músculos. ¿Y ahora que está viejo y solo, precisamente ahora, los dioses lo abandonan?”

HIPÓLOCO: Extraña cosa sorprenderse por esto. Y acusar a los dioses de lo que les sucede a los vivos. Pero él, ¿qué tiene en común con aquellos muertos –él, que siempre fue justo?

SARPEDONTE: Escucha, Hipóloco... También yo me pregunté al ver aquella mirada extraviada, si hablaba con el hombre que en otro tiempo fue Belerofonte. A tu padre algo le ha ocurrido. No está solamente viejo. No está solamente triste y solo. Tu padre expía la muerte de la Quimera.

HIPÓLOCO: Sarpedonte, ¿has enloquecido?

SARPEDONTE: Tu padre acusa la injusticia de los dioses, quienes quisieron que matara a la Quimera. “Desde ese día” repite “que me enrojecí con la sangre del monstruo, no he tenido ya vida verdadera. He buscado enemigos, he domado a las Amazonas, he destruido a los Sólimos, he reinado sobre los Licios y he plantado un jardín –pero ¿qué significa todo esto? ¿Dónde hay otra Quimera? ¿Dónde está la fuerza de los brazos que la mataron? También Sísifo y Glauco, mi padre, fueron jóvenes y justos –luego, cuando ambos envejecieron, los dioses los traicionaron, los dejaron bestializarse y morir. El que una vez hizo frente a la Quimera, ¿cómo puede resignarse a morir?” Esto dice tu padre, que en otro tiempo fue Belerofonte.

HIPÓLOCO: Desde Sísifo, que encadenó al niño Tánatos, hasta Glauco, que alimentaba a los caballos con hombres vivos, nuestra estirpe ha violado muchos límites. Pero éstos son hombres antiguos y pertenecen a un tiempo monstruoso. La Quimera fue el último monstruo que vieron. Nuestra tierra es ahora justa y piadosa.

SARPEDONTE: ¿Tú lo crees, Hipóloco? ¿Crees que basta con haberla matado? Nuestro padre –puedo llamarlo así– debería saberlo. Sin embargo, está triste como un dios –como un dios abandonado y encanecido, y atraviesa campos y pantanos hablándoles a aquellos muertos.

HIPÓLOCO: Pero ¿qué le falta, qué cosa?

SARPEDONTE: Le falta el brazo que la mató. Le falta el orgullo de Glauco y de Sísifo, justamente ahora que, como sus padres, ha llegado al límite, al final. Su audacia lo atormenta. Sabe que nunca más lo esperará una Quimera entre las rocas. Y desafía a los dioses.

HIPÓLOCO: Soy su hijo, Sarpedonte, pero no comprendo estas cosas. Sobre una tierra que ya es piadosa deberíamos envejecer tranquilos. En un joven, casi un muchacho como tú eres, Sarpedonte, comprendo el tumulto de la sangre. Pero sólo en un joven. Y por causas honradas. Pero no por rebelarse contra los dioses.

SARPEDONTE: Pero él sabe qué significa ser joven y ser viejo. Ha visto otros tiempos. Ha visto a los dioses, así como tú y yo estamos viéndonos ahora. Cuenta cosas terribles.

HIPÓLOCO: ¿Has podido escucharlo?

SARPEDONTE: Oh, Hipóloto, ¿y quién no querría escucharlo? Belerofonte ha visto cosas que no acontecen a menudo.

HIPÓLOCO: Lo sé, Sarpedonte, lo sé; pero ese mundo ha pasado. También me lo contaba a mí cuando era pequeño.

SARPEDONTE: Es claro que en aquel entonces no hablaba con los muertos. En ese tiempo eran fábula. Hoy, por el contrario, los destinos que evoca se han vuelto el suyo.

HIPÓLOCO: ¿Y qué es lo que cuenta?

SARPEDONTE: Son hechos que conoces. Pero no sabes cuánta frialdad, qué mirada extraviada tiene, como la de quien ya no es nada y lo sabe todo. Son historias de Lidia y de Frigia, viejas historias, sin justicia ni piedad. ¿Conoces la de Sileno, al que un dios desafió en el monte Cilene y que lo mató luego, degollándolo, como un carnicero mata a un chivo? Desde la gruta brota ahora un torrente que parece su sangre. ¿Conoces la historia de la madre petrificada, hecha roca que llora, porque una diosa se ha complacido en matarle a flechazos, uno por uno, todos sus hijos? ¿Y la historia de Aracne, que a causa del odio de Atenea se horrorizó y se convirtió en araña? Estas cosas sucedieron. Las hicieron los dioses.

HIPÓLOCO: Y está bien. ¿Qué importa? No sirve recordarlas. De aquellos destinos no queda nada ya.

SARPEDONTE: Queda el torrente, la roca, el horror. Y quedan los sueños. Belerofonte no puede dar un paso sin chocar contra un cadáver, un odio, un charco de sangre de aquellos tiempos en que todo acontecía y no eran sueños. Su brazo, en aquel tiempo, pesaba en el mundo y mataba.

HIPÓLOCO: Entonces él también fue cruel.

SARPEDONTE: Era justo y piadoso. Mataba Quimeras. Ahora que está viejo y cansado, los dioses lo abandonan.

HIPÓLOCO: ¿Y es por eso que recorre los campos?

SARPEDONTE: Es hijo de Glauco y de Sísifo. Teme el capricho y la ferocidad de los dioses. Siente que se vuelve bestia y no quiere morir. “Muchacho”, me dice, “esta es la burla y la traición: primero te quitan las fuerzas y luego se indignan si eres menos que un hombre. Si quieres vivir, deja de vivir...”.

HIPÓLOCO: ¿Y por qué no se mata, él que sabe todas estas cosas?

SARPEDONTE: Nadie se mata. La muerte es destino. Sólo podemos deseársela, Hipóloto.

LOS CIEGOS

No hay episodio de Tebas en que falte el ciego adivino Tiresias. Poco después de este coloquio comenzaron las desventuras de Edipo, es decir, se le abrieron los ojos y el mismo se los reventó horrorizado.

(Hablan Edipo y Tiresias.)

EDIPO: Viejo Tiresias, ¿debo creer lo que aquí en Tebas se dice: que los dioses te han enceguecido por envidia?

TIRESIAS: Si es cierto que todo nos lo envían ellos, debes creerlo.

EDIPO: ¿Tú qué dices?

TIRESIAS: Que se habla demasiado de los dioses. Estar ciego no es una desgracia distinta a la de estar vivo. Siempre he visto cómo las desgracias llegan a tiempo allí donde deben llegar.

EDIPO: Pero, entonces, ¿para qué sirven los dioses?

TIRESIAS: El mundo es más viejo que ellos. Ya llenaba el espacio y sangraba, gozaba, era el único dios –cuando el tiempo aún no había nacido. Las cosas mismas reinaban entonces. Ocurrían cosas –ahora, a través de los dioses, todo se ha convertido en palabras, ilusiones, amenazas. Pero los

dioses pueden fastidiar, acercar las cosas o alejarlas. No pueden tocarlas ni cambiarlas. Llegaron demasiado tarde.

EDIPO: ¿Y eres tú, sacerdote, quien dice esto?

TIRESIAS: Si no supiera al menos esto, no sería sacerdote. Piensa en un niño que se baña en el Asopo. Es una mañana de verano. El muchacho sale del agua y vuelve a ella feliz, se zambulle y vuelve a zambullirse. Se siente mal y se ahoga. ¿Qué papel juegan aquí los dioses? ¿Deberá atribuir a ellos su fin, o en cambio el placer que disfrutó? Ni una cosa ni otra. Algo ha acontecido –que no es bueno ni malo, que no tiene nombre– luego los dioses le darán un nombre.

EDIPO: ¿Y dar un nombre, explicar las cosas, te parece poco, Tiresias?

TIRESIAS: Eres joven, Edipo, y como los dioses, que son jóvenes, esclareces tú mismo las cosas y las nombras. No sabes todavía que bajo la tierra está la roca, y que el cielo más azul es el más vacío. Para quien no ve, como yo, todas las cosas son un choque, nada más.

EDIPO: Pero, sin embargo, tú has vivido frecuentando a los dioses. Durante largo tiempo te has ocupado de las estaciones, de los placeres, de las miserias humanas. Más de una fábula se cuenta de ti, como si fueras un dios. Y alguna muy extraña, tan insólita que seguramente deberá tener un sentido –tal vez el de las nubes en el cielo.

TIRESIAS: He vivido mucho. He vivido tanto que cada historia que escucho me parece la mía. ¿Qué decías del sentido de las nubes en el cielo?

EDIPO: Una presencia en medio del vacío...

TIRESIAS: Pero ¿cuál es esa fábula a la que atribuyes un sentido?

EDIPO: ¿Siempre has sido lo que eres, viejo Tiresias?

TIRESIAS: Ah, te comprendo. La historia de las serpientes. Cuando fui mujer durante siete años. Y bien, ¿qué hallas tú en esa historia?

EDIPO: A ti te ha acontecido y tú lo sabes. Pero tales cosas no acontecen sin un dios.

TIRESIAS: ¿Lo crees? Todo puede suceder sobre la tierra. No hay nada insólito. En aquel tiempo me disgustaban las cosas del sexo –pensaba que envilecía el espíritu, la santidad, mi carácter. Cuando vi a las dos serpientes gozarse y morderse sobre el musgo, no pude reprimir mi desprecio: las toqué con el bastón. Poco después era mujer –y durante años mi orgullo estuvo obligado a soportar. Las cosas del mundo son rocas, Edipo.

EDIPO: ¿Pero es verdaderamente tan vil el sexo de la mujer?

TRESIAS: Nada de eso. No existen cosas viles, salvo para los dioses. Hay, sí, fastidios, disgustos e ilusiones que al tocar la roca se diluyen. Aquí la roca fue la fuerza del sexo, su ubicuidad, su omnipresencia bajo todas las formas y mutaciones. De hombre a mujer y viceversa (siete años después volví a ver a las dos serpientes), lo que no quise consentir con el espíritu me lo impusieron por la violencia o la lujuria, y yo, hombre desdeñoso o mujer envilecida, me desenfrené como una mujer y fui abyecto como un hombre y aprendí todas las cosas del sexo: llegué a tal punto que, hombre, buscaba a los hombres, y mujer, a las mujeres.

EDIPO: Entonces es verdad que un dios te ha enseñado algo.

TRESIAS: Ningún dios está por encima del sexo. Es la roca, te digo. Muchos dioses son fieras, pero la serpiente es el más antiguo de todos los dioses. Cuando se oculta bajo tierra, allí tienes la imagen del sexo. Él contiene la vida y la muerte. ¿Qué dios puede encarnar y abarcar tanto?

EDIPO: Tú mismo. Lo has dicho.

TRESIAS: Tiresias está viejo y no es un dios. Cuando era joven, ignoraba. El sexo es ambiguo y siempre equívoco. Es una mitad que parece un todo. El hombre llega a encarnárselo, a vivir en él como un buen nadador dentro del agua; pero entretanto ha envejecido, ha tocado la roca. Al final le queda una idea, una ilusión: que el otro

sexo consiga saciarse. Pues bien, no lo creas. Yo sé que es una vana fatiga para todos.

EDIPO: Es difícil rebatir cuanto dices. Por algo tu historia comienza con las serpientes. Y comienza también con el disgusto, con el fastidio por el sexo. ¿Qué le dirías a un hombre íntegro si te jurara que ignora ese disgusto?

TIRESIAS: Que no es un hombre íntegro –que todavía es un niño.

EDIPO: Yo también, Tiresias, he tenido encuentros en el camino de Tebas. Y en uno de ellos se habló del hombre, desde la infancia hasta la muerte. También nosotros tocamos la roca. Desde aquel día fui marido y fui padre, y rey de Tebas. Nada hay ambiguo o vano, para mí, en mis días.

TIRESIAS: Edipo, no eres el único que cree esto. Pero la roca no se toca con palabras. Que los dioses te protejan. También yo te hablo y estoy viejo. Sólo el ciego conoce las tinieblas. Me parece vivir fuera del tiempo, haber vivido siempre, y no creo ya en los días. También dentro de mí hay algo que goza y que sangra.

EDIPO: Decías que ese algo era un dios. ¿Por qué, buen Tiresias, no intentas suplicarle?

TIRESIAS: Todos le rogamos a algún dios, pero lo que sucede no tiene nombre. El niño que se ahoga, una

mañana de verano, ¿qué sabe de los dioses? ¿De qué le sirve suplicar? Hay una gran serpiente en cada día de la vida, y se oculta, y nos mira. ¿Alguna vez te preguntaste, Edipo, por qué los desdichados se vuelven ciegos cuando envejecen?

EDIPO: Ruego a los dioses que a mí no me suceda.

LAS YEGUAS

No es oportuno hablar de Hermes, dios ambiguo entre la vida y la muerte, entre el sexo y el espíritu, entre los Titanes y los dioses del Olimpo. Pero sí vale la pena indicar qué significa el hecho de que el buen médico Esculapio provenga de un mundo de divinas metamorfosis bestiales.

(Hablan Hermes Ctonio y el centauro Quirón.)

HERMES: El Dios te pide que le críes este hijo, Quirón. Ya sabes que ha muerto la bella Coronis. El Dios se lo arrancó del regazo y de las llamas con sus manos inmortales. Yo fui llamado junto al triste cuerpo humano que ya ardía –los cabellos llameaban como parva de trigo. Pero la sombra ni siquiera me esperó. De un salto salí de la hoguera y se hundió en el Hades.

QUIRÓN: ¿Se volvió potranca en el trayecto?

HERMES: Así lo creo. Pero las llamas y vuestras crines se parecen demasiado. No alcancé a darme cuenta. Tuve que asir al niño para traerlo hasta aquí arriba.

QUIRÓN: Niño, hubiese sido mejor que te quedaras en el fuego. Nada heredaste de tu madre, excepto la triste forma humana. Eres hijo de una luz enceguecedora pero cruel, y deberás vivir en un mundo de sombra exangüe y angustiada, de carne corrompida, de suspiros y de fiebre –todo proviene del Radiante. La misma luz que te ha hecho

hurgará el mundo, implacable, y por todas partes te mostrará la tristeza, la calamidad, el envilecimiento de las cosas. Las serpientes velarán por ti.

HERMES: Si las serpientes han pasado a la Luz, es indudable que el mundo de ayer está vencido. Pero dime, ¿sabes por qué ella ha muerto?

QUIRÓN: Enodio, ya nunca la veremos saltar feliz del Dídima al Pelión, entre los cañaverales y las rocas. Que nos baste con esto. Las palabras son sangre.

HERMES: Quirón, puedes creerme cuando te digo que la lloro como vosotros la lloráis. Pero, te lo juro, no sé por qué el Dios la ha matado. En mi Larisa se habla de encuentros bestiales en las grutas y en los bosques...

QUIRÓN: ¿Qué quieres decir? Somos bestiales. ¿Y eres tú, Enodio, el que se asombra, justamente tú, que en Larisa eres testículo de toro, y que en el comienzo de los tiempos te ayuntaste en el fango del pantano con todo lo que había en el mundo de sanguíneo e informe?

HERMES: Aquel tiempo está lejano, Quirón, y ahora vivo bajo tierra o en el cruce de los caminos. A veces os veo descender de la montaña, como peñascos, saltar las hondonadas y los barrancos y perseguiros, llamaros, jugar. Comprendo vuestros cascos, vuestra naturaleza, pero no siempre sois así. Tus brazos y tu pecho de hombre, y vuestra gruesa risa humana, y ella, la muerta, y los amores

con el Dios, las compañeras que ahora la lloran –sois cosas diversas. También tu madre, si no me equivoco, le agradó a un dios.

QUIRÓN: Eran otros tiempos, en verdad. El viejo dios para amarla se hizo padrillo. Sobre la cumbre del monte.

HERMES: Dime, entonces, ¿por qué la bella Coronis fue en cambio una mujer y recorría los viñedos y jugó tanto con Apolo, el Radiante, que éste la mató y quemó su cuerpo?

QUIRÓN: Enodio, ¿cuántas veces has visto desde tu Larisa, después de una noche de viento, recortarse en el cielo la montaña del Olimpo?

HERMES: No sólo la veo, sino que a veces me subo a ella.

QUIRÓN: En un tiempo también nosotros galopábamos hasta allá arriba, de una ladera a la otra.

HERMES: Y bien, deberías entonces regresar.

QUIRÓN: Amigo, Coronis ha regresado.

HERMES: ¿Qué quieres decir con esto?

QUIRÓN: Quiero decir que aquélla es la muerte. Allá están los amos. No ya amos como Cronos, el viejo, o su antiguo padre, o como nosotros mismos cuando solíamos

pensar en eso y nuestra alegría no conocía límites y brincábamos entre las cosas porque éramos cosas. En aquel tiempo la bestia y el pantano eran tierra de encuentro de hombres y dioses. La montaña, el caballo, la planta, la nube, el torrente —lo éramos todo bajo el sol. ¿Quién podía morir en aquel tiempo? ¿Qué cosa era bestial, si la bestia estaba en nosotros como el dios?

HERMES: Tú tienes hijas, Quirón, y son mujeres o potrancas, según lo deseen. ¿Por qué te lamentas? Aquí tenéis el monte, el llano y las estaciones. Ni siquiera os faltan, para complaceros, las moradas humanas, cabañas y aldeas, en las entradas de los valles, y los establos, los hogares donde los tristes mortales relatan fábulas sobre vosotros, dispuestos siempre a hospedaros. ¿No te parece que el mundo está mejor regido por los nuevos amos?

QUIRÓN: Tú eres uno de ellos y los defiendes. Tú, que un día eras sexo y furor, guías ahora bajo tierra a las sombras exangües. ¿Qué son los mortales sino sombras prematuras? Pero gozo pensando que la madre de este niño se arrojó sola: al menos se ha encontrado consigo misma al morir.

HERMES: Ahora sé por qué ha muerto, ella que llegó a las laderas del monte y fue mujer y amó al Dios con tal amor que tuvo de él este hijo. Tú dices que el Dios fue despiadado. Pero ¿te atreves a decir que ella, Coronis, dejó tras de sí, en el pantano, el deseo bestial, el informe furor sanguíneo que la había engendrado?

QUIRÓN: Por cierto que no. ¿Y con esto?

HERMES: Hay una sola cosa de la que no pueden reírse los nuevos dioses de Tesalia, ellos que tanto sonríen: créeme, pues yo he visto el destino. Cada vez que el caos desborda a la luz, a su luz, deben traspasar y destruir y rehacer. Por eso ha muerto Coronis.

QUIRÓN: Pero no podrán rehacerla. Por lo tanto, yo tenía razón al decir que el Olimpo es la muerte.

HERMES: Sin embargo Apolo, el Radiante, la amaba. La hubiera llorado si no hubiese sido un dios. Le arrancó el niño. Te lo confía alegremente. Sabe que sólo tú podrás convertirlo en un hombre verdadero.

QUIRÓN: Ya te he anunciado la suerte que le espera en las moradas de los mortales. Será Esculapio, el señor de los cuerpos, un hombre-dios. Vivirá entre la carne corrompida y los suspiros. Hacia él dirigirán los hombres su mirada para eludir el destino, para aplazar una noche, un instante, la agonía. Este niño pasará entre la vida y la muerte, como tú que fuiste testículo de toro y ahora eres tan sólo el guía de las sombras. Tal es la suerte que los dioses del Olimpo reservarán a los vivos sobre la tierra.

HERMES: ¿Y no será mejor para los mortales terminar así, y no el antiguo castigo de transformarse en bestia o en árbol, de convertirse en buey que muge, serpiente que se arrastra, roca eterna, fuente que llora?

QUIRÓN: Hasta que el Olimpo sea el cielo, ciertamente.
Pero estas cosas pasarán.

LA FLOR

Es de una meridiana evidencia que a este acontecimiento dulce-atroz de un dios primaveral, como Apolo el Claro, y que no llega a disgustarnos, asistieron los leopardianos Eros y Tánatos.

(Hablan Eros y Tánatos.)

EROS: ¿Esperabas este acontecimiento, Tánatos?

TÁNATOS: Todo lo espero de un dios del Olimpo. Pero no que terminase de esta manera.

EROS: Por fortuna, los mortales la llamarán una desgracia.

TÁNATOS: No es la primera vez y no será la última tampoco.

EROS: Entretanto, Jacinto ha muerto. Las hermanas ya lo lloran. La inútil flor rociada con su sangre centellea ahora en todos los valles del Eurotas. Es la primavera, Tánatos, y el niño no la verá.

TÁNATOS: Donde ha pasado un inmortal brotan siempre estas flores. Pero las otras veces hubo por lo menos una fuga, un pretexto, una ofensa. Se resistían al dios o cometían impiedad. Así ocurrió con Dafne, Elino, Acteón. Jacinto, en cambio, fue sólo un niño. Pasó sus días venerando a su

señor. Jugó con él como juega un niño. Estaba aturdido, asombrado. Tú lo sabes bien, Eros.

EROS: Ya los mortales comentan que fue una desgracia. Nadie piensa que Apolo el Radiante no suele equivocarse sus golpes.

TÁNATOS: He asistido solamente a la forzada sonrisa con que siguió el vuelo del disco y lo vio caer. Lo lanzó hacia arriba, en el sentido del sol, y Jacinto levantó los ojos, las manos, y lo esperó encandilado. Le cayó sobre la frente. ¿Por qué ocurrió esto, Eros? Tú seguramente lo sabes.

EROS: ¿Qué debo decirte, Tánatos? No puedo enternecerme por un capricho. Y también tú lo sabes –cuando un dios se acerca a un mortal, siempre sobreviene algo cruel. Tú mismo has hablado de Dafne y de Acteón.

TÁNATOS: ¿Qué ocurrió, entonces, esta vez?

EROS: Ya te lo he dicho, un capricho. Apolo el Radiante quiso jugar. Descendió entre los hombres y vio a Jacinto. Durante seis días vivió en Amiclea, seis días que a Jacinto le transformaron el corazón y renovaron la tierra. Después, cuando al señor se le ocurrió irse, Jacinto lo siguió con la mirada extraviada. Entonces el disco le cayó entre los ojos.

TÁNATOS: Quizás... Apolo el Radiante no quería que llorase.

EROS: No. Apolo el Radiante no sabe qué es llorar. Lo sabemos nosotros, dioses y demonios niños, que ya vivíamos cuando el Olimpo era solamente un monte yermo. Hemos visto muchas cosas, hemos visto llorar también a los árboles y a las piedras. El señor es distinto. Para él seis días o una existencia no son nada. Nadie supo todo esto tan bien como Jacinto.

TÁNATOS: ¿Crees en verdad que Jacinto haya comprendido estas cosas? ¿Que el señor haya sido para él algo más que un modelo, un compañero mayor, un hermano fiel y venerado? Yo solamente lo vi cuando tendió las manos durante la competencia –sobre su frente no había más que confianza y estupor. Jacinto ignoraba quién era Apolo el Radiante.

EROS: Todo es posible, Tánatos. Puede ser también que el niño nada supiese de Elinos y de Dafnis; es difícil decir dónde termina la desazón y dónde comienza la fe. Pero seguramente vivió seis días de ansiosa pasión.

TÁNATOS: ¿Según tu opinión, qué ocurrió dentro de su corazón?

EROS: Lo que le ocurre a todo joven. Pero esta vez el objeto de los pensamientos y de los actos fue excesivo para un muchacho. En la palestra, en las habitaciones, por las orillas del Eurotas, hablaba con el huésped, se volvía su compañero, lo escuchaba. Escuchaba las historias de Delos y de Delfos, Tifón, Tesalia, el país de los Hiperbóreos... El dios hablaba sonriendo tranquilo, como lo hace un caminante al que se creía muerto y que regresa con más experiencia. Lo cierto es

que el señor nunca habló de su Olimpo, de sus compañeros inmortales, de las cosas divinas. Habló de sí mismo, de la hermana, de las Gracias, como se habla de una vida familiar –maravillosa y familiar. Alguna vez escucharon juntos a un poeta vagabundo, hospedado durante la noche.

TÁNATOS: No hay nada malo en todo esto.

EROS: Nada malo y, por el contrario, palabras de consuelo. Jacinto aprendió que el señor de Delos, con aquellos ojos indecibles y aquella sosegada palabra, había visto y tratado muchas cosas en el mundo que podían ocurrirle también a él algún día. El huésped hablaba también de él, de su suerte. La vida menuda de Amiclea le era clara y familiar. Hacía proyectos. Trataba a Jacinto como a un igual y coetáneo, y los nombres de Aglaia, Eurínome, Auxo –mujeres lejanas y sonrientes, mujeres jóvenes, que vivieron en misteriosa intimidad con el huésped– eran pronunciados con una tranquila negligencia, con un gusto indolente que estremecía el corazón de Jacinto. Así se sentía el muchacho. Delante del señor cualquier cosa le resultaba fácil, clara.

A Jacinto le parecía poderlo todo.

TÁNATOS: He conocido a otros mortales. Y más expertos, más sabios, más fuertes que Jacinto. A todos los destruyó ese afán de poderlo todo.

EROS: Querido mío, en Jacinto no hubo más que esperanza, una temblorosa esperanza de asemejarse al huésped. Ni siquiera Apolo el Radiante recogió el entusiasmo

que leía en esos ojos –le bastó con provocarlo–; ya entreveía entonces en los ojos y en los bucles la hermosa flor salpicada que era la suerte de Jacinto. No pensó ni en palabras, ni en lágrimas. Había venido para ver una flor. Esta flor tenía que ser digna de él, maravillosa y familiar, como el recuerdo de las Gracias. Y con serena indolencia creó esa flor.

TÁNATOS: Somos cosas terribles nosotros, los inmortales. Yo me pregunto hasta dónde los dioses del Olimpo hacen el destino. Osarlo todo puede que los destruya a ellos también.

EROS: ¿Quién puede decirlo? Desde los tiempos del caos no se ha visto más que sangre. Sangre de hombres, de monstruos y de dioses. Se comienza y se muere en la sangre. ¿Cómo crees tú haber nacido?

TÁNATOS: Que para nacer hace falta morir, lo saben también los hombres. No lo saben los dioses del Olimpo. Se lo han olvidado. Ellos permanecen en un mundo que pasa. No existen: son. Cada capricho suyo es una ley fatal. Para expresar una flor destruyen a un hombre.

EROS: Sí, Tánatos. Pero ¿no vamos a tener en cuenta los hermosos pensamientos que Jacinto encontró? Esa ansiada esperanza que fue su muerte, fue también su nacimiento. Era un joven inconsciente, algo absorto, nimbado de infancia, el hijo de Amicleo, rey modesto de tierra modesta. ¿Qué hubiera sido de él sin el huésped de Delos?

TÁNATOS: Un hombre entre los hombres, Eros.

EROS: Lo sé. Y sé también que no podemos sustraernos al destino. Pero no es mi costumbre enternecerme ante un capricho. Jacinto vivió seis días en la sombra de una luz. De la perfecta alegría, no le faltó ni siquiera el final rápido y amargo. Ese que no conocen los dioses del Olimpo y los inmortales. ¿Qué otra cosa querías, Tánatos, para él?

TÁNATOS: Que Apolo el Radiante lo llorase como nosotros.

EROS: Tú pides demasiado, Tánatos.

LA FIERA

Estamos convencidos de que los amores de Artemis con Endimión no fueron carnales. Por supuesto, esto no excluye –todo lo contrario– que el menos enérgico de los dos anhelase derramar sangre. Es bien conocido el carácter nada dulce de la diosa virgen –señora de las fieras. Emergió al mundo desde una selva de indescriptibles madres divinas del monstruoso Mediterráneo. También es sabido que cuando uno no duerme quisiera dormir y pasa a la historia como el eterno soñador.

(Hablan Endimión y un extranjero.)

ENDIMIÓN: Escucha, caminante. Como eres extranjero puedo decirte estas cosas. No te asustes de mis ojos de loco. Los trapos con que te envuelves los pies son tan feos como mis ojos; pero tú pareces un hombre fuerte, que cuando quiera se detendrá en el lugar que ha elegido y encontrará allí reparo, un trabajo, una casa. Pero estoy convencido de que si ahora caminas es porque no tienes nada, excepto tu suerte. Y vas por las calles a esta hora del alba –por lo tanto te agrada estar despierto en medio de las cosas, cuando apenas salen de la oscuridad y nadie las ha tocado todavía. ¿Ves aquel monte? Es el Latmo. Yo lo he escalado muchas veces durante la noche, cuando era más negro, y he esperado el alba entre sus hayas. Sin embargo, me parece no haberlo tocado jamás.

EXTRANJERO: ¿Quién puede afirmar que ha tocado las cosas junto a las cuales pasa?

ENDIMIÓN: Pienso a veces que somos como el viento que corre impalpable. O como los sueños del que duerme. ¿Te gusta, extranjero, dormir durante el día?

EXTRANJERO: Duermo cuando sea, cada vez que tengo sueño y me desplomo.

ENDIMIÓN: ¿Y nunca escuchas durante el sueño –tú que vas por las calles– el murmullo del viento, los pájaros, los estanques, los zumbidos, la voz del agua? ¿No te parece que, mientras duermes, nunca estás solo?

EXTRANJERO: Amigo, no lo sabría. Siempre he vivido solo.

ENDIMIÓN: Oh, extranjero, ya no encuentro paz en el sueño. Creo haber dormido siempre y sin embargo sé que no es cierto.

EXTRANJERO: Me pareces un hombre hecho y robusto.

ENDIMIÓN: Lo soy, extranjero, lo soy. Conozco el sueño del vino y aquel sueño pesado que se duerme al lado de una mujer, pero nada de esto me ayuda. Desde mi lecho estoy atento y listo para saltar; tengo estos ojos, estos ojos, como los de quien mira fijamente en la oscuridad. Me parece haber vivido siempre así.

EXTRANJERO: ¿Te ha faltado alguien?

ENDIMIÓN: ¿Alguien? Oh, extranjero, ¿tú crees que somos mortales?

EXTRANJERO: ¿Se te ha muerto alguien?

ENDIMIÓN: No se trata de alguien. Extranjero, cuando subo al Latmo ya no soy un mortal. No mires mis ojos; no cuentan. Sé que no sueño, hace tanto que no duermo. ¿Ves las sombras de aquellas hayas sobre la roca? Esta noche yo estaba allá y la he esperado.

EXTRANJERO: ¿Quién debía venir?

ENDIMIÓN: No digamos su nombre. No lo digamos. No tiene nombre. O tiene muchos, lo sé. Compañero hombre, ¿conoce o no el horror del bosque cuando se abre sobre él un claro durante la noche? ¿Conoces el horror de volver a pensar, por la noche, en el claro que has visto y atravesado durante el día, y allí hay una flor, una baya que conoces, que oscila con el viento, y esta baya, esta flor, es una cosa salvaje, intocable, mortal, entre todas las cosas salvajes? ¿Comprendes esto? ¿Una flor que es como una fiera? Compañero, ¿has mirado alguna vez con horror y deseo la naturaleza de una loba, de una cierva, de una serpiente?

EXTRANJERO: ¿Quieres decir el sexo de la fiera viva?

ENDIMIÓN: Sí, pero no basta. ¿Has conocido alguna vez a una persona que fuese muchas cosas en una, que las llevase consigo, que cada uno de sus gestos, que todo lo que tú pensaras de ellas encerrase cosas infinitas de tu tierra y de tu cielo, y palabras, recuerdos, días idos que no conocerás nunca, días futuros, certezas, y otra tierra y otro cielo que no te es dado poseer?

EXTRANJERO: He oído hablar de esto.

ENDIMIÓN: Oh, extranjero, ¿y si esa persona es la fiera, la cosa salvaje, la naturaleza intocable, que no tiene nombre?

EXTRANJERO: Hablas de cosas terribles.

ENDIMIÓN: Pero no basta. Tú me escuchas, como es justo. Y si andas por las calles sabes que la tierra está toda plena de lo divino y lo terrible. Si te hablo es porque, como caminantes y desconocidos, también nosotros somos un poco divinos.

EXTRANJERO: Por cierto, he visto muchas cosas. Y algunas terribles. Pero no hace falta ir más lejos. Si puede ayudarte, te diré que los inmortales conocen bien el camino.

ENDIMIÓN: Entonces lo sabes y puedes creerme. Yo dormía una vez en el Latmo –era de noche–, me había demorado vagabundeando, y dormía sentado, contra un tronco. Me desperté bajo la luna –en el sueño sentí un estremecimiento al pensar que yo estaba allá, en el claro– y

la vi. Vi que me miraba con aquellos ojos un poco oblicuos; ojos fijos, transparentes, profundos. No lo supe entonces, no lo sabía a la mañana siguiente, pero era ya algo suyo, aprisionado en el círculo de sus ojos, del espacio que ocupaba, del claro, del monte. Me saludó con una sonrisa cerrada; yo le dije: “Señora”, y ella fruncía las cejas como una muchacha un poco salvaje, como si hubiese comprendido que yo me asombraba, casi aterrado interiormente, de llamarla señora. Para siempre quedó entre nosotros aquella zozobra.

Oh, extranjero, ella me dijo mi nombre y se me acercó –la túnica no le llegaba a las rodillas–, y extendiendo la mano me tocó los cabellos. Me tocó casi vacilando y esbozó una sonrisa, una sonrisa increíble, mortal. Estuve a punto de caer postrado –pensé en todos sus nombres–, pero ella me retuvo como se retiene a un niño, con la mano debajo del mentón. Soy grande y robusto, me ves; ella era orgullosa y sólo tenía aquellos ojos –una magra muchacha salvaje–, pero fui como un niño. “Tú no deberás despertarte jamás”, me dijo. “No deberás hacer un gesto. Volveré a verte”. Y se fue por el claro.

Aquella noche recorrí el Latmo hasta el alba. Seguí a la luna por todos los barrancos, en las espesuras, sobre las cumbres. Agucé el oído que aún tenía lleno –como de agua marina– de aquella voz un poco ronca, fría, maternal. Cada susurro y cada sombra me detenían. De las criaturas salvajes sólo entreví las fugas. Cuando apareció la luz –una luz un tanto lívida, opaca– contemplé desde lo alto la llanura, este camino que recorreremos, extranjero, y comprendí que nunca más viviré entre los hombres. No era ya uno de ellos. Esperaba la noche.

EXTRANJERO: Cuentas cosas increíbles, Endimión. Increíbles porque, habiendo sin duda regresado al monte, vives y caminas todavía, y porque la salvaje, la señora de los nombres, aún no te ha hecho suyo.

ENDIMIÓN: Yo soy suyo, extranjero.

EXTRANJERO: Quiero decir... ¿No conoces la historia del pastor que fue desgarrado por los perros, el indiscreto, el hombre-ciervo...?

ENDIMIÓN: Oh, extranjero, lo sé todo acerca de ella. Porque hemos hablado, hablado, y yo fingía dormir, siempre, todas las noches, y no tocaba su mano, como no se toca a una leona, o el agua verde del estanque, o la cosa que es más nuestra y que llevamos en el corazón. Escucha. Está ante mí –una magra muchacha, no sonrío, me mira. Sus ojos grandes, transparentes, han visto otras cosas. Todavía las ven. Ellos mismos son estas cosas. En estos ojos están la baya y la fiera; está el grito, la muerte, la súplica cruel. Conozco la sangre derramada, el desgarrón de la carne, la tierra voraz, la soledad. Para ella, la salvaje, es soledad. La fiera para ella es soledad. Su caricia es la caricia que se hace al perro o al tronco de un árbol. Pero, extranjero, ella me mira, me mira, y dentro de su túnica corta es una delgada muchacha, como las que seguramente has visto en tu tierra.

EXTRANJERO: ¿No has hablado, Endimión, de tu vida de hombre?

ENDIMIÓN: Extranjero, ¿tú sabes cosas terribles y no sabes que lo salvaje y lo divino borran al hombre?

EXTRANJERO: Cuando subes al Latmo ya no eres mortal, lo sé. Pero los inmortales saben estar solos. Y tú no quieres la soledad. Tú buscas el sexo de las bestias. Tú con ella finges el sueño. ¿Qué es entonces, lo que le has pedido?

ENDIMIÓN: Que sonriese una vez más. Y esta vez ser sangre derramada delante de ella, ser carne en la boca de su perro.

EXTRANJERO: ¿Y qué te ha dicho?

ENDIMIÓN: No dice nada. Me mira. Me deja solo, bajo el alba. Y la busco entre las hayas. La luz del día me hiere los ojos. “Tú no deberás despertar jamás”, me ha dicho.

EXTRANJERO: Oh mortal, el día que despiertes verdaderamente sabrás por qué te ha escatimado su sonrisa.

ENDIMIÓN: Ya lo sé, extranjero, oh tú que hablas como un dios.

EXTRANJERO: Lo divino y lo terrible recorren la tierra mientras nosotros seguimos los caminos. Tú mismo lo has dicho.

ENDIMIÓN: Oh dios caminante, su dulzura es como el alba, es la tierra y el cielo revelados. Y ella es divina. Pero

para los demás, para las cosas y las fieras, ella, la salvaje, tiene una sonrisa breve, una orden que aniquila. Y nadie ha tocado jamás su rodilla.

EXTRANJERO: Endimión, resígnate en tu corazón mortal. Ni dios ni hombre alguno la ha tocado. Su voz ronca y maternal es todo cuanto la salvaje puede darte.

ENDIMIÓN: Y sin embargo...

EXTRANJERO: ¿Y sin embargo qué?

ENDIMIÓN: Mientras aquel monte exista, no hallaré paz en el sueño.

EXTRANJERO: Cada uno tiene el sueño que se merece.

ENDIMIÓN: Y tu sueño es infinito de voces y de gritos, de tierra, de cielo, de días. Duérmelo con coraje, no tienes otro bien. La soledad salvaje es tuya. Ámala como ella la ama. Y ahora, Endimión, yo te dejo. La verás esta noche.

ENDIMIÓN: Oh dios caminante, te lo agradezco.

EXTRANJERO: Adiós. Pero no deberás despertarte más, recuérdalo.

ESPUMA DE OLA

De Britomarte, ninfa cretense y minoica, nos habla Calímaco. Que Safo fuese lesbica de Lesbos es un hecho desagradable, pero consideramos más triste su disconformidad con la vida que la indujo a arrojarse al mar, en el mar de Grecia. Este mar está lleno de islas, y a la más oriental de todas, Chipre, descendió Afrodita, nacida de las olas. Un mar que vio muchos amores y enormes desventuras. ¿Es preciso citar los nombres de Ariadna, Fedra, Andrómaca, Hele, Escila, Io, Casandra, Medea? Todas lo atravesaron y más de una permaneció allí. Cabe pensar que se halla totalmente impregnado de esperma y de lágrimas.

(Hablan Safo y Britomarte.)

SAFO: Todo es monótono aquí, Britomarte. El mar es monótono. Tú, que estás aquí desde hace tanto tiempo, ¿no te aburres?

BRITOMARTE: Preferías el tiempo en que eras mortal, lo sé. No os basta convertirnos en un poco de ola que hace espuma. Y sin embargo buscáis la muerte, esta misma muerte. ¿Tú por qué la buscaste?

SAFO: No sabía que fuese así. Creía que todo terminaba con el último salto. Que el deseo, la inquietud, el tumulto, serían apagados. El mar englute, el mar aniquila, me decía.

BRITOMARTE: En el mar todo muere y revive. Ahora lo sabes.

SAFO: ¿Y tú por qué buscaste el mar, Britomarte –tú que eras ninfa?

BRITOMARTE: No he buscado el mar. Yo vivía en los montes. Huía bajo la luz de la luna, perseguida no sé por qué mortal. Tú, Safo, desconoces nuestros bosques, tan altos que caen a pico sobre el mar. Di el salto de pronto, para salvarme.

SAFO: ¿Y por qué para salvarte?

BRITOMARTE: Para huir de él, para ser yo. Porque debía, Safo.

SAFO: ¿Debías? ¿Tanto te desagradaba aquel mortal?

BRITOMARTE: No sé, no lo había visto. Sabía solamente que debía huir.

SAFO: ¿Es posible esto? ¿Dejar los días, la montaña, los prados –dejar la tierra y convertirte en la espuma de una ola– dejarlo todo porque debías? ¿*Debías* qué? ¿No sentías deseos, no estabas hecha también de todo eso?

BRITOMARTE: No te comprendo, hermosa Safo. Los deseos y la inquietud te han hecho quien eres; luego te quejas de que también yo haya huido.

SAFO: Tú no eras mortal, y sabías que de nada es posible huir.

BRITOMARTE: No he huido de los deseos, Safo. Aquello que deseo lo tengo. Antes era ninfa de las rocas, ahora lo soy del mar. Estamos hechas de esto. Nuestra vida es hoja y tronco, manantial, espuma de ola. Jugamos a rozar las cosas, pero no huimos. Nos transformamos. Éste es nuestro deseo y el destino. Nuestro único terror es que un hombre nos posea, nos detenga. Eso sí, entonces, sería el fin. ¿Conoces a Calipso?

SAFO: He oído hablar de ella.

BRITOMARTE: Calipso consintió que un hombre la detuviera. Y ya nada le valió. Durante años y años no salió de su gruta. Vinieron todas, Leucotea, Calianira, Cimodocea, Oritia, Anfitrite, y hablaron con ella, se la llevaron, la salvaron. Pero fue necesario que pasaran años y que aquel hombre partiese.

SAFO: Yo comprendo a Calipso. Pero no comprendo que os haya escuchado. ¿Qué es un deseo cuando cede?

BRITOMARTE: Oh Safo, ola mortal, ¿no sabrás nunca lo que es sonreír?

SAFO: Lo sabía cuando estaba viva. Y he buscado la muerte.

BRITOMARTE: Oh Safo, esto no es sonreír. Sonreír es vivir como una ola o una hoja, aceptando la suerte. Es morir para una forma y renacer para otra. Es aceptar, aceptar: a sí mismas y al destino.

SAFO: ¿Tú lo has aceptado, entonces?

BRITOMARTE: He huido, Safo. Para nosotras es más fácil.

SAFO: También yo, Britomarte, en otros días, solía huir. Mi fuga consistía en mirar dentro de las cosas, del tumulto, y hacer con ellos un canto, una palabra. Pero el destino es otra cosa muy distinta.

BRITOMARTE: ¿Por qué, Safo? El destino es alegría, y cuando tú cantabas aquel canto eras feliz.

SAFO: Nunca he sido feliz, Britomarte. El deseo no es un canto. El deseo quebranta y quema, como la serpiente, como el viento.

BRITOMARTE: ¿No conociste mujeres mortales que vivieran en paz en medio del deseo y del tumulto?

SAFO: Ninguna... tal vez sí... No las mortales como Safo. Tú eras todavía la ninfa de los montes; yo aún no había nacido. Una mujer atravesó este mar, una mortal que vivió siempre en el tumulto –acaso en paz. Una mujer que mató, destruyó, encegueció, como una diosa –siempre igual a sí misma. Quizás ni siquiera necesitó sonreír. Era bella, nada

necia, y a su alrededor todo moría y combatía. Britomarte, combatían y morían pidiendo únicamente que su nombre estuviese por un instante unido al suyo, diera nombre a la vida y a la muerte de todos. Y sonreían por ella... Tú la conoces –Helena Tindáride, la hija de Leda.

BRITOMARTE: ¿Y ella fue feliz?

SAFO: No huyó, eso es lo cierto. Se bastaba a sí misma. No se preguntó cuál sería su destino. Quien quiso y fue lo bastante fuerte, se la llevó consigo. A los diez años siguió a un héroe, se la quitaron y la desposaron con otro; también éste la perdió y se la disputaron muchos, más allá del mar; la recuperó el segundo, vivió en paz con él, fue sepultada y en el Hades conoció aún a otros más. A nadie mintió, a nadie sonrió. Quizás fue feliz.

BRITOMARTE: ¿Y tú la envidias?

SAFO: No envidio a nadie. Yo he querido morir. Ser otra no me basta. Si no puedo ser Safo, prefiero no ser nadie.

BRITOMARTE: ¿Aceptas entonces el destino?

SAFO: No lo acepto. Lo soy. Nadie lo acepta.

BRITOMARTE: Excepto nosotras, que sabemos sonreír.

SAFO: Linda hazaña. Está en vuestro destino. ¿Pero qué significa?

BRITOMARTE: Significa aceptarse y aceptar.

SAFO: ¿Y qué quiere decir? ¿Se puede aceptar que una fuerza te arrebate y te conviertas en deseo, deseo tembloroso que se debate alrededor de un cuerpo de compañero o compañera, como la espuma contra los escollos? Y ese cuerpo te rechaza y te disgrega; tú vuelves a caer y quisieras abrazar el escollo, aceptarlo. Otras veces tú misma eres escollo, y la espuma –el tumulto– se debate a tus pies. Nadie tiene nunca paz. ¿Puede aceptarse todo esto?

BRITOMARTE: Es necesario aceptarlo. Has querido huir, pero tú también eres espuma.

SAFO: ¿Pero sientes tú este tedio, esta inquietud marina? Aquí todo se macera y bulle sin descanso. También lo que está muerto se debate en la inquietud.

BRITOMARTE: Deberías conocer el mar. También tú provienes de una isla...

SAFO: Oh Britomarte, ya desde niña me espantaba. Esta vida incesante es monótona y triste. No hay palabra que exprese ese tedio.

BRITOMARTE: En otro tiempo, desde mi isla, veía llegar y partir a los mortales. Eran mujeres como tú, mujeres de amor, Safo. Nunca me parecieron tristes ni cansadas.

SAFO: Lo sé, Britomarte, lo sé. ¿Pero las seguiste en su camino? Hubo una que en tierra extranjera se colgó, con sus manos, de las vigas de la casa. Y una que se despertó a la mañana sobre un escollo, abandonada. Y después las otras, muchas otras, de todas las islas, de todos los países; descendieron al mar y alguna fue sierva, otra fue desgarrada, otra mató a sus hijos, otra penó día y noche, otra nunca más tocó tierra firme y se convirtió en una cosa, en una fiera marina.

BRITOMARTE: Pero la Tindáride, tú lo has dicho, salió ilesa.

SAFO: Sembrando el incendio y la destrucción. No sonrió a nadie. No le mintió a nadie. Ah, fue digna del mar. Britomarte, recuerda quién nació aquí...

BRITOMARTE: ¿A quién te refieres?

SAFO: Todavía hay una isla que no has visto. Cuando surge la mañana, es la primera bajo el sol...

BRITOMARTE: Oh, Safo.

SAFO: Allá surgió, de la espuma, aquella que no tiene nombre, la inquieta angustiada que sonríe sola.

BRITOMARTE: Pero ella no sufre. Es una gran diosa.

SAFO: Y todo lo que se macera y se debate en el mar es su sustancia y su aliento. ¿La has visto, Britomarte?

BRITOMARTE: Oh, Safo, no lo digas. Soy apenas una pequeña ninfa.

SAFO: Comprendes, entonces...

BRITOMARTE: Cuando ella aparece, todas huimos. Ni la nombres, niña.

LA MADRE

La vida de Meleagro estaba ligada a un tizón que su madre, Altea, extrajo del fuego cuando él nació. Madre altanera que, cuando Meleagro dio muerte a su tío, el cual pretendía una parte de la piel del jabalí, en un arrebato de ira arrojó el tizón al fuego y lo dejó convertirse en cenizas.

(Hablan Meleagro y Hermes.)

MELEAGRO: Estoy quemado como un tizón, Hermes.

HERMES: Pero no habrás sufrido mucho.

MELEAGRO: Era peor la pena, la pasión de antes.

HERMES: Y ahora escucha, Meleagro. Tú estás muerto. Quedaron atrás la quemazón y la llama. Tú eres menos que el humo que se desprendió de aquel fuego. Eres casi la nada. Resígnate. Y para ti son nada las cosas del mundo, la mañana, la tarde, los lugares. Mira ahora en torno de ti.

MELEAGRO: No veo nada. Y no me importa. Todavía soy una brasa... ¿Qué has dicho de los lugares del mundo? Oh Hermes, para un dios como tú ciertamente el mundo es bello, diverso y siempre dulce. Tienes tus ojos, Hermes. Pero yo, Meleagro, fui solamente cazador e hijo de cazadores, jamás salí de mis selvas, viví frente a la llama del hogar, y en el momento de nacer mi destino estaba ya encerrado

en el tizón que robó mi madre. Conocí sólo a algunos compañeros, las fieras y mi madre.

HERMES: ¿Tú crees que el hombre, cualquier hombre, pudo alguna vez conocer otra cosa?

MELEAGRO: No sé. Pero he oído hablar de vidas libres al otro lado de los montes y los ríos; he oído hablar de travesías, de archipiélagos, de encuentros con monstruos y con dioses. De hombres aún más fuertes que yo, más jóvenes y signados por un extraño destino.

HERMES: Todos tenían una madre, Meleagro. Y fatigas por delante. Y una muerte los aguardaba, por la pasión de alguien. Nadie fue señor de sí mismo, ni conoció nunca otra cosa.

MELEAGRO: Una madre... nadie conoce a la mía. Nadie sabe qué significa saber que la propia vida está en manos de su madre y sentirse quemar y ver cómo sus ojos miran fijamente el fuego. ¿Por qué, el día que nací, arrebató el tizón de la llama e impidió que me volviera cenizas? Y tuve que crecer, convertirme en este Meleagro, llorar, jugar, cazar, ver el invierno, las estaciones, ser hombre –pero saber esa otra cosa, llevar en el corazón aquel peso, espiar en su rostro mi suerte cotidiana. Ahí está la pena. Un enemigo no es nada.

HERMES: Sois extraños, vosotros los mortales. Os asombráis de aquello que sabéis. Es evidente que un enemigo no

cuenta. Así como que cada uno tiene una madre. ¿Por qué entonces es inaceptable saber que la propia vida está en sus manos?

MELEAGRO: Nosotros los cazadores, Hermes, hemos hecho un pacto. Cuando subimos a la montaña, nos ayudamos los unos a los otros –cada cual tiene en el puño la vida del otro, pero ninguno traiciona al compañero.

HERMES: Oh tonto, no se traiciona sino al compañero... Pero no se trata de esto. Siempre vuestra vida está en el tizón, y la madre os ha arrebatado del fuego, y vosotros vivís aún medio consumidos. Y la pasión que os extingue es la misma de vuestra madre. ¿Qué otra cosa sois sino su carne y su sangre?

MELEAGRO: Hermes, hay que haber visto sus ojos. Hay que haberlos visto desde la infancia y haberlos sabido familiares y sentido fijos sobre cada uno de tus pasos y de tus gestos durante días, durante años; saber que envejecen, que mueren, y sufrir por ello; apenarse y temer ofenderlos. Entonces sí es inaceptable que esos ojos se fijen en el fuego cuando ven el tizón.

HERMES: ¿Sabes también esto y sin embargo te asombras, Meleagro? Pero el que envejezcan y mueran significa que, entretanto, tú te has hecho hombre y, sabiendo que los ofendes, las buscas vivos y verdaderos en otras partes. Y si encuentras esos ojos –siempre se encuentran, Meleagro–, quien los lleva es nuevamente tu madre y tú entonces ya no sabes con quién tratas y estás casi contento. Pero ten por cierto que ellas –la

vieja y las jóvenes— lo saben. Y nadie puede eludir el destino que lo ha signado desde su nacimiento con el fuego.

MELEAGRO: ¿Algún otro tuvo mi destino, Hermes?

HERMES: Todos, Meleagro, todos. A todos los espera una muerte, por la pasión de alguien. En la carne y en la sangre de cada uno rugen la madre. Es cierto que muchos son viles, aún más que tú.

MELEAGRO: Yo no era vil, Hermes.

HERMES: Te hablo como a una sombra, no como a un mortal. Mientras el hombre ignora, tiene coraje.

MELEAGRO: Yo no soy vil si miro a mi alrededor. Sé tantas cosas ahora. Pero no creo que también ella —la joven— conociese esos ojos.

HERMES: No sabía nada de ellos. *Era* esos ojos.

MELEAGRO: Oh Atalanta, me pregunto si también tú serás madre y capaz de mirar dentro del fuego.

HERMES: Trata de recordar las palabras que dijo, aquella noche, cuando degollaste al jabalí.

MELEAGRO: Aquella noche. La noche del pacto. No la olvido, Hermes. Atalanta estaba enfurecida porque yo había dejado escapar a la fiera en medio de la nieve. Me lanzó un

golpe con el hacha que me alcanzó el hombro. Yo sentí como si el golpe apenas me rozara, pero le grité con más furia que ella: “Vuelve a casa. Vuelve con las mujeres, Atalanta. Éste no es sitio para caprichos de niñas”. Y aquella noche, cuando fue muerto el jabalí, Atalanta caminó conmigo en medio de los compañeros y me dio el hacha que ella había vuelto a buscar, sola, en medio de la nieve. Aquella noche hicimos el pacto: al ir de caza, uno de los dos, por turno, quedaría desarmado para que el otro no se dejara tentar por la ira.

HERMES: ¿Y qué más te dijo Atalanta?

MELEAGRO: No lo he olvidado, Hermes. “Oh hijo de Altea”, dijo, “la piel del jabalí estará sobre nuestro lecho de bodas. Será como el precio de tu sangre, y de la mía”. Y sonrió como para hacerse perdonar.

HERMES: Ningún mortal, Meleagro, logra imaginarse muchacha a su madre. ¿Pero no te parece que quien dice estas cosas será capaz de mirar el fuego? También la vieja Altea te mató por el precio de la sangre.

MELEAGRO: Oh, Hermes, todo esto es mi destino. Pero también han existido mortales que vivieron plenamente, sin que nadie tuviese sus días en el puño...

HERMES: ¿Conoces a alguno, Meleagro? Serían dioses. Algún vil ha logrado ocultar la cabeza, pero también él llevaba sangre de madre, y entonces el odio, la pasión, la furia

estallaron en su corazón solitario. Una noche cualquiera de su vida, también él se habrá sentido consumir por la llama. No todos –es cierto– habéis muerto de esto. Todos, cuando lo sabéis, lleváis una vida de muertos. Créeme, Meleagro, tú has tenido suerte.

MELEAGRO: Pero ni siquiera ver a mis hijos... casi no conocer mi lecho...

HERMES: Has tenido suerte. Tus hijos no nacerán. Tu lecho está desierto. Tus compañeros se van de caza como cuando tú no estabas. Eres una sombra y la nada.

MELEAGRO: ¿Y Atalanta, Atalanta?

HERMES: La casa está vacía como cuando llegaba la noche y tardabais en regresar de la cacería. Atalanta, que te instigó a vengarte, no ha muerto. Las dos mujeres conviven sin palabras, miran el fuego del hogar donde cayó muerto el hermano de tu madre y donde eres hecho cenizas. Quizás ni siquiera se odian. Se conocen demasiado. Sin el hombre, las mujeres no son nada.

MELEAGRO: Pero entonces, por qué nos han matado.

HERMES: Preguntas por qué os han engendrado, Meleagro.

LOS DOS

Es superfluo rehacer a Homero. Nosotros hemos querido simplemente relatar un coloquio que tuvo lugar la víspera de la muerte de Patroclo.

(Hablan Aquiles y Patroclo.)

AQUILES: Patroclo, ¿por qué nosotros los hombres repetimos siempre para darnos coraje: “He visto cosas peores que ésta”, cuando deberíamos decir: “Ya llegará lo peor. ¿Llegará un día en que seremos cadáveres?”

PATROCLO: Aquiles, ya no te conozco.

AQUILES: Pero yo sí te conozco. No basta un poco de vino para matar a Patroclo. Esta noche sé que después de todo no hay diferencia entre nosotros y los hombres viles. Para todos hay algo peor y esto peor llega al final, viene después de cada cosa y te tapa la boca como un puñado de tierra. Es siempre hermoso recordar: “He visto esto, he padecido aquello”. ¿Pero no es inicuo que justamente lo más duro no podamos recordarlo?

PATROCLO: Al menos uno de nosotros podrá recordarlo por el otro. Esperémoslo. Así burlaremos al destino.

AQUILES: Por eso se bebe durante la noche. ¿Nunca pensaste que un niño no bebe porque para él no existe la muerte? ¿Tú, Patroclo, bebías cuando eras muchacho?

PATROCLO: Nunca hice nada que no fuese contigo y como tú.

AQUILES: Quiero decir, ¿cuando andábamos siempre juntos, jugábamos, y cazábamos, y los días eran breves, pero los años no pasaban nunca, tú sabías qué era la muerte, tu muerte? Porque cuando uno es muchacho mata, pero no sabe qué es la muerte. Luego viene el día en que, de pronto, uno comprende y se está dentro de la muerte; a partir de ese momento somos hombres. Uno combate y juega, bebe, pasa la noche impaciente. Pero ¿has visto alguna vez a un muchacho borracho?

PATROCLO: Me pregunto cuándo fue la primera vez. No lo sé. No recuerdo. Me parece haber bebido siempre e ignorado la muerte.

AQUILES: Tú eres como un muchacho, Patroclo.

PATROCLO: Pregúntaselo a tus enemigos, Aquiles.

AQUILES: Lo haré. Pero la muerte no existe para ti. Y no es un buen guerrero quien no teme a la muerte.

PATROCLO: Sin embargo, esta noche bebo contigo.

AQUILES: ¿Y no tienes recuerdos, Patroclo? No dices nunca: “Esto he hecho. Esto he visto”, preguntándote qué has hecho realmente, qué fue tu vida, qué quedó de ti sobre

la tierra y en el mar ¿De qué sirve pasar tantos días si después no se recuerdan?

PATROCLO: Cuando éramos dos muchachos, Aquiles nada recordábamos. Bastaba con que estuviésemos juntos todo el tiempo.

AQUILES: Yo me pregunto si todavía alguien, en Tesalia, se acuerda de aquel tiempo. Y cuando retornen de esta guerra los compañeros que están allá, me pregunto quién pasará por esas calles, quién sabrá que alguna vez hemos existido también nosotros –y éramos dos muchachos, como seguramente ahora hay muchos otros. ¿Sabrán los muchachos que crecen hoy qué cosa les espera?

PATROCLO: No se piensa en eso cuando uno es muchacho.

AQUILES: Hay días que aún deben nacer y nosotros ya no los veremos.

PATROCLO: ¿No hemos visto ya muchos días?

AQUILES: No, Patroclo, no muchos. Llegará el día en que seremos cadáveres. En que tendremos tapada la boca con un puñado de tierra. Y ni siquiera sabremos qué hemos visto.

PATROCLO: De nada sirve pensar en eso.

AQUILES: No se puede dejar de pensarlo. Cuando muchacho, uno es inmortal, mira y ríe. No se sabe lo que cuesta.

No se conoce la fatiga ni la añoranza. Se combate jugando y uno se deja caer en tierra haciéndose el muerto. Después uno ríe y vuelve a jugar.

PATROCLO: Nosotros tenemos otros juegos. El lecho y el botín. Los enemigos. Y el beber juntos esta noche. Aquiles, ¿cuándo volveremos al combate?

AQUILES: Volveremos, no lo dudes. Nos aguarda un destino. Cuando veas las naves en llamas, será la hora.

PATROCLO: ¿En ese instante?

AQUILES: ¿Por qué? ¿Te asustas? ¿No has visto acaso lo peor?

PATROCLO: Me pone frenético. Estamos aquí para terminar con esto. Quizás mañana.

AQUILES: No te apures, Patroclo. Deja que los dioses digan “mañana”. Solamente para ellos lo que ha sido volverá a ser.

PATROCLO: Pero depende de nosotros ver lo peor. Hasta el final. Bebe, Aquiles. Por la lanza y por el escudo. Lo que ha sido volverá a ser aún. Volveremos a arriesgarnos.

AQUILES: Bebo por los mortales y por los inmortales, Patroclo. Por mi padre y por mi madre. Bebo por lo que ha sido, en el recuerdo. Y por nosotros dos.

PATROCLO: ¿Recuerdas tantas cosas?

AQUILES: No más de lo que recuerda una pobre mujer o un mendigo. También ellos fueron niños.

PATROCLO: Tú eres rico, Aquiles, y para ti la riqueza es un trapo que se tira. Sólo tú puedes jactarte de ser como un mendigo. Tú que has tomado por asalto el escollo de Témedos, tú que has despedazado la cintura de las amazonas y luchado con los osos sobre la montaña, ¿Qué otro niño fue templado por su madre en el fuego como tú? Eres espada y eres lanza, Aquiles.

AQUILES: Excepto en el fuego, siempre estuviste conmigo.

PATROCLO: Como la sombra acompaña a la nube. Como Teseo a Piritoo. Quizás te aguarda un día, Aquiles, en que también tú bajarás al Hades para liberarme. Y veremos también esto.

AQUILES: Era mejor aquel tiempo, cuando no existía el Hades. Entonces andábamos por bosques y torrentes, y después de lavarnos el sudor, éramos muchachos. Entonces cualquier gesto, cualquier ademán era un juego. Éramos recuerdo y nadie lo sabía. ¿Teníamos coraje? No lo sé. No importa. Sé que en el monte del centauro era verano, era invierno, era toda la vida. Éramos inmortales.

PATROCLO: Pero después vino lo peor. Vino el riego y la muerte. Y entonces fuimos guerreros.

AQUILES: Nadie elude su suerte. Y yo no vi a mi hijo. También Deidamia está muerta. Oh, ¿por qué no permanecí en la isla, entre las mujeres?

PATROCLO: Tendrías pobres recuerdos, Aquiles. Serías un muchacho. Es mejor sufrir que no haber existido.

AQUILES: Pero ¿quién te asegura que la vida sea eso?... Oh, Patroclo, es eso. Nos faltaba ver lo peor.

PATROCLO: Mañana saldré a la liza. Contigo.

AQUILES: No es aún mi día.

PATROCLO: Entonces iré solo. Y para que te avergüences tomaré tu lanza.

AQUILES: Yo aún no había nacido cuando derribaron el Fresno. Quisiera ver el claro que ha quedado.

PATROCLO: Sal a la liza y verás que es digno de ti. Tantos enemigos, tantos árboles arrasados.

AQUILES: Las naves no arden todavía.

PATROCLO: Tomaré tus grebas y tu escudo. Estarás tú en mi brazo. Nada podrá rozarme. Me parecerá que juego.

AQUILES: Eres verdaderamente el niño que bebe.

PATROCLO: Cuando corrías con el centauro, Aquiles, no pensabas en los recuerdos. Y no eras más inmortal que esta noche.

AQUILES: Solamente los dioses conocen el destino y viven. Pero tú juegas al destino.

PATROCLO: Bebe aún conmigo. Después, mañana, acaso en el Hades, tendremos también esto para contar.

LA CALLE

Todos saben que Edipo, una vez que venció a la Esfinge y se casó con Yocasta, descubrió quién era preguntándose al pastor que lo había salvado en el monte Citerón. Y entonces se cumplió el oráculo según el cual mataría a su padre y se casaría con su madre. Edipo, horrorizado, se encegueció, abandonó Tebas y murió vagabundo.

(Hablan Edipo y un mendigo.)

EDIPO: No soy un hombre como los demás, amigo. He sido condenado por la suerte. Había nacido para reinar entre vosotros. He crecido en las montañas. Ver montañas o una torre me estremecía –o ver una ciudad a la distancia, caminando sobre el polvo. Y no sabía que buscaba mi suerte. Ahora ya nada veo y las montañas son sólo fatiga. Todo lo que hago es destino. ¿Comprendes?

MENDIGO: Yo soy viejo, Edipo, y no he visto más que destinos. ¿Pero no crees que a los otros –aun los siervos, a los jorobados o a los lisiados– les hubiera gustado ser reyes de Tebas, como tú?

EDIPO: Compréndeme, amigo. Mi destino no ha sido haber perdido algo. Ni los años ni los achaques me asustan. Quisiera caer todavía más bajo, quisiera perderlo todo –es la suerte común. Pero no ser Edipo, no ser el hombre que sin saberlo debía reinar.

MENDIGO: No comprendo. Da gracias que has sido señor y que has comido, bebido, dormido en un lecho. El que ha muerto está peor.

EDIPO: No es eso, te digo. Me duele aquel tiempo, cuando no era todavía nada y hubiera podido ser un hombre como los demás. Y sin embargo no, estaba el destino. Tenía que andar y llegar justamente a Tebas. Tenía que matar a aquel viejo. Engendrar a esos hijos. ¿Vale la pena hacer algo que estaba ya casi hecho cuando aún no se existía?

MENDIGO: Vale la pena, Edipo. No incumbe a nosotros, y eso basta. Déjale el resto a los dioses.

EDIPO: No hay dioses en mi vida. Lo que me sucede es más cruel que los dioses. Ignorante como todos, trataba de hacer el bien, hallar en los días un bien desconocido que me diese alivio por las noches, la esperanza de que mañana haría mucho más. Ni siquiera al impío le falta esta alegría. Me acompañaban sospechas, voces vagas, amenazas. Al principio era solamente un oráculo, una palabra mezquina y esperé salvarme. Viví todos aquellos años como el fugitivo que se cuida las espaldas. Solamente me atrevía a creer en mis pensamientos, en los momentos de tregua, en los despertares imprevistos. Me mantuve siempre al acecho. Y no me salvé. Juntamente en esos instantes se cumplía el destino.

MENDIGO: Pero Edipo, para todos es así. Eso quiere decir un destino. Claro que tus desventuras fueron atroces...

EDIPO: No, no comprendes, no comprendes, no es eso. Quisiera que fuesen más atroces todavía. Quisiera ser el hombre más inmundo y más vil, pero que yo hubiera querido hacer lo que hice y no tener que someterme. Hice algo queriendo hacer otra cosa. ¿Qué queda de Edipo, qué somos todos, si hasta el deseo más secreto de tu sangre existía antes de que nacieras y todo ya había sido dicho?

MENDIGO: Quizás, Edipo, también tú has estado contento algún día. Y no me refiero al de tu triunfo sobre la Esfinge mientras toda Tebas te aclamaba, o cuando te nació tu primer hijo y te sentabas en el palacio escuchando al Consejo. Es cierto que no puedes ya pensar en estas cosas. Pero también has vivido la vida de todos; has sido joven y has visto el mundo, has reído y jugado y hablado, no sin sabiduría; has gozado de todas las cosas, el despertar y el reposo, y has recorrido las calles. Ahora estás ciego, es cierto. Pero has visto otros días.

EDIPO: Estaría loco si lo negara. Y mi vida ha sido larga. Pero nuevamente te digo: había nacido para reinar entre vosotros. A quien tiene fiebre, las mejores frutas le traen solamente desazón y náuseas. Y mi fiebre es mi destino— el temor, el horror perenne de cumplir justamente lo ya previsto. Yo sabía —lo ha sabido siempre— que actuaba como la ardilla que cree treparse y sólo da vueltas en la jaula. Y me pregunto: ¿Quién fue Edipo?

MENDIGO: Un grande, un verdadero señor, puedes decirlo. Yo oía hablar de ti en las calles y en las puertas de

Tebas. Hubo alguien que dejó su casa y recorrió Beocia y vio el mar, y para tener tu misma suerte fue a Delfos a tentar al oráculo. He aquí cómo tu destino fue tan insólito que cambió el de los otros. ¿Qué deberá decir en cambio un hombre que ha vivido siempre en una aldea, dedicado a un oficio; un hombre que todos los días hace un solo gesto y tiene los hijos habituales, las fiestas habituales, y muere a la edad de su padre de un mismo mal?

EDIPO: No soy un hombre como los demás, lo sé. Pero sé también que el siervo o el idiota, si conocieran de antemano sus días, se asquearían hasta del pobre placer que allí encuentran. Los desgraciados que han buscado mi propio destino, ¿se libraron acaso del suyo?

MENDIGO: La vida es grande, Edipo. Yo, que te hablo, he sido uno de ellos. He dejado mi casa y recorrido toda Grecia. He visto a Delfos y he llegado al mar. Esperaba el encuentro, la suerte, la Esfinge. Sabía que era feliz en el palacio de Tebas. Era un hombre robusto en aquel entonces. Y aunque no encontré a la Esfinge y ningún oráculo habló por mí, me ha gustado la vida que he hecho. Tú has sido mi oráculo. Tú has transformado mi destino. Mendigar o reinar. ¿qué importa? Ambos hemos vivido. Deja el resto para los dioses.

EDIPO: Nunca sabrás si querías hacer lo que hiciste... pero seguramente una calle libre tiene algo de humano, de únicamente humano. En su soledad tortuosa es como la imagen de ese dolor que nos socava. Un dolor que es como un alivio, como una lluvia después del bochorno;

silencioso y tranquilo, parece que brota desde las cosas, desde el fondo del corazón. Este cansancio y esta paz, después de los clamores del destino, son acaso lo único verdaderamente nuestro.

MENDIGO: Un día no existíamos, Edipo. Por lo tanto, también los deseos del corazón, también la sangre y el despertar salieron de la nada. Estaría por decirte que aun el deseo de huir del destino es también destino. Nosotros no hicimos nuestra sangre. Lo importante es saberlo y vivir libremente, según el oráculo.

EDIPO: Mientras uno busca, amigo entonces sí. Tú has tenido suerte en no llegar jamás. Pero un buen día vuelves al Citerón y ya no piensas en eso; la montaña es para ti como otra infancia, la miras cada día y subes acaso a ella. Luego alguien te dice que has nacido allá arriba. Y todo se derrumba.

MENDIGO: Te comprendo, Edipo. Pero todos tenemos una montaña de la infancia. Y por lejos que uno vagabundee, siempre nos reencontramos en su sendero. Allá nos hicieron lo que somos.

EDIPO: Hablar es una cosa, sufrir es otra, amigo. Pero es verdad que hablando algo se aplaca en el corazón. Hablar es algo así como ir por las calles día y noche, a nuestro modo, sin meta, no como los jóvenes que buscan fortuna. Y tú has hablado y has visto mucho. ¿Verdaderamente querías reinar?

MENDIGO: ¿Quién sabe? Una sola cosa es cierta: debía cambiar. Se busca una cosa y se encuentra otra. También esto es el destino. Pero hablar nos ayuda a reencontrarnos con nosotros mismos.

EDIPO: ¿Y tienes familia? ¿Tienes a alguien? No lo creo.

MENDIGO: No sería lo que soy

EDIPO: Es extraño que para comprender al prójimo tengamos que huir de él. Y los discursos más verdaderos son aquellos que hacemos casualmente, entre desconocidos. Oh, así hubiera debido vivir yo, Edipo, a lo largo de las calles de la Fócida y del Istmo, cuando tenía mis ojos. Y no subir a las montañas y escuchar a los oráculos...

MENDIGO: Tú olvidas por lo menos uno de los discursos que has dicho.

EDIPO: ¿Cuál, amigo?

MENDIGO: El que dijiste, en la encrucijada, a la Esfinge.

LA ROCA

En la historia del mundo, la era llamada titánica estuvo poblada de hombres, de monstruos y de dioses no organizados todavía en el Olimpo. Alguno, inclusive, piensa que no existieron más que monstruos, es decir, inteligencias encerradas en un cuerpo deforme y bestial. Por eso se sospecha que muchos de los matadores de monstruos –Hércules a la cabeza– derramaron sangre fraterna.

(Hablan Hércules y Prometeo.)

HÉRCULES: Prometeo, he venido a liberarte.

PROMETEO: Lo sé y te esperaba. Debo agradecértelo, Hércules. Has recorrido un camino terrible para subir hasta aquí. Pero tú desconoces el miedo.

HÉRCULES: Tu estado es más terrible, Prometeo.

PROMETEO: ¿Verdaderamente desconoces el miedo? No lo creo.

HÉRCULES: Si el miedo es no hacer lo que debo, entonces yo nunca lo he experimentado. Pero soy un hombre, Prometeo, y no siempre sé lo que debo hacer.

PROMETEO: Piedad y miedo son el hombre. Nada más.

HÉRCULES: Prometeo, tú me entretienes con tus discursos y a cada instante que pasa tu suplicio continúa. Yo he venido a liberarte.

PROMETEO: Lo sé, Hércules. Lo sabía desde que eras apenas un niño en pañales, cuando aún no habías nacido. Pero me sucede lo mismo que a un hombre que hubiese padecido mucho en un lugar –en la cárcel, en el exilio, en un peligro– y que en el momento de abandonarlo no sabe cómo pasar ese instante, cómo dejar atrás la vida que ha sufrido.

HÉRCULES: ¿No quieres dejar tu roca?

PROMETEO: Tengo que dejarla, Hércules –te digo que te esperaba. Pero, como soy un hombre, el instante me pesa. Tú sabes que aquí se sufre mucho.

HÉRCULES: Basta con mirarte, Prometeo.

PROMETEO: Se sufre hasta tal punto que uno quiere morir. Algún día también tú sabrás esto y te subirás a una roca. Pero yo, Hércules, no puedo morir. Tampoco tú, por otra parte, morirás.

HÉRCULES: ¿Qué dices?

PROMETEO: Te raptará un dios. Mejor dicho, una diosa.

HÉRCULES: No lo sé, Prometeo. Déjame entonces desatarte.

PROMETEO: Y tú serás como un niño, lleno de cálida gratitud, y te olvidarás de las iniquidades y fatigas; vivirás bajo el cielo, alabando a los dioses, su sabiduría y su bondad.

HÉRCULES: ¿Acaso no nos viene todo de ellos?

PROMETEO: Oh Hércules, hay una sabiduría más antigua. El mundo es viejo, más viejo que esta roca. Y también ellos lo saben. Todas las cosas tienen un destino. Pero los dioses son jóvenes, casi tan jóvenes como tú.

HÉRCULES: ¿Y no eres tú también uno de ellos?

PROMETEO: Lo seré todavía. Así lo quiere el destino. Pero en otro tiempo yo era un titán y vivía en un mundo sin dioses. También esto ha sucedido... ¿No puedes pensar un mundo semejante?

HÉRCULES: ¿No es ése el mundo de los monstruos y del caos?

PROMETEO: De los titanes y de los hombres, Hércules. De las fieras y de los bosques. Del mar y del cielo. Es el mundo de lucha y de sangre que te ha hecho quien eres. Hasta el último dios, el más inicuo, era entonces un titán. No hay nada importante, en el mundo presente y futuro, que no haya sido titánico.

HÉRCULES: Era un mundo de rocas.

PROMETEO: Todos los hombres tenéis una roca. Por eso os amaba. Pero los dioses son aquellos que no conocen la roca. No saben reír ni llorar. Sonríen frente al destino.

HÉRCULES: Son ellos quienes te han encadenado.

PROMETEO: Oh Hércules, el victorioso es siempre un dios. Mientras el hombre-titán combata y resista, puede reír y llorar. Y si te encadenan, si subes al monte, ésa es la victoria que el destino te consiente. Debemos quedarle agradecidos. ¿Qué es una victoria sino piedad que se convierte en gesto, que salva a los demás a sus expensas? Cada cual trabaja para los demás, bajo la ley del destino. Yo mismo, Hércules, si ahora soy liberado, se lo debo a alguien.

HÉRCULES: He visto cosas peores y no te he liberado aún.

PROMETEO: Hércules, no hablo de ti. Tú eres piadoso y valiente. Pero ya has cumplido tu parte.

HÉRCULES: Nada he hecho, Prometeo.

PROMETEO: No serías mortal si conocieses el destino. Pero tú vives en un mundo de dioses. Y los dioses os han quitado también esto. No sabes nada y ya lo has hecho todo. Recuerda al centauro.

HÉRCULES: ¿El hombre-fiera que he matado esta mañana?

PROMETEO: No se mata a los monstruos. No pueden hacerlo ni siquiera los dioses. Llegará un día en el que crearás haber matado a otro monstruo, aún más bestial, y solamente habrás preparado tu roca. ¿Sabes a quién has atacado esta mañana?

HÉRCULES: Al centauro.

PROMETEO: Atacaste a Quirón, el compasivo, el buen amigo de los titanes y de los mortales.

HÉRCULES: Oh Prometeo...

PROMETEO: No te lamentes, Hércules. Compartimos todos la misma suerte. La ley del mundo es que nadie se libere si no se derrama sangre por él. Lo mismo ocurrirá contigo, sobre el Oeta. Y Quirón lo sabía.

HÉRCULES: ¿Quieres decir que él se ha ofrendado?

PROMETEO: Por cierto. Así como yo en un tiempo sabía que el robo del fuego sería mi roca.

HÉRCULES: Prometeo, deja que te desate. Después cuéntame todo, lo de Quirón y lo del Oeta.

PROMETEO: Ya estoy desatado. Hércules. Sólo podía ser desatado si otro ocupaba mi puesto. Y Quirón se dejó traspasar

por ti; la suerte así lo disponía. Pero en este mundo, que ha nacido del caos, reina una ley de justicia. La piedad, el miedo y el coraje sólo son instrumentos. Nada se hace que no retorne. La sangre que derramaste y derramarás te empujará hacia el monte Oeta para que mueras tu muerte. Será la sangre de los monstruos que tú vives para destruir. Y subirás a una hoguera hecha con el fuego que yo he robado.

HÉRCULES: Pero no puedo morir, me lo has dicho.

PROMETEO: La muerte entró a este mundo con los dioses. Vosotros, los mortales, teméis a la muerte porque, como son dioses, los sabéis inmortales. Pero cada cual tiene la muerte que se merece. También ellos morirán.

HÉRCULES: ¿Cómo dices?

PROMETEO: Es imposible decirlo todo. Pero recuerda siempre que los monstruos no mueren. Lo que muere es el miedo que te infunden. Así ocurre con los dioses. Cuando los mortales no les tengan ya miedo, los dioses desaparecerán.

HÉRCULES: ¿Morirán los titanes?

PROMETEO: No vuelven las piedras y las selvas. Están allí. Lo que ha sido, será.

HÉRCULES: Pero sin embargo fuisteis encadenado. También tú.

PROMETEO: Somos un nombre, nada más. Compréndeme, Hércules. Y el mundo tiene estaciones, como los campos y la tierra. Retorna el invierno, retorna el verano. ¿Quién puede afirmar que la selva perece, o que perdura siempre igual? Dentro de poco vosotros seréis los titanes.

HÉRCULES: ¿Nosotros, los mortales?

PROMETEO: Vosotros, los mortales –o inmortales, poco importa.

EL INCONSOLABLE

El sexo, la ebriedad y la sangre remitieron siempre al mundo subterráneo y permitieron a más de uno felicidades tónicas. Pero nada pudieron contra el cantor tracio Orfeo, que peregrinaba por el Hades, víctima lacerada como el mismo Dionisio.

(Hablan Orfeo y Bacante.)

ORFEO: Ocurrió así. Subíamos el sendero que atraviesa el bosque de las sombras. Estaban ya lejos el Cocito, la Estigia, la barca, los lamentos. Por entre las hojas se vislumbraba el cielo. Oía a mis espaldas el leve rumor de sus pasos. Yo estaba todavía allá abajo y sentía encima aquel frío. Pensaba que algún día debería volver allí, que lo que ha sido volverá a ser. Pensaba cómo fue la vida con ella; que otra vez terminaría. Lo que ha sido, será. Pensaba en aquel hielo, en aquel vacío que había atravesado y que ella llevaba dentro de los huesos, en la médula, en la sangre. ¿Valía la pena revivirlas? Pensé en eso y entreví el resplandor del día. Entonces dije: “Que se termine”, y me di vuelta. Eurídice desapareció como se apaga una vela. Sentí solamente un chillido, como el de un ratón que se escapa.

BACANTE: Extrañas palabras, Orfeo. Casi no puedo creerlas. Aquí se decía que eras amado por los dioses y las musas. Muchas de nosotras te siguen porque te saben enamorado y desdichado. Estabas tan enamorado que –solo entre los

hombres— franqueaste las puertas de la nada. No, no te creo, Orfeo. No ha sido culpa tuya si el destino te ha traicionado.

ORFEO: ¿Qué tiene que ver en esto el destino? Mi destino no traiciona. Sería ridículo que después de aquel viaje, después de haber visto cara a cara la nada, me diese vuelta por error o por capricho.

BACANTE: Aquí se dice que fue por amor.

ORFEO: Nadie ama a quien ha muerto.

BACANTE: Sin embargo, has llorado por montes y colinas —la has buscado y llamado—, has descendido al Hades. ¿Qué era eso?

ORFEO: Tú dices que eres como un hombre. Sabrás entonces que un hombre no sabe qué hacer con la muerte. La Eurídice que he llorado era una estación de la vida. Yo no buscaba allá abajo su amor, sino algo muy distinto. Buscaba un pasado que Eurídice ignora. Lo he comprendido entre los muertos, mientras cantaba mi canto. He visto a las sombras ponerse rígidas, con la mirada vacía; cesar los lamentos; a Perséfone esconderse el rostro, y al mismo tenebroso-impasible Hades escuchar como un mortal. He comprendido que los muertos ya no son nada.

BACANTE: El dolor te ha trastornado, Orfeo. ¿Quién no querría volver al pasado? Eurídice había casi renacido.

ORFEO: Para luego morir nuevamente, Bacante. Para llevar en su sangre el horror del Hades y temblar a mi lado día y noche. Tú no sabes lo que es la nada.

BACANTE: Y así tú, que cantando habías recuperado el pasado, lo has rechazado y destruido. No, no lo puedo creer.

ORFEO: Compréndeme, Bacante. Fue un verdadero pasado solamente en el canto. El Hades se vio a sí mismo solamente escuchándome. Ya al subir el sendero de aquel pasado se desvanecía, se volvía recuerdo, sabía a muerte. Cuando me llegó el primer resplandor del cielo, retocé como un niño. Feliz e incrédulo, retocé por mí mismo y por el mundo de los vivos. La estación que había buscado estaba allá, en aquel resplandor. Nada me importó aquella que me seguía. Mi pasado fue la claridad, fue el canto y la mañana. Y me di vuelta.

BACANTE: ¿Cómo has podido resignarte, Orfeo? A quien te vio cuando volvías, tu rostro le infundió miedo. Eurídice había sido para ti una existencia.

ORFEO: Tonterías. Eurídice, al morir, se convirtió en otra cosa. Aquel Orfeo que descendió al Hades ya no era esposa ni viudo. Lloré como lo hacemos cuando somos muchachos: un llanto del que sonreímos después al recordarlo. La estación ha pasado. No la buscaba ya a ella, llorando, sino a mí mismo. Un destino, si quieres. Me escuchaba.

BACANTE: Muchas de nosotras te siguen porque creyeron en tu llanto. ¿Entonces, nos has engañado?

ORFEO: Oh, Bacante, ¿no quieres verdaderamente comprender? Mi destino no traiciona. Me he buscado a mí mismo. Nunca buscamos otra cosa.

BACANTE: Aquí nosotras somos más simples, Orfeo. Aquí creemos en el amor y en la muerte; lloramos y reímos con todos. Nuestras fiestas más alegres son aquellas donde corre la sangre. Nosotras, las mujeres de Tracia, no tememos estas cosas.

ORFEO: Visto del lado de la vida, todo es bello. Pero créele a quien ha estado entre los muertos... No vale la pena.

BACANTE: En otro tiempo no eras así. No hablabas de la nada. Acercarse a la muerte nos hace semejantes a los dioses. Tú mismo enseñabas que una ebriedad derrumba la vida y la muerte, nos hace más humanos... Tú has visto la fiesta.

ORFEO: No es la sangre lo que cuenta, muchacha. Ni la ebriedad ni la sangre me causan impresión. Pero es muy difícil decir qué es un hombre. Tampoco tú, Bacante, lo sabes.

BACANTE: Nada serías sin nosotras, Orfeo.

ORFEO: Lo decía y lo sé. Pero después de todo, ¿qué importa? Sin vosotras descendí al Hades...

BACANTE: Descendiste a buscarnos.

ORFEO: Pero no os he encontrado. Quería algo muy distinto. Algo que al volver a la luz he encontrado.

BACANTE: En otro tiempo cantabas a Eurídice en los montes...

ORFEO: El tiempo pasa, Bacante. Los montes están, Eurídice ya no está. Estas cosas tienen un nombre y se llama hombre. De nada vale aquí invocar a los dioses de la fiesta.

BACANTE: También tú los invocabas.

ORFEO: Todo lo hace un hombre en la vida. Todo lo cree, en sus días. Hasta cree que su sangre corre a veces por las venas de los otros. O que lo que ha sido puede deshacerse. Cree romper el destino con la ebriedad. Todo esto lo sé y no es nada.

BACANTE: No sabes qué hacer con la muerte, Orfeo, y tu pensamiento es solamente muerte. Hubo un tiempo en que la fiesta nos tornaba inmortales.

ORFEO: Y gozad vosotros de la fiesta. Todo es lícito para quien nada sabe todavía. Es necesario que todos descendan alguna vez a su infierno. La orgía de mi destino ha terminado en el Hades; ha terminado cantando, según mi costumbre, la vida y la muerte.

BACANTE: ¿Y qué quiere decir que un destino no traiciona?

ORFEO: Quiere decir que está dentro de ti, que es cosa tuya; más profundo que la sangre, más allá de toda ebriedad. Ningún dios puede tocarlo.

BACANTE: Puede ser, Orfeo. Pero nosotras no buscamos a ninguna Eurídice. ¿Por qué entonces también nosotras descendemos al infierno?

ORFEO: Cada vez que se invoca a un dios se conoce la muerte. Y se desciende al Hades para arrebatar algo, para violar un destino. No se vence a la noche y se pierde la luz. Nos debatimos como obsesos.

BACANTE: Dices cosas malas... ¿Entonces también tú has perdido la luz?

ORFEO: Estaba casi perdido y cantaba. Comprendiendo, me encontré a mí mismo.

BACANTE: ¿Vale la pena encontrarse de este modo? Hay un camino más simple de ignorancia y de alegría. El dios es como un señor entre la vida y la muerte. Nos abandonamos a su ebriedad, desgarramos o somos desgarradas. Renacemos cada vez y nos despertamos como tú en el día.

ORFEO: No hables del día, del despertar. Pocos hombres lo saben. Ninguna mujer como tú sabe lo que es.

BACANTE: Quizás por eso te siguen las mujeres de Tracia. Tú eres para ellas como el dios. Has descendido de los montes. Cantas versos de amor y de muerte.

ORFEO: Tonta. Contigo al menos se puede hablar. Un día tal vez serás como un hombre.

BACANTE: Siempre que antes las mujeres de Tracia...

ORFEO: Di.

BACANTE: Siempre que antes no devoren al dios.

EL HOMBRE-LOBO

Licaón, señor de Arcadia, a causa de su inhumanidad fue transformado en lobo por Zeus. Pero el mito no dice dónde ni cómo murió.

(Hablan los cazadores.)

CAZADOR PRIMERO: No es la primera vez que alguien mata a una bestia.

CAZADOR SEGUNDO: Pero es la primera vez que hemos matado a un hombre.

CAZADOR PRIMERO: Pensar en eso no es cuestión nuestra. Son los perros los que lo hallaron. No nos corresponde a nosotros decirnos quién era. Cuando lo vimos bloqueado contra las piedras, canoso y ensangrentado, chapoteando en el fango, con los dientes más rojos que los ojos, ¿quién pensó en su nombre y en las historias de otro tiempo? Murió mordiendo el venablo como si fuera el pescuezo de un perro. Además de pelo, tenía el corazón de la bestia. Hacía tiempo que por estos bosques no se veía a un lobo semejante o más grande.

CAZADOR SEGUNDO: Yo pienso en su nombre. Era todavía muchacho y ya hablaban de él. Narraban cosas increíbles de cuando fue hombre –que intentó degollar al Señor de los montes. Su pelo era realmente del color de la nieve pisoteada– era viejo, un fantasma –y tenía los ojos como sangre.

CAZADOR PRIMERO: Ahora ya está hecho. Es necesario desollarlo y volver a la llanura. Piensa en la fiesta que nos aguarda.

CAZADOR SEGUNDO: Nos iremos cuando llegue el alba. ¿Qué otra cosa quieres hacer sino calentarnos con esta leña? Los molosos se encargarán de custodiar el cadáver.

CAZADOR PRIMERO: No es un cadáver, es solamente un esqueleto. Pero debemos desollarlo, porque si no se nos pondrá más duro que una piedra.

CAZADOR SEGUNDO: Me pregunto si, una vez despelado, deberemos enterrarlo. En otro tiempo era un hombre. Su sangre feroz quedó esparcida sobre el fango. Y quedará ese desnudo montón de huesos y de carne como los de un viejo o los de un niño.

CAZADOR PRIMERO: Es indudable que había envejecido. Era ya lobo cuando las montañas estaban todavía desiertas. Se había vuelto más viejo que los troncos canosos y enmohecidos. ¿Quién recuerda que tuvo un nombre y que fue alguien? Para ser sincero, tendría que haber muerto hace tiempo.

CAZADOR SEGUNDO: Pero que su cuerpo quedase insepulto... Fue Licaón, fue un cazador como nosotros.

CAZADOR PRIMERO: A cada uno de nosotros puede sorprenderlo la muerte en los montes y no ser hallado

jamás por nadie, sino por la lluvia o los buitres. Si de verdad fue un cazador, murió mal.

CAZADOR SEGUNDO: Se defendió como un viejo, con los ojos. Pero, en el fondo, tú no crees que ha sido tu semejante. No crees en su nombre. Si lo creyeras, no querrías insultar su cadáver, porque sabrías que él también despreciaba a los muertos, que también él vivió torvo e inhumano –por algo el Señor de los montes lo convirtió en una fiera.

CAZADOR PRIMERO: Cuentan que cocinaba a sus semejantes.

CAZADOR SEGUNDO: Conozco a hombres que han hecho mucho menos y son lobos –no les falta más que aullar y agazaparse en los bosques. ¿Estás tan seguro de ti mismo que no te sientes alguna vez Licaón, como él? Todos nosotros tenemos días en los que, si un dios nos tocara, aullaríamos y nos arrojaríamos a la garganta del que se nos resistiese. ¿Qué cosa nos salva sino el hecho de encontrarnos, al despertar, con estas manos, con esta boca y esta voz? Pero él no tuvo escapatoria –dejó para siempre los ojos humanos y las casas. Por lo menos ahora que ha muerto debería tener paz.

CAZADOR PRIMERO: Yo no creo que necesitase paz. ¿Quién tuvo más paz que él, cuando podía agazaparse entre las rocas y aullar a la luna? He vivido bastante en los bosques como para saber que los troncos y las fieras no temen a ninguna cosa sagrada y sólo contemplan el cielo para murmurar o

bostezar. Hay algo inclusive que los iguala a los señores del cielo: nada que hagan les produce remordimientos.

CAZADOR SEGUNDO: Oyéndote, parecería que el del lobo fuera un alto destino.

CAZADOR PRIMERO: No sé si alto o bajo, pero ¿oíste alguna vez hablar de una bestia o de una planta que se convirtiera en ser humano? En cambio estos lugares están llenos de hombres y mujeres tocados por el dios –quién se convirtió en zarza, quién en pájaro, quién en lobo. Y por impío que fuese, por delitos que hubiese cometido, logró no tener ya las manos rojas, rehuyó el remordimiento y la esperanza, se olvidó de ser hombre. ¿Acaso los dioses prueban otras cosas?

CAZADOR SEGUNDO: Un castigo es un castigo, y quien lo inflige manifiesta un poco de compasión, porque le quita al impío la incertidumbre y convierte el remordimiento en destino. Aunque la bestia se haya olvidado del pasado y viva sólo para la presa y la muerte, queda su nombre, queda lo que fue. Ahí está la antigua Calixto sepultada en las colinas. ¿Quién recuerda aún su delito? Los señores del cielo la castigaron mucho. De mujer –se dice que era bella– la convirtieron en osa que ruge y llora, que durante la noche acuciada por el miedo, quiere volver hacia las casas. He aquí a una bestia feroz que no tuvo paz. Vino el hijo y la mató con su lanza y los dioses no se movieron. Hay quien dice que, arrepentidos, hicieron con ella un manojito de estrellas. Pero quedó el cadáver y está sepultado.

CAZADOR PRIMERO: ¿Qué quieres decir? Conozco las historias. No es culpa de los dioses que Calixto no supiese resignarse. Es como el que va melancólico a un banquete o se embriaga en un funeral. Si yo fuese lobo, sería lobo también cuando duermo.

CAZADOR SEGUNDO: No conoces el camino de la sangre. Los dioses no te agregan ni te quitan nada. Con un leve toque apenas, te clavan en el lugar que has alcanzado. Lo que antes era para ti deseo, lo que habías elegido, se te revela ahora como destino. Esto significa volverse lobo. Pero eres aún el que ha huido de las casas, eres aún antiguo Licaón.

CAZADOR PRIMERO: ¿Quieres decir entonces que mordido por los molosos, Licaón sufrió como un hombre al que se le diera caza con los perros?

CAZADOR SEGUNDO: Estaba viejo, agotado; tú mismo admites que no supo defenderse. Mientras moría, ya sin voz entre las piedras, yo pensaba en aquellos viejos andrajosos que se detienen a veces delante de las eras y los perros se estrangulan con la cadena para morderlos. También ocurre esto en las casas de allá abajo. Admitamos que vivió como un lobo. Sin embargo, al vernos, mientras moría, comprendió que era un hombre. Nos lo dijo con los ojos.

CAZADOR PRIMERO: Amigo, ¿crees que le importa pudrirse bajo tierra como un hombre, a él, cuya última visión fue la de unos hombres que cazaban?

CAZADOR SEGUNDO: Hay una paz más allá de la muerte. Una suerte común. Les importa a los vivos, le importa al lobo que llevamos dentro. A nosotros nos ha tocado matarlo. Sigamos al menos la costumbre y dejemos el agravio para los dioses. Volveremos a nuestras casas con las manos limpias.

EL HUÉSPED

Los griegos siempre relataron atrocidades de las ciudades de Frigia y de Lidia. Por supuesto, todo acontecía en su propia casa, pero en tiempos remotos.

Es inútil decir quién perdió la competencia de la cosecha.

(Hablan Litiarse y Hércules.)

LITIERSE: He aquí el campo, extranjero. También nosotros somos hospitalarios, como vosotros en vuestras casas. De aquí no podrás escapar, y como has comido y bebido con nosotros, nuestra tierra se beberá tu sangre. El año próximo el Meandro verá un trigo mucho más tupido y grueso que éste.

HÉRCULES: ¿Anteriormente, matasteis a muchos en el campo?

LITIERSE: Bastantes. Pero a nadie que tuviera tu fuerza o que se bastara por sí solo. Y tú eres pelirrojo, tienes las pupilas como flores –le darás vigor a esta tierra.

HÉRCULES: ¿Quién os ha enseñado esta costumbre?

LITIERSE: Se ha hecho siempre. ¿Si no nutres la tierra, cómo puedes pedirle que te nutra a ti?

HÉRCULES: Pero este año tu trigo me parece exuberante. Llega al hombro de quien lo cosecha. ¿A quién habéis degollado?

LITIERSE: No vino ningún forastero. Matamos a un viejo sirviente y a un chivo. Fue una sangre blanda que la tierra apenas sintió. Mira qué vana parece la espiga. El cuerpo que desgarramos, debe antes transpirar, espumar bajo el sol. Por eso te haremos cosechar, llevar las gavillas, chorrear cansancio, y sólo al final, cuando bulla tu sangre viva y genuina, será el momento de abrirte la garganta. Tú eres joven y fuerte.

HÉRCULES: ¿Y qué dicen vuestros dioses?

LITIERSE: No hay dioses en el campo. Está la tierra, la Madre, la Gruta que espera siempre y se remoza sólo bajo el borbotón de sangre. Esta noche, extranjero, tú mismo estarás en la gruta.

HÉRCULES: ¿Vosotros, los frigios, no bajáis a la gruta?

LITIERSE: Nosotros salimos de ella al nacer, y no tenemos ningún apuro para volver allí.

HÉRCULES: Comprendo. Es decir que el excremento de la sangre le es necesario a vuestro dioses.

LITIERSE: No a los dioses, sino a la tierra, extranjero. ¿Vosotros no vivís sobre una tierra?

HÉRCULES: Nuestros dioses no están en la tierra, pero rigen el mar y la tierra, la selva y la nube, como el pastor guía a su rebaño y el amo manda a sus sirvientes. Permanecen aislados, en el monte, como los pensamientos dentro de los ojos del que habla o como las nubes en el cielo. No necesitan sangre.

LITIERSE: No te comprendo, huésped extranjero. La nube, la roca, la gruta, tienen para nosotros el mismo nombre y no se aíslan. La sangre que la Madre nos ha dado se la devolvemos en sudor, en excremento, en muerte. Es claro que tú llegas desde lejos. Esos dioses vuestros no son nada.

HÉRCULES: Son una estirpe de inmortales. Han vencido la selva, la tierra y sus monstruos. Han arrojado en la gruta a todos aquellos que, como tú, esparcían sangre para nutrir a la tierra.

LITIERSE: Oh, ves cómo tus dioses saben lo que hacen. También ellos debieron saciar a la tierra. Y, por otra parte, tú eres demasiado robusto para haber nacido en una tierra insaciada.

HÉRCULES: ¿Entonces, Litierse, empezamos la cosecha?

LITIERSE: Huésped, eres extraño. Hasta hoy nadie ha dicho esto delante del campo. ¿No temes morir sobre las gavillas? ¿O acaso esperas huir entre los surcos como una codorniz, como una ardilla?

HÉRCULES: Si he comprendido bien, no es morir sino volver a la Madre, un don hospitalario. Todos estos campesinos que se fatigan en el campo, saludarán con rezos y con cantos a quien dará su sangre por ellos. Es un gran honor.

LITIERSE: Gracias, huésped. Te aseguro que el sirviente que degollamos el año pasado no hablaba así. Estaba viejo y agotado y sin embargo tuvimos que atarlo con vencejos de corteza; se debatió tanto bajo las guadañas, que ante de caer ya estaba desangrado.

HÉRCULES: Esta vez, Litierse, todo irá mejor. Y dime, ¿qué hacéis con el infeliz, luego de matarlo?

LITIERSE: Se lo desgarrá, cuando está medio muerto, y esparcimos los pedazos por los campos para que toquen a la Madre. Conservamos la cabeza sangrienta envuelta en espigas y flores y, entre cantos y alegrías, la arrojamos al Meandro. Porque la Madre, como te he dicho, no es solamente tierra, sino también nube y agua.

HÉRCULES: Sabes muchas cosas tú, Litierse, no por nada eres Señor de los campos, en Cilene. Y en Pesinonte, dime, ¿matan a mucha gente?

LITIERSE: En todas partes, extranjero se mata bajo el sol. Nuestro trigo no germina sino en terrones propiciados. La tierra está viva y debe ser nutrida.

HÉRCULES: Pero ¿por qué debéis matar a un extranjero? La tierra, la gruta que os ha hecho, preferirá seguramente retomarse los juegos que más se le parecen ¿Acaso tú, cuando comes, no prefieres el pan y el vino de tu campo?

LITIERSE: Tú me gustas, extranjero; te tomas a pecho nuestro bienestar como si fueras hijo nuestro. Pero reflexiona un momento por qué soportamos el cansancio y el afán de estos trabajos. Para vivir, ¿no? Entonces en junto que nosotros quedemos en la vida, para poder gozar de la mieses, y que mueran los otros. Tú no eres campesino.

HÉRCULES: Pero ¿no sería más justo encontrar la forma de terminar con las matanzas y que todos, extranjeros y campesinos, comieran el trigo; matar por última vez y a alguien capaz de fecundar para siempre la tierra y las nubes y la fuerza del sol sobre este llano?

LITIERSE: Tú no eres campesino, ya lo veo. No sabes siquiera que la tierra recomienza cada solsticio y que el curso de un año agota cada cosa.

HÉRCULES: ¿Pero no habrá en este llano alguien que se haya nutrido, remontándose a sus padres, de todos los jugos de las estaciones; que sea tan rico, tan fuerte y de sangre tan generosa que de una vez para siempre revitalice la tierra agotada en las estaciones pasadas?

LITIERSE: Tú me haces reír, extranjero. Parece que estuvieras hablando de mí. Soy el único en Cilene que, al igual

que mis padres, he vivido siempre en esta tierra. Soy el señor, y tú lo sabes.

HÉRCULES: Efectivamente, hablo de ti. Cosecharemos, Litiarse. He venido de Grecia para esta obra de sangre. Cosecharemos. Y esta noche volverás a entrar en la gruta.

LITIERSE: ¿Quieres matarme a mí, en mi campo?

HÉRCULES: Quiero combatir contigo hasta la muerte.

LITIERSE: ¿Sabes por lo menos manejar la guadaña, extranjero?

HÉRCULES: Quédate tranquilo, Litiarse. Ponte en guardia.

LITIERSE: Verdaderamente, tienes brazos robustos.

HÉRCULES: Ponte en guardia.

LOS FUEGOS

También los griegos practicaron sacrificios humanos, como toda civilización campesina. Y todas las civilizaciones han sido campesinas.

(Hablan dos pastores.)

HIJO: Toda la montaña arde.

PADRE: Se hace así por hacerlo. Claro que esta noche el Citerón es otra cosa. Este año apacentamos demasiado alto. ¿Has recogido los animales?

HIJO: Nuestra fogata no la ve nadie.

PADRE: Nosotros la hacemos. No importa.

HIJO: Hay más fuegos que estrellas.

PADRE: Pon las brasas.

HIJO: Ya está.

PADRE: Oh Zeus, acoge esta ofrenda de leche y miel dulce; nosotros somos pobres pastores y no podemos disponer del rebaño ajeno. Que este fuego que arde aleje las desgracias y, así como se cubre de espirales de humo, nos cubra a nosotros de nubes... Moja y rocía, muchacho. Basta

que maten el ternero en las grandes chacras. Si llueve, llueve en todas partes.

HUJO: Padre, allá abajo, ¿son fuego o estrellas?

PADRE: No mires allá. Tienes que rociar hacia el mar. Las lluvias salen del mar.

HUJO: Padre, ¿las lluvias llegan lejos? Llueve verdaderamente en todas partes cuando llueve? ¿También en Tespías? ¿También en Tebas? Allá arriba no tienen el mar.

PADRE: Pero tienes los apacentaderos, tonto. Necesitan pozos. También ellos encendieron fogatas esta noche.

HUJO: Pero ¿más allá de Tespías, más lejos, donde la gente que camina día y noche está siempre en medio de las montañas? A mí me han dicho que allá arriba no llueve nunca.

PADRE: En todas partes hay fogatas esta noche.

HUJO: ¿Por qué ahora no llueve? Las fogatas ya están encendidas.

PADRE: Es la fiesta, muchacho. Si lloviera, se apagarían. ¿A quién le conviene? Lloverá mañana.

HUJO: ¿Y sobre las fogatas, mientras ardían, no ha llovido nunca?

PADRE: ¿Quién lo sabe? Ni tú ni yo habíamos nacido aún y ya se encendían las fogatas. Y siempre en una noche como ésta. Dicen que una vez llovió sobre las fogatas.

HUJO: ¿Sí?

PADRE: Pero fue cuando el hombre vivía más justo que ahora y también los hijos del rey eran pastores. Toda esta tierra parecía una era, entonces, limpia y apisonada, y obedecía al rey Atamante. Se trabajaba y se vivía y no hacía falta sustraerle los cabritos al amo. Dicen que llegó una tremenda canícula y entonces los apacentaderos y los pozos se secaron y la gente moría. Las fogatas no servían para nada. Entonces Atamante pidió consejo. Pero estaba viejo y tenía en la casa, desde hacía poco tiempo, a una esposa, una joven que lo mandaba, y que empezó a llenarle la cabeza diciéndole que no era el momento de mostrarse blando, de desacreditarse. ¿Habían rezado y rociado? Sí. ¿Habían matado el ternero y el toro, muchos toros? Sí. ¿Qué habían logrado? Nada. Entonces que ofreciesen sus hijos. ¿Comprendes? Pero no los de ella, porque no los tenía, imagínate, sino los dos hijos ya grandes de la primera mujer, dos muchachos que trabajaban en el campo todo el día. Y Atamante, el imbécil, se decidió: los manda llamar. Ellos comprenden, se sabe, los hijos del rey no son tontos, y por lo tanto huyen a todo correr. Y con ellos desaparecieron las primeras nubes, que un dios había enviado sobre el campo en cuanto supo semejante cosa. Y en seguida esa bruja dijo: “¿Has visto? La idea era justa, las nubes ya estaban; aquí hace falta degollar a alguien”. Y tanto hace que la gente decide apresar a Atamante y quemarlo. Preparan el

fuego, lo encienden conducen a Atamante atado y coronado de flores como el buey y, cuando están por arrojarlo a la fogata, el tiempo se descompone. Truena, relampaguea y cae un agua como dios manda. El campo renace. El agua apaga la fogata y Atamante, buen hombre, perdona a todos, inclusive a la mujer. Cuidate, muchacho, de las mujeres. Es más fácil conocer a una serpiente macho que a una serpiente hembra.

HUJO: ¿Y los hijos del rey?

PADRE: De ellos nada más se supo. Pero dos muchachos como aquéllos se las habrán arreglado bien.

HUJO: Y si en aquel tiempo eran justos, ¿por qué querían quemar a dos muchachos?

PADRE: Tonto, no sabes lo que es la canícula. Yo he visto algunas, y tu abuelo también. No es nada el invierno. En invierno se sufre, pero uno sabe que favorece las cosechas. La canícula, no. La canícula quema. Todo muere y el hambre y la sed te cambian a un hombre. Tomemos a uno que no haya comido: se vuelve pendenciero. Y tú piensas en aquellas gentes que estaban siempre de acuerdo y cada uno tenía su tierra, acostumbrados a actuar bien y a vivir bien. De pronto se secan los pozos, se queman los trigos, tienen hambre y sed. Entonces se transforman en bestias feroces.

HUJO: Era gente mala.

PADRE: No peor que nosotros. Nuestra canícula son los amos. Y no hay lluvia que pueda liberarnos.

HJO: No me gustan más estos fuegos. ¿Para qué los necesitan los dioses? ¿Es verdad que allí, en otro tiempo, quemaban siempre a alguien?

PADRE: Tenían cuidado. Quemaban a los rengos, a los haraganes y a los insensatos. Quemaban a los que no servían, a los que robaban en los campos. Total los dioses se conformaban. Bien o mal, llovía.

HJO: No comprendo qué placer encontraban en esto los dioses. Si de todos modos llovía. También Atamante. Han apagado la hoguera.

PADRE: Mira, los dioses son los amos. Son como los amos. ¿Querías que miraran quemar a uno de ellos? Entre ellos se ayudan. A nosotros, en cambio, nadie nos ayuda. ¿Qué les importa a los dioses si llueve o hay sol? Ahora se encienden fuegos y se dice que esto hace llover. ¿Qué les importa a los amos? ¿Los viste alguna vez pisar un campo?

HJO: Yo no.

PADRE: ¿Y entonces? Si una vez bastó una fogata para hacer llover, quemar en ella a un vagabundo para salvar una cosecha, ¿cuántas casas de amos hace falta incendiar, cuántos amos matar por las calles y por las plazas antes de

que el mundo se vuelva justo y nosotros podamos decir lo nuestro?

HIIJO: ¿Y los dioses?

PADRE: ¿Qué tienen que ver en esto?

HIIJO: ¿No dijiste que dioses y amos se protegen mutuamente? Son ellos los amos.

PADRE: Degollaremos a un cabrito. ¿Qué podemos hacer? Mataremos a los vagabundos y a quien nos roba. Encenderemos una fogata.

HIIJO: Quisiera que ya fuese de mañana. A mí los dioses me dan miedo.

PADRE: Y tienes razón. Debemos congraciarnos con los dioses. A tu edad es feo no pensar en ellos.

HIIJO: Yo no quiero pensar en ellos. Son injustos, los dioses. ¿Qué necesidad tienen de que se quemé a la gente viva?

PADRE: Si no fuera así, no serían dioses, ¿Cómo quieres que pase el tiempo quien no trabaja? Cuando no había amos y se vivía con justicia, era necesario matar cada tanto a alguien para hacerlos gozar. Están hechos así, pero en nuestro tiempo ya no lo necesitan. Somos tantos los que estamos mal, que les basta mirarnos.

HUJO: Vagabundos ellos también.

PADRE: Vagabundos. Dijiste algo muy justo.

HUJO: ¿Qué decían los muchachos rengos, mientras eran quemados en las fogatas? ¿Gritaban mucho?

PADRE: No importa el grito. Lo que cuenta es quién grita. Un rengo o un malvado no hacen nada bueno. Pero mucho peor es que un hombre con varios hijos vea engordar a los haraganes. Esto es injusto.

HUJO: Yo no puedo quedarme quieto pensando en las fogatas de otro tiempo. Mira allá abajo cuántas están encendiendo.

PADRE: Pero no quemaban a un muchacho por cada fogata. Lo mismo ocurre ahora con el cabrito. Figúrate. Si uno hace llover, llueve para todos. Bastaba un hombre por cada montaña, por cada pueblo.

HUJO: Yo no quiero, comprendes, no quiero. Hacen bien los amos en comernos la médula, si hemos sido tan injustos entre nosotros. Hacen bien los dioses en mirarnos padecer. Somos todos malos.

PADRE: Moja el follaje ahora y rocía. Todavía eres ignorante. Justamente tú vienes a hablar de lo justo y de lo injusto. Hacia el mar, cabezón... Oh Zeus, acoge esta ofrenda...

LA ISLA

Todos saben que el náufrago Odiseo, durante su viaje de regreso, permaneció nueve años en la isla Ogigia, donde sólo vivía Calipso, antigua diosa.

(Hablan Calipso y Odiseo.)

CALIPSO: Odiseo, no existe nada muy diferente. También tú, igual que yo, quieres detenerte en una isla. Has visto y has padecido todas las cosas. Quizás un día te diré lo que yo he padecido. Ambos estamos cansados de un gran destino. ¿Para qué continuar? ¿Qué te importa que la isla no sea la que buscabas? Aquí ya nada acontece. Hay un poco de tierra y un horizonte. Aquí puedes vivir para siempre.

ODISEO: Una vida inmortal.

CALIPSO: Inmortal es quien acepta el instante. Quien no conoce ya un mañana. Pero si te gusta la palabra, dila. ¿Llegaste en verdad a ese extremo?

ODISEO: Yo consideraba inmortal al que no teme a la muerte.

CALIPSO: El que no espera vivir. En verdad, casi lo eres. También tú has padecido mucho. Pero ¿por qué esta obsesión de volver a tu casa? Todavía estás inquieto. ¿Por qué vas diciendo discursos, solo, entre los acantilados?

ODISEO: Si mañana partiera, ¿serías tú infeliz?

CALIPSO: Quieres saber demasiado, querido. Digamos que soy inmortal. Pero si no renuncias a tus recuerdos y a tus sueños, si no depones tu obsesión y no aceptas el horizonte, no podrás escapar de ese destino que conoces.

ODISEO: Se trata siempre de aceptar un horizonte. ¿Para obtener qué?

CALIPSO: Para reposar la cabeza y callar, Odiseo. ¿Te has preguntado por qué también nosotros buscamos el sueño? ¿Te has preguntado a dónde van los viejos dioses ignorados por el mundo? ¿Por qué se hunden en el tiempo, como la piedra en la tierra, ellos, que sin embargo son eternos? Y yo, ¿quién soy, quién es Calipso?

ODISEO: Te pregunté si eres feliz.

CALIPSO: No es eso, Odiseo. El aire, también el aire de esta isla desierta, que ahora sólo vibra por el estruendo del mar y por los chillidos de los pájaros, está demasiado vacío. Nada hay que añorar en este vacío, recuérdalo. ¿Pero no sientes también ciertos días un silencio, una pausa que es como la huella de una antigua tensión y de una presencia desaparecidas?

ODISEO: ¿Entonces tú también le hablas a los acantilados?

CALIPSO: Es un silencio, te digo. Una cosa remota y casi muerta. Lo que ha sido y ya no volverá a ser. En el viejo

mundo de los dioses, cuando un gesto mío era destino. Tuve nombres pavorosos, Odiseo. La tierra y el mar me obedecían. Luego me cansé; pasó cierto tiempo, no quise moverme más. Alguna de nosotras resistió a los dioses nuevos; yo dejé que los nombres se hundieran en el tiempo; todo cambió y permaneció igual; no valía la pena disputarle a los nuevos el destino. Ya sabía mi horizonte y sabía también por qué los viejos no quisieron disputar con nosotros.

ODISEO: ¿Pero no eras inmortal?

CALIPSO: Y lo soy, Odiseo. No espero morir. Y no espero vivir. Acepto el instante. A vosotros, los mortales, os espera algo parecido, la vejez y la añoranza. ¿Por qué no quieres, como yo, reclinar la cabeza en esta isla?

ODISEO: Lo haría si creyera que estás resignada. Pero también tú, que fuiste señora de todas las cosas, me necesitas a mí, un simple mortal, para que te ayude a soportar.

CALIPSO: Es un bien recíproco, Odiseo. No hay verdadero silencio si no es compartido.

ODISEO: ¿No te basta que esté hoy contigo?

CALIPSO: No estás conmigo, Odiseo. No aceptas el horizonte de esta isla. Y no te sustraes a la añoranza.

ODISEO: Lo que añoro es una parte viva de mí mismo, como lo es para ti tu silencio. ¿Qué ha cambiado para ti desde

los días en que la tierra y el mar te obedecían? Sentiste que estabas sola y que estabas cansada, y olvidaste tus nombres. Nada te ha sido quitado. Eres lo que quisiste ser.

CALIPSO: Lo que soy es casi nada, querido. Casi mortal, casi una sombra como tú. Es un largo sueño comenzado quién sabe cuándo, y tú has entrado en este sueño como un ensueño. Temo el alba, el despertar; si te vas, es el despertar.

ODISEO: ¿Eres tú, la señora, quien habla?

CALIPSO: Temo el despertar como tú temes la muerte. Mira: antes estaba muerta; ahora lo sé. No quedaba de mí sobre esta isla sino la voz del mar y del viento. Oh, no era padecer. Dormía. Pero, desde que has llegado, has traído otra isla dentro de ti.

ODISEO: La busco desde hace tiempo. Tú no sabes lo que es entornar los ojos para ilusionarse cada vez que se divisa una tierra. Yo no puedo aceptar y callar.

CALIPSO: Sin embargo, Odiseo, vosotros los hombres, decís que recuperar lo perdido es siempre una desgracia. El pasado no vuelve. Nada resiste el paso del tiempo. Tú que has visto el Océano, los monstruos y el Elíseo, ¿podrás reconocer todavía las casas, tus casas?

ODISEO: Tú misma dijiste que llevo la isla conmigo.

CALIPSO: Oh, pero cambiada, perdida, un silencio. El eco del mar entre los escollos o un poco de humo. Nadie podrá compartirla contigo. Las casas serán como el rostro de un viejo. Tus palabras tendrán un sentido diferente de las suyas. Estarás más solo que en el mar.

ODISEO: Pero sabré al menos que debo detenerme.

CALIPSO: No vale la pena, Odiseo. El que no se detiene ahora, ya mismo, no se detiene jamás. Lo que haces, seguirás haciéndolo siempre. Debes quebrar de una vez el destino, debes cambiar de calle y dejarte hundir en el tiempo...

ODISEO: No soy inmortal.

CALIPSO: Lo serás, si me escuchas. ¿Qué es la vida eterna sino este aceptar el instante que viene y el instante que se va? El éxtasis, el placer, la muerte, no tienen otra finalidad. ¿Qué ha sido hasta ahora de tu vagar inquieto?

ODISEO: Si lo supiera, ya me hubiese detenido. Pero olvidas algo.

CALIPSO: Dime.

ODISEO: Aquello que busco lo tengo en el corazón, como tú.

EL LAGO

Hipólito, cazador virgen de Trecenas, murió de mala muerte por despecho de Afrodita. Pero Diana lo hizo resucitar, lo transportó a Italia (Hesperia), sobre los montes Albanos, y lo destinó a su culto llamándolo Virbio. Virbio tuvo hijos de la ninfa Aricia.

Para los antiguos el Occidente –pensemos en la *Odisea*– era el país de los muertos.

(Hablan Virbio y Diana.)

VIRBIO: Te diré que al llegar aquí me gustó. Este lago me pareció el mar antiguo. Y fui feliz de vivir tu vida, de estar muerto para todos, de servirte en el bosque y en los montes. Aquí las fieras, las cumbres, los villanos no saben nada, te conocen sólo a ti. Es un país sin pasado, un país de los muertos.

DIANA: Hipólito...

VIRBIO: Hipólito ha muerto, tú me has llamado Virbio.

DIANA: Hipólito, vosotros, los mortales, ¿ni siquiera muriendo olvidáis la vida?

VIRBIO: Escucha. Para todos yo he muerto y te sirvo. Cuando tú me arrancaste del Hades para devolverme a la luz, no pedía más que moverme, respirar y venerarte. Me has puesto aquí donde tierra y cielo resplandecen, donde todo es

deleitabile y vigoroso, donde todo es nuevo. También la noche aquí es joven y honda, más que en mi patria. Aquí el tiempo no pasa. No se hacen recuerdos. Y tú reinas sola aquí.

DIANA: Estás todo impregnado de recuerdos, Hipólito. Pero quiero admitir por un instante que sea ésta una tierra de muertos: ¿qué otra cosa se hace en el Hades sino recordar el pasado?

VIRBIO: Te digo que Hipólito ha muerto. Y este lago que se parece al cielo nada sabe de Hipólito. Si yo no estuviera, esta tierra sería igualmente como es. Parece un país imaginado, visto desde más allá de las nubes. Una vez –todavía era muchacho– pensé que detrás de los montes de casa, lejos, donde el sol descende –bastaba caminar, caminar siempre– llegaría al país infantil de la mañana, de la caza, del juego perenne. Un esclavo me dijo: “Cuidado con lo que deseas, pequeño. Los dioses lo conceden siempre”. Era esto. No sabía que quería la muerte.

DIANA: Esto es otro recuerdo. ¿De qué te quejas?

VIRBIO: Oh, salvaje, no lo sé. Me parece que fue ayer que abrí los ojos aquí abajo. Sé que ha pasado tanto tiempo, y estos montes, esta agua, estos árboles grandes están inmóviles y mudos. ¿Quién es Virbio? ¿Soy distinto de un muchacho que cada mañana se despierta y vuelve al juego como si el tiempo no pasara?

DIANA: Tú eres Hipólito, el muchacho que murió por seguirme. Y ahora vives más allá del tiempo. No necesitas recuerdos. Conmigo se vive al día, como la liebre, como el ciervo, como el lobo. Y uno huye, persigue siempre. Ésta no es tierra de muertos, sino el vivo crepúsculo de una mañana perenne. No necesitas recuerdos, porque siempre has conocido esta vida.

VIRBIO: Sin embargo, el lugar aquí es verdaderamente más vivo que en mi patria. Hay en todas las cosas y en el sol una luz radiante, como si llegara desde adentro, un vigor que parecería no desgastado aún por los días. ¿Qué es para vosotros, dioses, esta tierra de Hesperia?

DIANA: No es distinta de las demás, bajo el cielo. Nosotros no vivimos de pasado o de porvenir. Cada día es para nosotros como el primero. Lo que a ti te parece un gran silencio es nuestro cielo.

VIRBIO: Sin embargo, he vivido en lugares que te son más queridos. He cazado en el Dídimo, he corrido a lo largo de las playas de Trecenas, pueblos pobres y salvajes como yo. Pero en este inhumano silencio, en esta vida más allá de la vida, me ha sido imposible respirar. ¿Qué es lo que la vuelve soledad?

DIANA: Qué muchacho eres. Un país donde el hombre no estuvo nunca, será siempre tierra de muertos. Desde tu mar y desde tus islas llegarán otros, y crearán transponer el Hades. Y hay otras tierras más remotas.

VIRBIO: Otros lagos, otras mañanas como éstas. El agua es más azul que las endrinas entre el verdor. Me parece que soy una sombra entre las sombras de los árboles. Cuanto más me caliento con este sol y me nutro con esta tierra, más me parece que me disuelvo en gotas y murmullos, en la voz del lago, en los gruñidos del bosque. Hay algo remoto detrás de los troncos, en las piedras, en mi propio sudor.

DIANA: Estos delirios son los mismos de cuando eras un muchacho.

VIRBIO: No soy más un muchacho. Te conozco a ti y vengo desde el Hades. Mi tierra está lejos, como las nubes allá arriba. Pero fíjate que paso entre los troncos y las cosas como si fuera una nube.

DIANA: Tú eres feliz, Hipólito. Si al hombre le está permitido ser feliz, tú lo eres.

VIRBIO: Es feliz el muchacho que fui, aquel que ha muerto. Tú lo has salvado, y te lo agradezo. Pero el renacido, tu siervo, el fugitivo que mira la encina y tus bosques, ése no es feliz, porque ni siquiera sabe si existe. ¿Quién le contesta? ¿Quién le habla? ¿El hoy, agrega algo a su ayer?

DIANA: Entonces, Virbio, ¿eso es todo?, ¿quieres compañía?

VIRBIO: Tú sabes lo que quiero.

DIANA: Los mortales terminan siempre por pedir esto.
¿Pero qué tenéis en la sangre?

VIRBIO: ¿Y a mí tú me preguntas qué es la sangre?

DIANA: Hay un sabor divino en la sangre derramada. Cuántas veces te he visto derribar a un ciervo o a una loba, cortarles la garganta y hundir allí las manos. Por eso me gustabas. Pero la otra sangre, la sangre vuestra, la que os hinche las venas y os enciende los ojos, no la conozco tanto. Sé que para vosotros es vida y destino.

VIRBIO: Ya una vez la he derramado. Y sentirla, inquieta y turbada, en un día como éste, me prueba que estoy vivo. Ni el vigor de las plantas ni la luz del lago me bastan. Estas cosas son como las nubes, eternas errantes de la mañana y de la noche, guardianas de los horizontes, figuras del Hades. Solamente otra sangre puede calmar a la mía. Y que fluya inquieta y luego saciada.

DIANA: En una palabra, tú querías degollar.

VIRBIO: No estás equivocada, salvaje. Antes, cuando era Hipólito, degollaba a las fieras. Me bastaba. Ahora, aquí, en esta tierra de los muertos, también las fieras se me diluyen entre las manos como nubes. Creo que la culpa es mía. Pero necesito estrechar contra mí una sangre caliente y fraternal. Necesito tener una voz y un destino. Oh salvaje, concédeme esto.

DIANA: Piénsalo bien, Virbio-Hipólito. Tú has sido feliz.

VIRBIO: No importa, Diana. Demasiadas veces me he mirado en el lago. Pido vivir, no pido ser feliz.

LAS BRUJAS

Odiseo llegó hasta Circe advertido del peligro e inmunizado mágicamente contra sus encantos. Por eso resultó inútil el golpe de varita de la maga. Pero la maga –antigua diosa mediterránea que perdiera su rango– sabía desde hacía tiempo que en su destino entraría un Odiseo. Esto no lo ha tenido en cuenta Homero, como hubiéramos querido.

(Hablan Circe y Leucotea.)

CIRCE: Créeme, Leucó, en un primer momento no comprendía. Sucede a veces que equivocamos la fórmula, sobreviene una amnesia. Sin embargo, yo lo había tocado. La verdad es que hacía tanto tiempo que lo esperaba que ya ni pensaba en él. En cuanto lo comprendí todo –él había dado un salto y empuñado la espada– me sonreí, tan grande fue mi alegría y al mismo tiempo mi desilusión. Hasta pensé poder prescindir de él, escapar al destino. “Después de todo es Odiseo”, pensé, “uno que quiere volver a su casa”. Pensaba ya en embarcarlo. Querida Leucó. Él manejaba aquella espada –ridículo y valiente como sólo un hombre puede serlo– y yo tenía que sonreír y mirarlo de arriba abajo, como hago con ellos, y sorprenderme y alejarme. Me sentía como una muchacha, como cuando éramos muchachas y nos preguntaban qué haríamos al llegar a grandes y nosotras nos echábamos a reír. Todo fue como un baile. Él me agarró por las muñecas, levantó la voz; yo me puse de todos los colores –pero estaba pálida, Leucó–, le abracé las rodillas y empecé a preguntarle: “¿Quién eres tú? por cuál tierra engendrado...” Pobrecito, pensaba, él no sabe lo que le espera. Era grande, de

pelo rizado, un hombre hermoso, Leucó. Qué estupendo cerdo, qué lobo hubiera sido.

LEUCOTEA: ¿Pero estas cosas se las dijiste durante el año que pasó contigo?

CIRCE: Oh muchacha, no hables de las cosas del destino con un hombre. Ellos creyeron que todo estaba dicho cuando lo llamaron la cadena de hierro, el decreto fatal. A nosotras nos llaman las señoras fatales, lo sabes.

LEUCOTEA: No saben sonreír.

CIRCE: Sí. Alguno de ellos sabe sonreír frente al destino, sabe reír después, pero mientras, necesita hacerlo todo en serio o morir. No saben bromear con las cosas divinas, no saben oírse recitar como nosotras. Su vida es tan breve que no pueden aceptar el hacer cosas ya hechas o sabidas. Si le decía una palabra en este sentido, también él, Odiseo, el valiente, dejaba de comprenderme y pensaba en Penélope.

LEUCOTEA: Qué aburrimiento.

CIRCE: Sí, pero ya ves, yo lo comprendo. Con Penélope no tenía que sonreír; con ella todo, aun la comida diaria, era serio e inédito –podrían prepararse para la muerte. Tú no sabes cuánto la muerte los atrae. Morir sí es un destino para ellos, una cosa sabida, pero se ilusionan con que morir cambia algo.

LEUCOTEA: ¿Por qué entonces no quiso convertirse en cerdo?

CIRCE: Ah, Leucó, no quiso ni siquiera convertirse en dios, y tú sabes cuánto le rogó Calipso, aquella tonta. Odiseo era así, ni cerdo ni dios, un hombre solo, extremadamente inteligente y hábil frente al destino.

LEUCOTEA: Dime, querida, ¿te gustó mucho con él?

CIRCE: Pienso una cosa, Leucó. Ninguna de nosotras, las diosas, quiso nunca hacerse mortal; ninguna lo ha deseado jamás. Sin embargo, aquí estaría la novedad que rompería la cadena.

LEUCOTEA: ¿Tú querías?

CIRCE: Qué dices, Leucó... Odiseo no comprendía por qué yo sonreía. A menudo ni siquiera comprendía que yo sonreía. Una vez creí haberle explicado por qué la bestia está más cerca de nosotros, los inmortales, que el hombre inteligente y valeroso. La bestia que come, que se aparea y carece de memoria. Él me contestó que en su patria lo esperaba un perro, un pobre perro que tal vez había muerto, y me dijo su nombre. Comprendes, Leucó, ese perro tenía un nombre.

LEUCOTEA: Los hombres nos dan también a nosotras un nombre.

CIRCE: Muchos nombres me dio Odiseo estando en mi cama. Cada vez un nombre distinto. Al principio fue como el grito de una bestia, de un cerdo o de un lobo, pero él mismo, poco a poco, se dio cuenta de que eran las sílabas de una sola palabra. Me ha llamado con los nombres de todas las diosas, con los nombres de nuestras hermanas, de la madre, de las cosas de la vida. Era como una lucha contra mí, contra el destino. Quería llamarme, tenerme, hacerme mortal. Quería quebrar algo. Empleó inteligencia y coraje –los tenía–, pero no supo sonreír jamás. No supo nunca qué significa la sonrisa de los dioses –de nosotras, que conocemos el destino.

LEUCOTEA: Ningún hombre nos comprende a nosotras y a la bestia. Los he visto a tus hombres. Convertidos en lobos o cerdos, rugen todavía como hombres enteros. Es una tortura. En su inteligencia hay hosquedad. ¿Tú has jugado mucho con ellos?

CIRCE: Me los gozo, Leucó. Me los gozo como puedo. No me fue dado tener a un dios en mi cama y, en cuanto a hombres, solamente tuve a Odiseo. Todos los otros que toco se vuelven bestias, se enfurecen y me buscan así, como bestias. Yo los poseo, Leucó, su furia no es mejor ni peor que el amor de un dios. Pero con ellos ni siquiera debo sonreír; los siento cubrirme y escapar luego a refugiarse en su cueva. No se me ocurre bajar la mirada.

LEUCOTEA: Y Odiseo...

CIRCE: No me pregunto quiénes son... ¿Quieres saber quién fue Odiseo?

LEUCOTEA: Dímelo, Circe.

CIRCE: Una noche me describió su llegada a Ea, el miedo de sus compañeros, los centinelas apostados sobre las naves. Me dijo que toda la noche escucharon los gruñidos y los rugidos, echados sobre mantas a orillas del mar. Y agregó que, al despuntar el día, vieron más allá de la selva levantarse una espiral de humo y gritaron de alegría, reconociendo la patria y las casas. Me dijo estas cosas sonriendo –como sonríen los hombres–, sentado a mi lado, delante de la chimenea. Dijo que quería olvidarse de quién era yo y de dónde se encontraba, y aquella noche me llamó Penélope.

LEUCOTEA: Oh Circe, ¿tan tonto ha sido?

CIRCE: Leucina, también yo fui tonta y le dije que llorara.

LEUCOTEA: Pero fíjate...

CIRCE: No, no lloró. Sabía que Circe ama a las bestias, que nunca lloran. Lloró más tarde. Lloró el día que le hablé del largo viaje que faltaba y del descenso al Averno y de la tremenda oscuridad del Océano. Este llanto que limpia la mirada y da fuerza, lo comprendo también yo, Circe. Pero esa noche me habló –riendo ambiguamente– de su infancia

y del destino, y me hizo hablar de mí. Hablaba riendo, comprendes.

LEUCOTEA: No comprendo.

CIRCE: Riendo. Con la boca y con la voz. Pero los ojos llenos de recuerdos. Y luego me dijo que cantara. Y cantando me senté frente al telar e hice de mi voz ronca una voz de la casa y de la infancia, la endulcé, fui Penélope para él. Se tomó la cabeza entre las manos...

LEUCOTEA: ¿Quién reía al final?

CIRCE: Nadie, Leucó. Aquella noche también yo fui mortal. Tuve un nombre: Penélope. Aquélla fue la única vez que, sin sonreír, miré de frente mi destino y bajé los ojos.

LEUCOTEA: ¿Y ese hombre amaba a un perro?

CIRCE: Un perro, una mujer, su hijo y una nave para recorrer el mar. Y el retorno innumerable de los días no le pareció jamás destino, y corría hacia la muerte sabiendo lo que era, y enriquecía la tierra con palabras y con hechos.

LEUCOTEA: Oh Circe, no tengo tus ojos, pero ahora quiero sonreír yo también. Fuiste ingenua. Le hubieras dicho que el lobo y el cerdo te cubrían como a una bestia y hubiera caído, se hubiera vuelto bestia él también.

CIRCE: Se lo dije. Torció apenas la boca. Después de un momento, me dijo: “Con tal de que no sean mis compañeros”.

LEUCOTEA: Celoso entonces.

CIRCE: Celoso no. Se preocupaba por ellos. Comprendía cualquier cosa. Excepto la sonrisa de nosotros, los dioses. Ese día que lloró sobre mi cama no lloró de miedo, sino porque ese último viaje se lo había impuesto el destino, era algo ya sabido. “¿Y entonces por qué hacerlo?”, me preguntó ciñéndose la espada y caminando hacia el mar. Yo le llevé la oveja negra y, mientras los compañeros lloraban, él divisó un vuelo de golondrinas sobre el techo y me dijo: “Ellas también se van. Pero ellas no saben lo que hacen. Tú, señora, lo sabes”.

LEUCOTEA: ¿Nada más te dijo?

CIRCE: Nada más.

LEUCOTEA: Circe, ¿por qué no lo mataste?

CIRCE: Ah, verdaderamente soy una estúpida. A veces olvido que nosotras sabemos. Y entonces me divierto como si fuera una muchacha. Como si todas estas cosas les sucedieran a los grandes, a los Olímpicos, y acontecieran así, inexorables pero hechas de absurdos, de imprevistos. Lo que nunca preveo es justamente haber previsto, saber cada vez lo que haré y lo que diré –y lo que hago y lo

que digo se torna así siempre nuevo, sorprendente, como un juego, como ese juego de ajedrez que Odiseo me enseñó todo, reglas y normas, pero tan bello e imprevisto, con sus piezas de marfil. Él me decía siempre que ese juego es la vida. Me decía que es una manera de vencer al tiempo.

LEUCOTEA: Demasiadas cosas recuerdas de él. No lo has hecho ni cerdo ni lobo, y lo has hecho recuerdo.

CIRCE: El hombre mortal, Leucó, sólo tiene esto de inmortal: el recuerdo que lleva y el recuerdo que deja. Nombres y palabras son esto. Ante el recuerdo, también ellos sonríen, resignados.

LEUCOTEA: Circe, también tú dices palabras.

CIRCE: Sé mi destino, Leucó. No temas.

EL TORO

Todos saben que Teseo, cuando volvía de Creta, fingió haber olvidado, sobre el árbol de la nave, las velas negras como señal de luto, y así su padre, creyéndolo muerto, se arrojó al mar y le dejó el reino. Esto es muy griego, tan griego como la aversión a todo místico culto de monstruos.

(Hablan Lélego y Teseo.)

LÉLEGO: Esa colina es la patria, señor.

TESEO: No hay tierra más allá del mar, divisada bajo la luz del crepúsculo, que no se parezca a la vieja colina.

LÉLEGO: Viendo desaparecer el sol detrás del Ida, también nosotros brindamos hace tiempo.

TESEO: Hermoso es irse y hermoso es volver, Lélego. Bebamos más. Bebamos por el pasado. Hermosa es toda cosa abandonada y reencontrada.

LÉLEGO: Hasta que estuvimos en la isla, tú no hablabas de la patria. No rememorabas muchas cosas abandonadas. Vivías, también tú, al día. Y te he visto dejar aquella tierra, como habías dejado las casas, sin darte vuelta. Esta noche, ¿rememoras el pasado?

TESEO: Nosotros estamos vivos, Lélego, delante de este vino y sobre nuestro mar. Uno rememora muchas cosas en

una noche como ésta, aunque mañana el vino y el mar no basten para darnos paz.

LÉLEGO: ¿Qué temes? Se diría que no crees en tu retorno. ¿Por qué no ordenas recoger las velas tenebrosas y vestir de blanco a la nave? Se lo prometiste a tu padre.

TESEO: Tenemos tiempo, Lélego. Tenemos tiempo mañana. Me gusta sentir chasquear sobre mi cabeza las mismas telas de cuando corríamos hacia el peligro y ninguno de vosotros sabía si volveríamos.

LÉLEGO: ¿Tú lo sabías, Teseo?

TESEO: Más o menos... Mi hacha no falla.

LÉLEGO: ¿Por qué hablas titubeando?

TESEO: No hablo titubeando. Pienso en la gente que ignoraba y en el gran monte y en lo que nosotros fuimos en la isla. Pienso en los últimos días en el palacio real, esa casa tan llena de plazas, y en los soldados que me llamaban el rey-toro, ¿recuerdas? En la isla, uno se convierte en lo que mata. Comenzaba a comprenderlos. Luego nos dijeron que en los bosques del Ida estaban las grutas de los dioses, donde nacían y morían los dioses. ¿Comprendes, Lélego? En esa isla matan a los dioses como a las bestias. Y quien los mata se vuelve dios. Nosotros, entonces, intentamos subir hasta el Ida...

LÉLEGO: Uno tiene coraje lejos de casa.

TESEO: Y nos dijeron cosas increíbles. Sus mujeres, aquellas grandes mujeres rubias que pasaban la mañana tendidas al sol sobre las terrazas del palacio, suben de noche a los prados del Ida y abrazan los árboles y los animales. A veces, se quedaban allí.

LÉLEGO: Únicamente las mujeres tienen coraje en la isla. Tú lo sabes, Teseo.

TESEO: Yo sólo sé una cosa: prefiero a las mujeres que se quedan en su telar.

LÉLEGO: Pero en la isla no hay telares. Todo lo compran en el mar. ¿Qué quieres que hagan las mujeres?

TESEO: Que no piensen en los dioses mientras se maduran bajo el sol. Que no busquen lo divino dentro de los troncos y en el mar. Que no persigan a los toros. Antes creía que la culpa la tenían los padres, esos mercaderes ingeniosos que se visten como las mujeres y les gusta ver a los muchachos revolotear sobre los toros. Pero no es esto, no es todo. Es otra sangre. Hubo un tiempo en que el Ida no conoció más que diosas. Una sola diosa. Era el sol, eran los troncos, era el mar. Y delante de esta diosa los hombres y los dioses se han aplastado. Cuando una mujer huye del hombre y se reencuentra dentro del sol, y dentro de la bestia, la culpa no es del hombre. Es la sangre corrupta, es el caos.

LÉLEGO: Sólo tú puedes decirlo. ¿Hablas de la extranjera?

TESEO: También de ella.

LÉLEGO: Tú eres señor y aquello que haces lo consideramos justo. Pero a nosotros nos parecía sumisa y dócil.

TESEO: Demasiado dócil, Lélego. Dócil como la hierba o como el mar. Tú la miras y comprendes que cede y ni siquiera te escucha. Como los prados del Ida, donde uno avanza con la mano sobre el hacha, pero llega un momento en que el silencio te sofoca y debes detenerte. Era un resuello como de fiera agazapada. También el sol parecía estar al acecho, también el aire. Con la gran Diosa no se combate. No se combate con la tierra, con su silencio.

LÉLEGO: Sé estas cosas, como tú. Pero la extranjera te ha hecho salir del foso. La extranjera ha dejada las casas. Esto no se hace entre sangre viva y sangre corrupta. La extranjera, siguiéndote, abandonaba a sus dioses.

TESEO: Pero los dioses no la han abandonado.

LÉLEGO: Decías también que los degüellan en el Ida.

TESEO: Y el que mata es un nuevo dios. Oh Lélego, uno puede degollar dioses y toros en la gruta, pero no puede matar lo divino que lleva en la sangre. También Ariadna era sangre de la isla. Yo la conocí como el toro.

LÉLEGO: Fuiste cruel, Teseo. ¿Qué habrá dicho, la desdichada, al despertarse?

TESEO: Oh, lo sé. Tal vez habrá gritado. Eso no importa. Habrá implorado a la patria, a sus casas y a sus dioses. La tierra y el sol no le faltan. Nosotros, extranjeros, para ella ya no somos nada.

LÉLEGO: Era hermosa, señor; estaba hecha de tierra y de sol.

TESEO: Nosotros, por el contrario, no somos más que hombres. Estoy seguro de que un dios, algún dios dulce y ambiguo y doliente, de esos dioses que han saboreado ya la muerte, de esos que llevan a la gran diosa en el regazo, le será enviado para consolarla. ¿Será un tronco, un caballo, un carnero? ¿Será un lago o una nube? Todo puede ser, sobre su mar.

LÉLEGO: Yo no sé, a veces tú hablas como si fueras un muchacho que juega. Eres el señor y te escuchamos. Otras veces eres viejo y cruel. Se diría que la isla te ha dejado algo de sí.

TESEO: También esto puede ser. Uno se convierte en lo que mata, Lélego. Tú no lo piensas, pero venimos desde lejos.

LÉLEGO: ¿Ni siquiera el vino de la patria te infunde calor?

TESEO: Todavía no hemos llegado a la patria.

EN FAMILIA

Son conocidos los luctuosos acontecimientos que afligieron la casa de los Atridas. Aquí será suficiente recordar algunas descendencias. De Tántalo nació Pelops; de Pelops, Tiestes y Atreo; de Atreo, Menelao y Agamenón; de este último, Orestes, que mató a la madre. Quien escribe está convencido –y no desde ayer– que la arcádica y marina Artemisa gozó de un espacio culto en esta familia (basta pensar en el sacrificio que con la atrida Ifigenia intentó hacer su padre).

(Hablan Cástor y Pólux.)

CÁSTOR: ¿Recuerdas, Pólux, cuando la arrancamos de las manos de Teseo?

PÓLUX: Valía la pena...

CÁSTOR: Entonces era una niña; recuerdo que corriendo aquella noche pensaba en el terror que debía sentir en ese bosque, sobre el caballo de Teseo, perseguida por nosotros... Éramos ingenuos.

PÓLUX: Ahora está en lugar seguro.

CÁSTOR: Ahora tiene la fuerza de los Frigios y de los Dárdanos. Ha puesto el mar entre ella y nosotros.

PÓLUX: Atravesaremos también el mar.

CÁSTOR: Yo no doy más, Pólux. Ya no nos corresponde a nosotros. Ahora es asunto de los Atridas.

PÓLUX: Atravesaremos el mar.

CÁSTOR: Convéncete, Pólux. No vale la pena. No seas ingenuo. Deja hacer a los Atridas –el porvenir les corresponde.

PÓLUX: Pero es nuestra hermana.

CÁSTOR: Debimos suponer que no se quedaría en Esparta. No es mujer para vivir en el fondo de un palacio.

PÓLUX: ¿Y qué más quiere, Cástor?

CÁSTOR: No quiere nada. De eso justamente se trata. Es la misma niña que era entonces. Es incapaz de tomar en serio a un marido o una casa. Pero de nada sirve correr tras ella. Verás que un día volverá con nosotros.

PÓLUX: Quién sabe qué harán ahora los Atridas para el rescate de la sangre. No es gente que soporte una injuria. Su honor es como el de los dioses.

CÁSTOR: Deja en paz a los dioses. Es una familia en la cual, antiguamente, se comían entre sí. En primer lugar, Tántalo, que adobó a su hijo...

PÓLUX: ¿Serán auténticas esas historias que se cuentan?

CÁSTOR: Son dignas de ellos. Gente que vive en las rocas de Micenas y de Esparta y se pone una máscara de oro; que es dueña del mar y lo mira solamente por los agujeros de las troneras, es capaz de todo. ¿Te has preguntado alguna vez, Pólux, por qué sus mujeres –nuestra hermana también– después de un tiempo se vuelven feroces y frenéticas, derraman y hacen derramar sangre? Las mejores no resisten. No hay un solo Pelópida –ni uno– a quien la esposa le haya cerrado los ojos. Si éste es un honor de dioses...

PÓLUX: Nuestra otra hermanita, Clitemnestra, aún resiste.

CÁSTOR: ...Esperemos hasta el final para decir “¡Viva!”

PÓLUX: Si tú sabías todo esto, ¿cómo pudiste consentir esas nupcias?

CÁSTOR: Yo no he consentido. Estas cosas suceden. Cada uno encuentra la mujer que se merece.

PÓLUX: ¿Qué quieres decir? ¿Que las mujeres son dignas de ellos? ¿Nuestra hermana tendría la culpa?

CÁSTOR: Cállate, Pólux. Nadie nos escucha. Es evidente que los Atridas y sus padres desposaron siempre a la misma mujer. Tal vez nosotros, hermanos de ella, no sabemos todavía muy bien quién es Helena. Fue necesario Teseo para darnos una prueba. Después de éste, el Atrida. Ahora, Paris el frigio. Yo me pregunto: ¿Es posible que todo esto sea casual? ¿Siempre tiene

ella que tropezar con ese tipo de hombre? Es evidente que está hecha para ellos, así como ellos para ella.

PÓLUX: Pero estás loco.

CÁSTOR: No hay ninguna locura en esto. Si los Pelópidas han perdido la cabeza —y algunos también el cuello— es cuestión suya. Son una estirpe de reyes marinos que no salen de su casa y les gusta mandar desde las alturas. Alguna vez, quizás, vieron el mundo. Tántalo, el primero, casi seguro. Pero luego vivieron encerrados con las mujeres y los montones de oro, sospechosos y descontentos, incapaces de un gesto válido, nutridos por el mar sobre una pobre tierra, comilones y gordos. ¿Te sorprende que hayan buscado algo fuerte, casi salvaje, para encerrar consigo en el monte? Siempre lo han encontrado.

PÓLUX: No comprendo qué tiene que ver en esto nuestra hermana, ni por qué dices que estaba hecha para Paris y Teseo.

CÁSTOR: Para ellos o para otros, Pólux, poco importa. Es del destino de los Atridas que estamos hablando. Ni la antigua Hipodamia, ni las nueras, tienen la culpa si todas ellas se parecen como una manada de yeguas. Parecería que a través de los tiempos, en esa familia, el mismo hombre ha buscado siempre a la misma criatura. Y la ha encontrado. Desde Hipodamia, hija de Enomao, hasta nuestras hermanas, todas ellas han sido obligadas a luchar y a defenderse. Es evidente que esto, a los Pelópidas, les gusta. No lo sabrán, pero les gusta. Es gente astuta y sangrienta. Son gordos tiranos. Necesitan una mujer que los castigue.

PÓLUX: Dices siempre Hipodamia, Hipodamia. Ya sé que Hipodamia azotaba a los caballos. Pero nuestras hermanas no tienen nada que ver en esto. La mano de Helena es la de una niña que no ha empuñado nunca el látigo. ¿Cómo puede parecersele?

CÁSTOR: Nosotros, Pólux, no sabemos gran cosa de las mujeres. Hemos crecido junto a ella. Nos parece siempre la niña que jugaba a la pelota. Pero para sentirse salvajes y frenéticas no es necesario que azoten a los caballos. Basta gustarle a un Menelao, a un rey del mar.

PÓLUX: ¿Qué cosa tan horrible ha hecho Hipodamia, después de todo?

CÁSTOR: Trataba a los hombres como a caballos. Conunció al auriga para que matara por ella a su padre. Hizo matar por Pelops al auriga. Engendró a los hermanos homicidas. Desencadenó un torrente de sangre. No huyó de las casas, eso no.

PÓLUX: ¿Pero no decías que Pelops tuvo la culpa?

CÁSTOR: Decía que a Pelops y a los suyos les gustaron mujeres así. Que estaban hechas para ellos.

PÓLUX: Helena no mata ni hace matar.

CÁSTOR: ¿Estás seguro de esto, hermano? Recuerda cuando se la volvimos a quitar a Teseo –tres caballos que corrían en el

bosque. Si no nos matamos, fue porque como muchachos que éramos, casi nos pareció estar jugando. Y ahora tú mismo te preguntas cuánta sangre derramarán los Atridas.

PÓLUX: Pero ella no instiga a nadie...

CÁSTOR: ¿Crees tú que Hipodamia instigó al auriga? Ella sonrió a su siervo y le dijo que el padre la quería para sí. Y ni siquiera dijo que a ella le desagradaba... Para matar basta una mirada. Luego, cuando Mirtilo se vio engañado por el hijo de Tántalo y quiso gritar, bastó que Hipodamia le dijera a su marino: “Él sabe todo lo de Enomao. Cuidate de él”. Los Pelópidas gozan con semejantes palabras.

PÓLUX: ¿Todas las mujeres matan, entonces?

CÁSTOR: No todas. Hay algunas que doblegan la cabeza y la vida las somete. Pero la roca las enfurece a ellas también. Los Pelópidas matan y son matados. Necesitan azotar o ser azotados.

PÓLUX: Nuestra hermana se conforma con huir.

CÁSTOR: ¿Tú lo crees, hermano? Recuerda a Aerope, la mujer de Atreo...

PÓLUX: Pero Aerope fue muerta en el mar.

CÁSTOR: No sin haber instigado antes a su amante para que robara los tesoros. He aquí una mujer a quien la roca enloqueció.

Una mujer que hubiera podido pasar la vida en una lujuria tranquila, engordando ella también al lado de su amante. Pero el amante era Tieste, y Atreo su marido. Se la habían elegido. No la dejaron salvarse. La enfurecieron a ella también. Los Pelópidas tienen sed de furia.

PÓLUX: ¿Quieres decir que a nuestra hermana la matarán como adúltera? ¿Que ella también es lujuriosa?

CÁSTOR: Si lo fuera, Pólux, si lo fuera. Pero no es lujurioso quien quiere. No lo es quien se casa con un Atrida. ¿No comprendes, hermano, que ellos han puesto su lujuria en el abrazo violento, en la bofetada y en la sangre? Con una mujer dócil y vil no saben qué hacer. Necesitan encontrar ojos fríos y homicidas, ojos que no se dobleguen. Como los agujeros de las troneras. Como los tenía Hipodamia.

PÓLUX: Nuestra hermana tiene esa mirada...

CÁSTOR: Necesitan a la virgen cruel. A la que pasa sobre los montes. Toda mujer con la que se casan es esto para ellos. Le adobaban los hijos, le degollaban las hijas...

PÓLUX: Son cosas pasadas.

CÁSTOR: Volverán a hacerlas, Pólux.

LOS ARGONAUTAS

También Píndaro nos recuerda el templo donde oficiaba Hieródulo, sobre el Acrocorinto. Uno podría suponer que los jóvenes matadores de monstruos –incluso Teseo de Atenas– tuvieron complicaciones con mujeres, si ya la tradición no lo sugiriera así. De una de las más atroces, Medea –bruja, celosa e infanticida–, nos habla larga y acaloradamente Eurípides en una querida tragedia.

(Hablan Jasón y Méliata.)

JASÓN: Abre más la cortina, Méliata; siento la brisa que la hincha. En una mañana como ésta, también Jasón quiere ver el cielo. Dime cómo está el mar; dime qué sucede en las aguas del puerto.

MÉLITA: Oh, rey Jasón, qué hermoso es todo desde aquí arriba. Los muelles están llenos de gente. Una nave se aleja en medio de las barcas, y el mar está tan límpido que la refleja invertida. Si vieras las banderas y las guirnaldas: ¡cuánta gente! Hasta se han trepado a las estatuas. Tengo el sol en los ojos.

JASÓN: Tus compañeras habrán ido también a saludarlos. ¿Las ves, Méliata?

MÉLITA: No sé, veo tanta gente. Y los marineros que nos despiden, pequeñitos, asidos a las jarcias.

JASÓN: Salúdalos, Méli­ta, debe ser la nave de Chipre. Pasarán por tus islas. Y junto con la fama de Corinto y de su templo, hablarán también de ti.

MÉLITA: ¿Qué quieres que digan de mí, señor? ¿Quién en esas islas se acordará de mí?

JASÓN: Los jóvenes siempre tienen quien los recuerde. Uno rememora con gusto a alguien que es joven. Y los dioses, ¿no son jóvenes? Por eso todos los recordamos y envidiamos.

MÉLITA: Los servimos, rey Jasón. Yo también sirvo a la diosa.

JASÓN: Y sin embargo habrá alguien, Méli­ta, un huésped, un marinero, que suba al templo para yacer contigo y no con otras. Alguno que deje para ti sola parte de la ofrenda. Yo estoy viejo, Méli­ta, y no puedo subir hasta allá arriba, pero hubo un tiempo, en Iolcos –tú no habías nacido todavía– en que hubiera subido a más de un monte para encontrarme contigo.

MÉLITA: Tú mandas y nosotras obedecemos... Oh, la nave iza las velas. Es toda blanca. Ven a verla, rey Jasón.

JASÓN: Quédate tú en la ventana, Méli­ta. Yo te miro mientras tú miras la nave. Es como si os viera tomar el viento juntas. Yo temblaría en la mañana. Estoy viejo. Vería demasiadas cosas sí mirase hacia allá.

MÉLITA: La nave se despliega bajo el sol. ¡Cómo vuela, ahora! Parece una paloma.

JASÓN: Y sólo va hasta Chipre. Desde Corinto, desde las islas, zarpan ahora naves que surcan el mar. Hubo un tiempo en que este mar estaba totalmente desierto. Nosotros fuimos los primeros en violarlo. Tú no habías nacido todavía. Qué lejano me parece.

MÉLITA: ¿Pero es posible, señor, que nadie se hubiera atrevido a cruzarlo?

JASÓN: Hay una virginidad en las cosas, Mélita, que infunde más miedo que el peligro. Piensa en el horror de las cumbres de los montes, piensa en el eco.

MÉLITA: No iré nunca a las montañas. Pero no creo que el mar le diera miedo a nadie.

JASÓN: No nos dio miedo, en efecto. Nosotros partimos de Iolcos una mañana como ésta; éramos todos jóvenes y los dioses estaban de nuestra parte. Era hermoso navegar sin pensar en el mañana. Luego comenzaron los prodigios. Era un mundo más joven, Mélita, los días como mañanas claras, las noches de espesa tiniebla –donde todo podía suceder.

A veces los prodigios eran fuentes, otros monstruos, otros hombres o rocas. Algunos de los nuestros desaparecieron, alguno murió. Cada llegada era un luto. Cada mañana el mar era más hermoso, más virgen. Los días transcurrían

en la espera. Luego llegaron las lluvias, llegaron nieblas y espumas negras.

MÉLITA: Son cosas que se saben.

JASÓN: El peligro no era el mar. Nosotros habíamos comprendido, llegada tras llegada, que aquel largo camino nos había madurado. Éramos más fuertes y despegados de todo –éramos como dioses, Méliita–, pero precisamente eso nos incitaba a hacer cosas mortales. Desembarcamos en Fasi, sobre prados de cólquicos. Ah, yo era joven entonces y consideraba mi suerte.

MÉLITA: Cuando se habla de vosotros, dentro del templo, se baja la voz.

JASÓN: Y algunas veces se ríe, lo sé, Méliita. Corinto es una ciudad alegre. Y se dice, lo sé “¿Cuándo dejará ese viejo de charlar sobre sus dioses? Si están tan muertos como los otros”. Y Corinto quiere vivir.

MÉLITA: Nosotros hablamos de la maga, rey Jasón, de aquella mujer que alguien ha conocido. Oh, dime cómo era.

JASÓN: Todos conocen a una maga, Méliita, salvo en Corinto, donde el templo enseña a reír. Todos nosotros, viejos o muertos, conocimos a una maga.

MÉLITA: ¿Pero la tuya, rey Jasón?

JASÓN: Violamos el mar, destruimos monstruos, pisamos prados de cólquicos –una nube de oro centelleaba en la selva– y no obstante todos morimos por el arte de una maga, por el encanto o la pasión de una maga. La cabeza de uno de nosotros terminó lacerada y cortada en un río. Alguno de nosotros que ahora está viejo –y te habla– vio a sus hijos sacrificados por la madre furiosa.

MÉLITA: Dicen que no ha muerto, señor, que sus encantos vencieron a la muerte.

JASÓN: Es su destino y no lo envidio. Respiraba la muerte y la esparcía. Quizás volvió a sus casas.

MÉLITA: Pero ¿cómo pudo tocar a sus hijos? Debe de haber llorado mucho...

JASÓN: Nunca la vi llorar. Medea no lloraba. Y sólo sonrió aquel día cuando dijo que estaba dispuesta a seguirme.

MÉLITA: Sin embargo, te siguió, rey Jasón; dejó la patria y el hogar y aceptó su suerte. Tú también fuiste cruel como un joven.

JASÓN: Era joven, Mélita. Y en aquel tiempo nadie se reía de mí. Pero no sabía aún que la sabiduría es la vuestra, la del templo, y le pedía a la diosa cosas imposibles. ¿Y qué era imposible para nosotros, destructores del dragón, señores de la nube de oro? Se hace el mal para ser grandes, para ser dioses.

MÉLITA: ¿Y por qué vuestra víctima es siempre una mujer?

JASÓN: Pequeña Méli­ta, tú perteneces al templo. ¿Y vosotras no sabéis que al templo –al vuestro– el hombre sube para ser dios al menos un día, una hora, para yacer con vosotros como si fueseis la diosa? Siempre el hombre pretende yacer con ella –luego comprende que ha estado con carne mortal, con la pobre mujer que sois vosotras y que son todas. Y entonces se enfurece, busca ser dios en otra parte.

MÉLITA: Sin embargo, hay quien se da por satisfecho, señor.

JASÓN: Sí, el que es viejo antes de tiempo o el que sube hasta vosotras. Pero no sin antes haberlo intentado todo. No el que ha visto otros días. ¿Has oído hablar del hijo de Egeo, que bajó al Hades para raptar a Perséfone –el rey de Atenas que murió arrojado al mar?

MÉLITA: Nos hablan de él los de Falero. Él también fue navegante, como tú.

JASÓN: Pequeño Méli­ta, fue casi un dios. Y encontró a su mujer más allá del mar, a una mujer que –como la maga– lo ayudó en su empresa mortal. La abandonó en una isla, una mañana. Luego ganó otras empresas y otros cielos y tuvo a Antíope, la lunar, una amazona indócil. Y después a Fedra, luz del día, y ésta también se mató. Y luego a Helena, hija de

Leda, y a otras más. Hasta que intentó rescatar a Perséfone de las fauces del Hades. A una sola no quiso, a la que huyó de Corinto –la asesina de los hijos–, la maga, lo sabes.

MÉLITA: Pero tú, señor, la recuerdas. Tú eres más bueno que aquel rey. Tú, desde entonces, no has hecho llorar a nadie.

JASÓN: He aprendido en Corinto a no ser un dios. Y te conozco a ti, Mélita.

MÉLITA: Oh, Jasón, ¿y qué soy yo?

JASÓN: Una mujercita marina que desciende del templo cuando el viejo la llama. Y también tú eres la diosa.

MÉLITA: Yo sirvo a la diosa.

JASÓN: La isla que lleva tu nombre, en Occidente, es un gran santuario de la diosa. ¿Lo sabes?

MÉLITA: Es un pequeño nombre, señor, que me han puesto en broma. A veces pienso en los bellos nombres de las magas, de las mujeres infelices que han llorado por vosotros...

JASÓN: Megara, Iole, Augea, Hipólita, Ónfala, Deyamira... ¿Sabes a quién hicieron llorar?

MÉLITA: Oh, pero aquél fue un dios. Y ahora vive entre los dioses.

JASÓN: Así se cuenta. Pobre Hércules. También él estaba con nosotros. No lo envidio.

LA VIÑA

Ariadna, abandonada por Teseo después de la aventura del laberinto, fue recogida en la isla de Naxos por Dionisio, que volvía de la India, y terminó en el cielo, entre las constelaciones.

(Hablan Leucotea y Ariadna.)

LEUCOTEA: ¿Llorarás mucho tiempo todavía, Ariadna?

ARIADNA: Oh, tú, ¿de dónde vienes?

LEUCOTEA: Desde el mar, como tú. Entonces, ¿has dejado de llorar?

ARIADNA: Ya no estoy sola.

LEUCOTEA: Creía que vosotras, las mujeres mortales, llorabais solamente cuando alguno os escuchaba.

ARIADNA: Por ser una ninfa, eres mala.

LEUCOTEA: ¿Así que se fue él también? ¿Por qué crees que te ha dejado?

ARIADNA: No me has dicho quién eres.

LEUCOTEA: Una mujer que ha hecho lo que tú no has hecho. He intentado matarme en el mar. Me llamaban Ino. Una diosa me ha salvado. Ahora soy la ninfa de la isla.

ARIADNA: ¿Qué quieres de mí?

LEUCOTEA: Si me hablas así, ya lo sabes. Vengo a decirte que tu querido muchacho, el de las bellas palabras y los bucles violeta, se fue para siempre. Te dejó plantada. La vela negra que ha desaparecido será el último recuerdo que te deja. Corre, chilla, forcejea; ya está hecho.

ARIADNA: ¿A ti también te dejaron plantada, puesto que has buscado matarte?

LEUCOTEA: No se trata de mí. Pero no mereces el discurso que te hago. Tú eres tonta y testaruda.

ARIADNA: Escucha, ninfa del mar, yo no sé si tú debes hablarme. Lo que dices es poco o demasiado. Si quiero matarme, sabré hacerlo sola.

LEUCOTEA: Créeme, tontuela. Tu dolor no es nada.

ARIADNA: ¿Y por qué vienes a decírmelo?

LEUCOTEA: ¿Por qué crees que él te ha dejado?

ARIADNA: Oh, ninfa, cállate...

LEUCOTEA: Y bien, llora. Así por lo menos es más fácil. No hables, no sirve de nada. Así desaparecen necesidad y soberbia. Así tu dolor aparece tal cual es. Pero hasta que tu corazón no explote, hasta que no lades como una perra y quieras apagarte en el mar como un tizón, no podrás decir que conoces el dolor.

ARIADNA: Ya ha explotado... mi corazón...

LEUCOTEA: Límitate a llorar, no hables... Tú no sabes nada. Otras cosas te esperan.

ARIADNA: ¿Cómo te llamas ahora, ninfa?

LEUCOTEA: Leucotea. Compréndeme, Ariadna. La vela negra se ha ido para siempre. Esta historia ha terminado.

ARIADNA: Es mi vida que termina.

LEUCOTEA: Otras cosas te esperan. Tú eres tonta. ¿No venerabas a ningún dios, en tu tierra?

ARIADNA: ¿Qué dios puede devolverme la nave?

LEUCOTEA: Te pregunto qué dios conocías.

ARIADNA: Hay un monte, en la patria, que infundía miedo también a los de la nave. Allá han nacido grandes dioses. Los adoramos. Ya los he invocado a todos, pero nadie me ayuda. ¿Qué haré? Dímelo tú.

LEUCOTEA: ¿Qué esperas de los dioses?

ARIADNA: Ya no espero nada.

LEUCOTEA: Entonces escucha. Alguien se mueve.

ARIADNA: ¿Qué quieres decir?

LEUCOTEA: Si te hablo, es porque alguien se mueve.

ARIADNA: Tú eres sólo una ninfa.

LEUCOTEA: Puede ocurrir que una ninfa anuncie a un gran dios.

ARIADNA: ¿Quién, Leucotea, quién es?

LEUCOTEA: ¿Piensas en el dios o en tu hermano muchacha?

ARIADNA: No lo sé. ¿Cómo dices? Yo me postro delante de los dioses.

LEUCOTEA: Entonces has comprendido. Es un nuevo dios. Es el más joven de todos los dioses. Te ha visto y le has gustado. Le llaman Dionisio.

ARIADNA: No lo conozco.

LEUCOTEA: Ha nacido en Tebas y recorre el mundo. Es un dios de la alegría. Todos lo siguen y lo aclaman.

ARIADNA: ¿Es potente?

LEUCOTEA: Mata riendo. Lo acompañan los toros y los tigres. Su vida es una fiesta. Y le gustas.

ARIADNA: ¿Pero cómo me vio?

LEUCOTEA: Quién puede decirlo. ¿Has estado alguna vez en una viña, situada al borde de una colina a lo largo del mar, a la hora lenta en que la tierra emana su olor? ¿Ese olor áspero y tenaz, como de higo o de pino? ¿Cuando la uva madura y el aire está pesado de mosto? ¿No has mirado nunca un granado, fruto y flor? Aquí reina Dionisio, en el frescor de la hiedra, en los pinares y en las eras.

ARIADNA: ¿No hay un lugar bastante solitario donde los dioses no nos vean?

LEUCOTEA: Querida mía, pero los dioses son el lugar, son la soledad, son el tiempo que pasa. Vendrá Dionisio y te parecerá que eres raptada por un gran viento, como esos torbellinos que pasan sobre las eras y las viñas.

ARIADNA: ¿Cuándo vendrá?

LEUCOTEA: Querida, yo lo anuncio. Por eso la nave se ha fugado.

ARIADNA: ¿Y a ti quién te lo ha dicho?

LEUCOTEA: Soy de Tebas, Ariadna. Soy hermana de su madre.

ARIADNA: En mi patria se cuenta que sobre el Ida nacían los dioses. Ningún mortal ha subido nunca más allá de los últimos bosques. Nosotros tememos también la sombra que cae desde el monte. ¿Cómo puedo aceptar las cosas que dices?

LEUCOTEA: Tú has osado mucho, pequeña. ¿Para ti no era como un dios también aquel que tenía bucles violeta?

ARIADNA: Le he salvado la vida a ese dios. ¿Qué he obtenido?

LEUCOTEA: Muchas cosas. Has temblado y sufrido. Has pensado en morir. Has sabido qué cosa es un despertar. Ahora estás sola y esperas a un dios.

ARIADNA: ¿Y él cómo es? ¿Muy cruel?

LEUCOTEA: Todos los dioses son crueles. ¿Qué quiere decir? Toda cosa divina es cruel. Destruye al ser caduco que resiste. Para despertarte más fuerte, tienes que ceder al sueño. Ningún dios sabe añorar nada.

ARIADNA: El dios tebano... éste tuyo... ¿has dicho que mata riendo?

LEUCOTEA: A quien se le resiste. Quien se le resiste se aniquila. Pero no es más despiadado que los demás. Sonreír es como respirar, para él.

ARIADNA: No es diferente de un mortal.

LEUCOTEA: También esto es un despertar, niña. Será como amar un lugar, un curso de agua, una hora del día. Ningún hombre vale tanto. Los dioses duran hasta que duran las cosas que los hacen. Mientras las cabras salten entre los pinos y las viñas, te gustará y le gustarás.

ARIADNA: Moriré como todas las cabras.

LEUCOTEA: Sobre las viñas, de noche, también hay estrellas. Es un dios nocturno el que te espera. No temas.

LOS HOMBRES

De Cratos y Bía –el poder y la fuerza– Hesíodo dice que “la casa no está lejos de Zeus”, en premio de la ayuda que le dieron en la lucha contra los Titanes. Todos conocen la huida de Zeus y sus muchas vicisitudes.

(Hablan Cratos y Bía.)

CRATOS: Se ha ido y camina entre los hombres. Toma el camino de los valles y se detiene entre las viñas o a la orilla del mar. A veces se aventura hasta las puertas de una ciudad. Nadie diría que es Padre y Señor. Me pregunto a veces qué quiere, qué busca. Después de que se ha luchado tanto para entregarle el mundo –los campos, las cumbres y las nubes– en las manos. Podría sentarse tranquilo acá arriba. No, señor. Camina.

BÍA: ¿Qué tiene de raro? Quien es señor, satisface sus caprichos.

CRATOS: Lejos del monte y de nosotros, ¿lo comprendes? Y es a nosotros, siervos suyos, que nos debe el ser un señor. Que se contente con que el mundo le tema y le ruegue. ¿Qué le hacen esos pequeños hombres?

BÍA: Son parte del mundo ellos también, mi querido.

CRATOS: No sé, algo ya no es más como antes. Nuestra madre dijo: “Vendrá como un vendaval y las estaciones

cambiarán”. Este hijo del Monte que manda con el gesto, no es como los viejos señores –la Noche, la Tierra, el viejo Cielo o el Caos. Se diría que el mundo está dividido. En un tiempo las cosas acontecían. De cada cosa llegaba el fin, y era un todo que vivía. Ahora, por el contrario, hay una ley y una mente. Él se hizo inmortal y con él nosotros, sus siervos. También los pequeños hombres piensan en nosotros; saben que deben morir y nos contemplan. Y hasta aquí los comprendo; es por esto que hemos combatido a los Titanes. Pero que él, el celeste que sobre el Monte nos prometió estos dones, deje las cumbres y vaya a quitarse los caprichos a cada momento y a hacerse hombre entre los hombres, no me gusta. ¿Y a ti, hermana?

BÍA: No sería señor si no pudiese interrumpir la ley que hizo. ¿Pero verdaderamente la interrumpe?

CRATOS: No lo comprendo, esto es lo que pasa. Cuando nosotros nos lanzamos sobre los montes, él sonreía como si hubiera ya vencido. Combatía con gestos y con breves palabras. No admitió nunca sentirse indignado; su enemigo ya había caído en tierra y él todavía sonreía. Aplastó así a los Titanes y a los hombres. Entonces me gustó; no tuvo piedad. Y sonrió así una vez más: cuando pensó darles a los hombres la mujer, la Pandora, para castigarlos por el robo del fuego. ¿Cómo es posible que ahora se complazca con viñas y ciudades?

BÍA: Tal vez la mujer, la Pandora, no es sólo una calamidad. ¿Por qué no quieres que se complazca con ella, si fue un regalo suyo?

CRATOS: ¿Pero tú sabes lo que son los hombres? Miserables cosas que deberán morir, más miserables que los gusanos o que las hojas del año anterior que murieron ignorándolo. Ellos, por el contrario, lo saben, lo dicen, y no dejan jamás de invocarnos, de querernos arrancar un favor o una mirada, de encendernos fuegos, justamente, esos fuegos que han robado del hueco de la caña. Y con las mujeres, con las ofrendas, con los cantos y las bellas palabras, han obtenido que nosotros, los inmortales, que alguno de nosotros descendiera hasta ellos, los mirara con benignidad, tuvieran hijos suyos. ¿Comprendes el cálculo, la astucia miserable y descarada? ¿Te das cuenta ahora por qué me acaloro tanto?

BÍA: Lo dijo la madre, y lo dices tú mismo, que el mundo ha cambiado. No es desde hoy que el Señor de los montes desciende hasta los hombres. ¿Olvidas acaso que en tiempos lejanos vivió prófugo, en una isla del mar, que allá murió y fue sepultado, como en aquel entonces le correspondía a los dioses?

CRATOS: Estas cosas se saben.

BÍA: Pero esto no significa que su gesto haya caducado. Al contrario, caducaron los señores del Caos, aquellos que en un tiempo reinaban sin ley. Antes el hombre, la fiera y también la piedra eran dios. Todo acontecía sin nombre y sin ley. Hacía falta la huida del dios, la gran impiedad de su exilio entre los hombres, cuando todavía era niño y mamaba de la cabra, y luego que se criara en el monte, entre las selvas; hacían falta las palabras de los hombres y las leyes

de los pueblos, y el dolor, la muerte y la añoranza, para hacer del hijo de Cronos el buen Juez, la Mente inmortal e inquieta. ¿Tú crees que lo ayudaste cuando aplastó a los Titanes? Si lo has dicho tú mismo: combatía como si hubiese ya vencido. El niño renacido se volvió señor viviendo entre los hombres.

CRATOS: Sea. La ley valía la pena. ¿Pero por qué insiste en volver allí ahora que es el rey de todos nosotros?

BÍA: Hermano, hermano, ¿quieres comprender que el mundo, aunque no es ya divino, justamente por esto es siempre nuevo y rico para quien desciende hasta él desde el monte? La palabra del hombre, que sabe que sufre y se fatiga y posee la tierra, revela maravillas a quien la escucha. Los dioses jóvenes, que se impusieron sobre los señores del Caos, recorren toda la tierra entre los hombres. Y si bien algunos conservan el amor de los lugares montañosos, de las grutas, de los cielos salvajes, lo hacen porque ahora los hombres han llegado también allá y su voz ama violar esos silencios.

CRATOS: Si solamente paseara, el hijo de Cronos. Si escuchara y castigara según la ley. ¿Pero cómo es que se resuelve a gozar y a dejarse gozar? ¿Cómo es que roba mujeres e hijos a esos mortales?

BÍA: Si tú los hubieras conocido, comprenderías. Son pobres gusanos, pero todo para ellos es imprevisto y descubrimiento. Uno conoce a la bestia, conoce al dios, pero nadie, ni siquiera nosotros, conocemos el fondo de esos corazones.

Hasta hay, entre ellos, quien se atreve a rebelarse contra el destino. Solamente viviendo con ellos y para ellos se gusta el sabor del mundo.

CRATOS: ¿O el de las mujeres, de las hijas de Pandora, esas bestias?

BÍA: Mujeres o bestias, es lo mismo. ¿Qué crees decir con esto? Son el fruto más rico de la vida mortal.

CRATOS: ¿Pero Zeus se les arrima como bestia o como dios?

BÍA: Tonto, se les arrima como hombre. Eso es todo.

EL MISTERIO

A todos nos gusta oír que los misterios eleusinos presentaban, para los iniciados, un modelo divino de inmortalidad en las figuras de Dionisio y Deméter (y Cora y Plutón). Nos gusta menos que nos recuerden que Deméter es la espiga –el pan– y Dionisio la uva, el vino. “Tomad y comed...”.

(Hablan Dionisio y Deméter.)

DIONISIO: Estos mortales son verdaderamente divertidos. Nosotros sabemos las cosas y ellos las hacen. Me pregunto qué serían nuestros días sin ellos. Qué seríamos nosotros, los Olímpicos. Nos llaman con sus vocecitas y nos dan nombres.

DEMÉTER: Yo existía ya antes que ellos, y puedo asegurarte que en aquel entonces uno estaba solo. La tierra era selva, serpientes, tortugas. Éramos la tierra, el aire, el agua. ¿Qué podíamos hacer? Fue entonces cuando adquirimos la costumbre de ser eternos.

DIONISIO: Esto no sucede con los hombres.

DEMÉTER: Es verdad. Todo aquello que tocan se vuelve tiempo. Se vuelve acción. Espera y esperanza. También morir para ellos significa algo.

DIONISIO: Tienen un modo de nombrarse a sí mismos, a las cosas y a nosotros, que enriquece la vida. Como las viñas que han sabido plantar sobre estas colinas. Cuando llevé el

sarmiento a Eleusis, no sabía que de unas pendientes tan feas y pedregosas hubieran hecho un país tan dulce. Lo mismo con el trigo y con los jardines. Dondequiera que gasten fatigas y palabras nace un ritmo, un sentido, un reposo.

DEMÉTER: ¿Y las historias que saben contar de nosotros? Me pregunto a veces si yo soy de verdad Gea, Rea, Cibeles, la Madre Grande, como me nombran. Saben darnos nombres que nos revelan a nosotros mismos, Iaco, y que nos arrancan de la abrumadora eternidad del destino para plasmarnos en los días y en los países donde estamos.

DIONISIO: Para nosotros tú eres siempre Deo.

DEMÉTER: ¿Quién diría que, en su miseria, tienen tanta riqueza? Para ellos yo soy un monte selvático y feroz, soy nube y gruta, soy señora de los leones, de los cereales y de los toros, de las rocas amuralladas, la cuna y la tumba, la madre de Cora. Todo se lo debo a ellos.

DIONISIO: También hablan siempre de mí.

DEMÉTER: ¿Y no deberíamos, Iaco, ayudarlos más, compensarlos de alguna manera, estar a su lado en la breve jornada que gozan?

DIONISIO: Tú les has dado los cereales; yo, la vid, Deo. Déjalos hacer. ¿Hace falta otra cosa?

DEMÉTER: Yo no sé cómo, pero lo que nos sale de las manos siempre es ambiguo. Es una espada de doble filo. Mi Triptolemo casi se ha hecho degollar por el huésped escita a quien llevaba el trigo. Y tú también, por lo que oigo, haces correr bastante sangre inocente.

DIONISIO: No serían hombres si no fuesen tristes. Su vida tiene que morir. Toda su riqueza es la muerte, que los obliga a ingeniarse, recordar y prever. Y además no creas, Deo, que vale más su sangre que el trigo o el vino con que la nutrimos. La sangre es vil, sucia, mezquina.

DEMÉTER: Tú eres joven, Iaco, y no sabes que es en la sangre donde nos han encontrado. Tú recorres el mundo, inquieto, y la muerte es para ti como un vino que exalta. Pero no pienses que todos los mortales han sufrido lo que narran de nosotros. Cuántas madres mortales han perdido a su Cora y no la han reencontrado jamás. Aún hoy el homenaje más valioso que saben hacernos es derramar sangre.

DIONISIO: ¿Pero es un homenaje, Deo? Tú sabes mejor que yo que cuando mataban a la víctima, en otro tiempo, creían que nos mataban a nosotros.

DEMÉTER: ¿Y podemos reprochárselo? Por eso te digo que nos han encontrado en la sangre. Si para ellos la muerte es el fin y el principio, tenían que matarnos para vernos renacer. Son muy infelices, Iaco.

DIONISIO: ¿Tú crees? A mí me parecen unos necios. O tal vez no. Dado que son mortales, le dan un sentido a la vida matándose. Ellos, las historias, tienen que vivirlas y morir las. Toma el caso de Icaro...

DEMÉTER: Aquella pobre Erígona...

DIONISIO: Sí, pero Icaro se ha hecho matar porque lo ha querido. Tal vez ha pensado que su sangre fuera vino. Vendimiaba, pisaba las uvas y trasegaba como un loco. Era la primera vez que en una era veían espumar el mosto. Han rociado con él los setos, los muros, las palas. También Erígona sumergió en él las manos. Y entonces, ¿por qué este viejo necio anda por los campos, se arrima a los pastores y los hace beber? Ellos, borrachos, envenenados, enfurecidos, lo han descuartizado sobre los setos, como a un chivo, y luego lo han sepultado para que se convirtiera también él en vino. Él lo sabía y lo ha querido. ¿Debía sorprenderse la hija, que había gustado ese vino? También ella lo sabía. ¿Qué más podía hacer, para terminar esta historia, que ahorcarse bajo el sol como un racimo de uva? Nada hay de triste en esto. Los mortales cuentan las historias con la sangre.

DEMÉTER: ¿Y te parece que esto es digno de nosotros? Tú que has preguntado qué seríamos sin ellos, sabes que un día pueden cansarse de nosotros los dioses. Ven entonces que la sangre, esta sangre mezquina, te importa.

DIONISIO: ¿Pero qué quieres que les demos? De cualquier cosa harán siempre sangre.

DEMÉTER: Hay una sola manera, y tú la sabes.

DIONISIO: Dime.

DEMÉTER: Darle un sentido a su muerte.

DIONISIO: ¿Cómo dices?

DEMÉTER: Enseñarles la vida beata.

DIONISIO: Pero es tentar al destino, Deo. Son mortales.

DEMÉTER: Escúchame. Llegará un día en que ellos mismos lo pensarán. Y lo harán sin nosotros, con un cuento. Hablarán de hombres que han vencido a la muerte. Ya han puesto a uno de ellos en el cielo; alguno desciende al infierno cada seis meses. Uno de ellos ha combatido con la muerte y le ha arrebatado una criatura... Compréndeme, Iaco. Lo harán solos. Y entonces nosotros volveremos a ser lo que fuimos: aire, agua y tierra.

DIONISIO: No vivirán por esto más tiempo.

DEMÉTER: Muchacho tonto, ¿qué crees tú? Pero morir tendrá un sentido. Morirán para renacer ellos también, y ya no necesitarán nada de nosotros.

DIONISIO: ¿Qué quieres hacer, Deo?

DEMÉTER: Enseñarles que nos pueden igualar más allá del dolor y la muerte. Pero decírselo nosotros. Enseñarles que, así como el trigo y la vid descienden al Hades para nacer, la muerte es para ellos una nueva vida. Darles este cuento. Conducirlos mediante este cuento. Enseñarles un destino que se entrelace con el nuestro.

DIONISIO: Morirán igualmente.

DEMÉTER: Morirán y habrán vencido a la muerte. Verán algo más que la sangre. Nos verán a nosotros dos. No temerán más a la muerte y no necesitarán aplacarla derramando otra sangre.

DIONISIO: Se puede hacer, Deo, se puede hacer. Será el cuento de la vida eterna. Casi los envidio. No conocerán el destino y serán inmortales. Pero no esperes que se detenga la sangre.

DEMÉTER: Pensarán solamente en la eternidad. A lo sumo, existe el peligro de que descuiden estas fértiles campiñas.

DIONISIO: Puede ser. Pero una vez que el trigo y la viña tengan el sentido de la vida eterna, ¿sabes qué verán los hombres en el pan y en el vino? Carne y sangre, como ahora, como siempre. Y carne y sangre manarán, ya no para aplacar a la muerte, sino para alcanzar la eternidad que les espera.

DEMÉTER: Se diría que ves el futuro. ¿Cómo puedes decirlo?

DIONISIO: Basta haber visto el pasado, Deo. Creo en mí. Pero te apruebo. Será siempre un cuento.

EL DILUVIO

El diluvio griego fue también el castigo de un género humano que había perdido el respeto a los dioses. Se sabe que la tierra fue después repoblada arrojando ciertas piedras.

(Hablan un sátiro y una hamadriade.)

HAMADRÍADE: Me pregunto qué dicen los mortales de esta agua.

SÁTIRO: ¿Qué saben ellos? La toman. Alguno espera que le brinde, tal vez, una cosecha mejor.

HAMADRÍADE: A esta hora la crecida de los ríos ha empezado a desarraigar las plantas. Ya llueve sobre el agua en todas partes.

SÁTIRO: Viven encerrados en las grutas y en los tugurios, sobre los montes. Escuchan llover. Piensan en la gente de los valles, que combate el agua, y se ilusionan.

HAMADRÍADE: Mientras dura la noche, se ilusionan. Pero mañana, bajo la luz pavorosa, cuando vean un solo mar hasta el cielo y las montañas empedregadas, no volverán a las grutas. Mirarán. Se echarán una bolsa sobre la cabeza y mirarán.

SÁTIRO: Los confundes con las bestias salvajes. Ningún mortal sabe comprender que muere y mirar a la muerte. Hace falta que corra, que piense, que diga. Que les hable a los que se quedan.

HAMADRÍADE: Pero esta vez nadie se queda. ¿Qué harán entonces?

SÁTIRO: Aquí los quiero ver. Cuando sepan que están todos condenados, todos indistintamente, se pondrán a festejarlo, ya verás. Tal vez nos vendrán a buscar a nosotros.

HAMADRÍADE: Y nosotros, ¿qué tenemos que ver?

SÁTIRO: Sí, tenemos que ver. Somos la fiesta, somos vida para ellos. Buscarán la vida con nosotros hasta el fin.

HAMADRÍADE: No comprendo qué vida les podemos dar. No sabemos ni siquiera morir. Todo lo que sabemos es mirar. Mirar y saber. Pero tú dices que ellos no miran y no saben resignarse. ¿Qué más pueden preguntarnos?

SÁTIRO: Tantas cosas, cabrita. Nosotros somos, para ellos, como bestias salvajes. Las bestias nacen y mueren como las hojas. A nosotros sólo nos ven desaparecer entre las ramas y entonces creen que tenemos no sé qué de divino—que cuando huimos a escondernos somos la vida que perdura en el bosque—, una vida como la suya pero perenne, más rica. Nos buscarán, te digo. Será su última esperanza.

HAMADRÍADE: ¿Con esta agua? ¿Y qué harán?

SÁTIRO: ¿No sabes qué es una esperanza? Creerán que un bosque donde estamos también nosotros no podrá ser sumergido. Se dirán a sí mismos que todos, absolutamente todos los hombres, no podrán desaparecer; de otro modo, ¿qué sentido tiene haber nacido y habernos conocido? Sabrán que los grandes, los Olímpicos, los quieren muertos pero que nosotros como ellos, como las pequeñas bestias, somos en suma la vida, la tierra, la verdadera cosa que importa. Sus estaciones se reducen a fiestas, y nosotros somos las fiestas.

HAMADRÍADE: Es cómodo. A ellos la esperanza, a nosotros el destino. Pero es tonto.

SÁTIRO: No tanto. Algo salvarán.

HAMADRÍADE: Sí, pero ¿quién ha provocado a los grandes dioses? ¿Quién ha hecho tanto desorden que hasta el sol se cubría el rostro? A ellos les corresponde, me parece. Se lo merecen.

SÁTIRO: Vamos, cabrita, ¿de verdad crees en estas cosas? ¿No piensas que, si verdaderamente hubiesen violado la vida, hubiera bastado la vida para castigarlos, sin que el Olimpo interviniera con el diluvio? Si alguien ha violado algo, créeme, no son ellos.

HAMADRÍADE: Mientras tanto deben morir. ¿Cómo estarán mañana, cuando sepan lo que acontece?

SÁTIRO: Escucha el torrente, pequeña. Mañana estaremos bajo el agua nosotros también. Tú, a quien le encanta mirar, verás cosas terribles. Menos mal que no podemos morir.

HAMADRÍADE: A veces, no sé. Me pregunto qué será morir. Esto es lo único que verdaderamente nos falta. Sabemos todo y no sabemos algo tan simple. Querría probar, pero luego despertarme, se entiende.

SÁTIRO: Escúchenla. Pero morir es juntamente esto, no saber que te has muerto. Y esto es el diluvio: morir tantos que no quede ya nadie para saberlo. Así acontecerá que nos vendrán a buscar y nos pedirán que los salvemos y querrán ser idénticos a nosotros, a las plantas, a las piedras, a las cosas insensibles que son mero destino. En ellas se salvarán. Cuando el agua se retire, emergerán nuevamente piedras y troncos, como antes. Y los mortales no piden más que ese “como antes”.

HAMADRÍADE: Extraña gente. Ellos tratan al destino y al porvenir como si fueran un pasado.

SÁTIRO: Esto quiere decir la esperanza. Darle nombre de recuerdo al destino.

HAMADRÍADE: ¿Tú crees que de verdad se volverán troncos y piedras?

SÁTIRO: Saben fabular, los mortales. Vivirán en el porvenir de acuerdo a cómo el terror de esta noche y de mañana los haya hecho fantasear. Serán bestias salvajes y peñascos y árboles. Serán dioses. Osarán matar a los dioses para verlos renacer. Se adjudicarán un pasado para huir de la muerte. No hay más que estas dos cosas –la esperanza o el destino.

HAMADRÍADE: Si es así, no sé compadecerlos. Debe ser hermoso hacerse solo, de esta manera caprichosa.

SÁTIRO: Es hermoso, sí. Pero no creas que saben que lo hacen por capricho. Las salvaciones más extraordinarias las encuentran a tientas, cuando ya están apresados y aplastados por el destino. No tienen tiempo de gozar su capricho. Sólo saben que pagan con su propia persona. Eso sí.

HAMADRÍADE: Si por lo menos este diluvio sirviera para enseñarles qué es el juego y la fiesta. El capricho que a nosotros, los inmortales, nos es impuesto por el destino y lo sabemos –¿por qué no aprenden a vivirlo como el instante eterno en su miseria? ¿Por qué no entienden que es justamente su labilidad la que los hace valiosos?

SÁTIRO: Todo no se puede hacer, pequeña. Nosotros que sabemos, no tenemos preferencia. Y ellos, que viven instantes imprevistos, únicos, desconocen su valor. Querrían nuestra eternidad. Esto es el mundo.

HAMADRÍADE: Mañana sabrás algo, ellos también. Y las piedras y la tierra, que un día volverán a la luz, no vivirán sólo de esperanza o de angustia. Verás que el mundo nuevo tendrá algo de divino en sus más lábiles mortales.

SÁTIRO: Dios lo quiero, cabrita. Me gustaría a mí también.

LAS MUSAS

Inmenso tema. Quien escribe sabe bien cuánto se ha atrevido avistando a un solo numen de las nueve, o tres por tres, o solamente tres, o también dos, Musas y Gracias. Pero está convencido de esto, como de muchas otras cosas. En este mundo que tratamos, las madres son a menudo las hijas, y viceversa. Se podría también demostrarlo. ¿Es necesario? Preferimos invitar al lector a que goce con el hecho de que según los griegos las fiestas de la fantasía y la memoria se desarrollaban casi siempre en los montes, más bien en las colinas, y se renovaban a medida que este pueblo bajaba a la península.

(Hablan Mnemosine y Hesíodo.)

MNEMOSINE: Concluyendo, tú no estás contento.

HESÍODO: Te digo que, si pienso en algo pasado, en las estaciones ya concluidas, me parece haberlo estado. Pero en el correr de los días, es distinto. Siento un fastidio de las cosas y los trabajos, idéntico al de un borracho. Entonces dejo todo y subo aquí, a la montaña. Pero si vuelvo a pensarlo, me parece nuevamente haber estado contento.

MNEMOSINE: Así será siempre.

HESÍODO: Tú que sabes todos los nombres, ¿cuál es el nombre de mi estado?

MNEMOSINE: Puedes llamarlo con tu nombre, o con el mío.

HESÍODO: No nombre humano, Mélete, no es nada. Pero tú, ¿cómo quieres ser llamada? Cada vez es distinta la palabra que te invoca. Tú eres como una madre cuyo nombre se pierde en los años. En las casas, o sobre los senderos desde donde se divisa la montaña, se habla mucho de ti. Se dice que en un tiempo vivías en montes más inaccesibles, donde hay nieves, árboles negros y monstruos, en la Tracia o en Tesalia, y te llamaban la Musa. Otros dicen Calíope o Clío. ¿Cuál es tu nombre verdadero?

MNEMOSINE: En efecto, vengo de allá. Y tengo muchos nombres. Tendré otros cuando haya descendido más... Aglaé, Egémona, Faena, según el capricho de los lugares.

HESÍODO: ¿A ti también el fastidio te arroja por el mundo? ¿Entonces no eres una diosa?

MNEMOSINE: Ni fastidio ni diosa, mi querido. Hoy me gusta este monte, el Helicón, acaso porque tú lo frecuentas. Amo estar donde están los hombres, pero un poco apartada. Yo no busco a nadie y converso con quien sabe hablar.

HESÍODO: Oh Mélete, yo no sé hablar. Y sólo me parece saber algo cuando estoy contigo. En tu voz y en tus nombres está el pasado, cada estación que recuerdo.

MNEMOSINE: En Tesalia, mi nombre era Mneme.

HESÍODO: Algunos, cuando hablan de ti, dicen que eres vieja como la tortuga, decrepita y dura. Otros te creen una ninfa aún por brotar, como el pimpollo o la nube...

MNEMOSINE: ¿Y tú qué dices?

HESÍODO: No sé. Eres Calíope y eres Mneme. Tienes la voz y la mirada inmortales. Eres como una colina o un curso de agua, a los que no se les pregunta si son jóvenes o viejos, porque para ellos el tiempo no está. Existen. No se sabe otra cosa.

MNEMOSINE: Pero tú también existes, querido, y para ti la existencia quiere decir fastidio y descontento. ¿Cómo te imaginas la vida de nosotras, las inmortales?

HESÍODO: No me la imagino, Mélete; la venero, como puedo, con corazón puro.

MNEMOSINE: Continúa, me gustas.

HESÍODO: He dicho todo.

MNEMOSINE: Os conozco a vosotros, los hombres, que habláis con los labios apretados.

HESÍODO: Delante de los dioses no podemos más que postrarnos.

MNEMOSINE: Deja estar a los dioses. Yo existía cuando aún no había dioses. Conmigo puedes hablar. Los hombres me lo dicen todo. Puedes adorarnos, si quieres, pero dime cómo te imaginas que yo vivo.

HESÍODO: ¿Cómo puedo saberlo? Ninguna diosa me ha considerado digno de su lecho.

MNEMOSINE: Tonto, el mundo tiene estaciones, y aquel tiempo ha terminado.

HESÍODO: Yo conozco solamente el campo que he trabajado.

MNEMOSINE: Eres soberbio, pastor. Tienes la soberbia del mortal. Pero será tu destino saber otras cosas. Dime, ¿por qué, cuando me hablas, te crees contento?

HESÍODO: Aquí puedo contestarte. Las cosas que tú dices no tienen en sí mismas ese fastidio de lo que acontece todos los días. Tú das nombres a las cosas que las vuelven distintas, inauditas, y sin embargo queridas y familiares como una voz que desde hace mucho tiempo callaba. O como el verse de improviso en un espejo de agua, lo que nos hace decir: “¿Quién es este hombre?”

MNEMOSINE: Mi querido, ¿no te ha sucedido nunca ver una planta, una piedra, un gesto, y experimentar la misma pasión?

HESÍODO: Me ha sucedido.

MNEMOSINE: ¿Y has encontrado el porqué?

HESÍODO: Es sólo un instante, Mélete. ¿Cómo puedo detenerlo?

MNEMOSINE: ¿No te has preguntado por qué un instante, semejante a tantos otros del pasado, te vuelve repentinamente feliz, feliz como un dios? Tú mirabas el olivo, el olivo sobre el sendero que has recorrido cada día durante años; llega el día en que el fastidio te deja y tú acaricias el viejo tronco con la mirada, como si fuera un amigo reencontrado y te dijera justo la única palabra que tu corazón esperaba. Otras veces es la mirada de un transeúnte cualquiera. Otras veces, la lluvia que insiste desde hace días. O el chillido estrepitoso de un pájaro. O una nube que dirías haberla visto antes. Por un instante el tiempo se detiene y sientes la cosa banal en tu corazón, como si el antes y el después no existieran ya. ¿No te has preguntado el porqué?

HESÍODO: Tú misma lo dices. Ese instante ha vuelto la cosa un recuerdo, un modelo.

MNEMOSINE: ¿No puedes imaginarte una existencia sólo hecha de estos instantes?

HESÍODO: Puedo imaginármela, sí.

MNEMOSINE: Entonces sabes cómo vivo.

HESÍODO: Yo te creo, Mélete, porque todo lo llevas en los ojos. Y el nombre de Euterpe, que muchos te dan, no me puede ya sorprender. Pero los instantes mortales no son una vida. Si yo quisiera repetirlos, perderían la flor. Vuelve siempre el fastidio.

MNEMOSINE: Sin embargo, has dicho que ese instante es un recuerdo. ¿Y qué otra cosa es el recuerdo sino pasión repetida? Compréndeme bien.

HESÍODO: ¿Qué quieres decir?

MNEMOSINE: Quiero decir que tú sabes lo que es una vida inmortal.

HESÍODO: Cuando hablo contigo me resulta difícil resistirte. Tú has visto las cosas desde el comienzo. Tú eres el olivo, la mirada y la nube. Dices un nombre y la cosa es para siempre.

MNEMOSINE: Hesíodo, cada día yo te encuentro acá arriba. Antes que a ti, he encontrado a otros en estos montes, sobre los ríos secos de la Tracia y de la Pieria. Tú me gustas más que ellos. Tú sabes que las cosas inmortales están a un paso de vosotros.

HESÍODO: No es difícil saberlo. Tocarlas es difícil.

MNEMOSINE: Hay que vivir para ellas, Hesíodo. Esto quiere decir: el corazón puro.

HESÍODO: Escuchándote, parece cierto. Pero la vida del hombre se desarrolla allá abajo, entre las casas, en los campos. Delante del fuego o en un lecho. Y cada día que despunta te pone delante la misma fatiga y las mismas faltas. Esto al final resulta fastidioso, Mélete. Hay una tormenta que renueva a los campos –ni la muerte ni los grandes dolores quitan el coraje. Pero la fatiga interminable, el esfuerzo de estar vivo hora tras hora, la noticia del mal ajeno, del mal mezquino, fastidioso como las moscas de verano –éste es el vivir que corta las piernas, Mélete.

MNEMOSINE: Yo vengo desde lugares más yermos, desde barrancos brumosos e inhumanos, donde sin embargo se ha abierto la vida. Entre estos olivos y bajo el cielo, vosotros no conocéis esa suerte. ¿Nunca has oído hablar del pantano Boebe?

HESÍODO: No.

MNEMOSINE: Es una landa brumosa de barro y de cañas, como era al principio de los tiempos, en un silencio burbujeante. Engendró monstruos y dioses de excremento y de sangre. De esto los Tesalios, hoy día, apenas hablan. No la cambian ni el tiempo ni las estaciones. Ninguna voz la alcanza.

HESÍODO: Pero entre tanto tú hablas de ella, Mélete, y le has atribuido una suerte divina. Tu voz la ha alcanzado.

Ahora es un lugar terrible y sacro. Los olivos y el cielo del Helicón no son toda la vida.

MNEMOSINE: Tampoco el fastidio, tampoco el retorno a las casas. ¿No comprendes que el hombre, todo hombre, nace en ese pantano de sangre? ¿Y que lo sagrado y lo divino os acompaña a vosotros también, dentro del lecho, en el campo, delante de la llama? Cada gesto que hacéis repite un modelo divino. Día y noche no tenéis un instante, ni siquiera el más fútil, que no brote desde el silencio de los orígenes.

HESÍODO: Tú hablas, Mélete, y no puedo resistirte. Si bastara por lo menos venerarte.

MNEMOSINE: Hay otra manera, mi querido.

HESÍODO: ¿Cuál es?

MNEMOSINE: Intenta decirle a los mortales estas cosas que sabes.

LOS DIOSES

–El monte está sin cultivar, amigo. Sobre el rojo pasto del último invierno hay manchas de nieve. Parece la piel del centauro. Estas alturas son todas así. Basta una insignificancia para que el campo vuelva a ser el mismo de cuando estas cosas acontecían.

–Me pregunto si es verdad que los han visto.

–¿Quién puede decirlo? Pero sí, los han visto. Han dicho sus nombres y nada más –aquí está toda la diferencia entre las fábulas y la verdad. “Era fulano o zutano”, “Hizo esto, dijo aquello”. Quien es sincero, se contenta. Ni siquiera sospecha que podrían no creerle. Los mentirosos somos nosotros, que no hemos visto nunca estas cosas y sin embargo sabemos exactamente qué piel tenía el centauro o el color de los racimos de uva en la era de Hicario.

–Basta una colina, una cima, una costa. Que fuera un lugar solitario y que tus ojos, subiéndolos, se detuvieran en el cielo. El increíble relieve de las cosas en el aire hoy nos conmueve todavía. Yo, por mi parte, creo que un árbol, una piedra perfilada contra el cielo, fueron dioses desde el comienzo.

–No siempre estas cosas han estado en los montes.

–Por supuesto. Aparecieron antes las voces de la tierra –las fuentes, las raíces, las serpientes. Si el demonio une la

tierra con el cielo, debe salir a la luz desde la oscuridad del suelo.

—No sé. Aquella gente sabía demasiadas cosas. Con un simple nombre designaban la nube, el bosque, los destinos. Seguramente vieron lo que nosotros apenas sabemos. No tenían tiempo ni les complacía perderse en sueños. Vieron cosas tremendas, increíbles, y ni siquiera se asombraron. Sabían de qué se trataba. Si ellos mintieron, tú también entonces, cuando dices “es de mañana” o “quiere llover”, has perdido la cabeza.

—Dijeron nombres, eso sí. Hasta tal punto, que a veces me pregunto si aparecieron antes las cosas o aquellos nombres.

—Aparecieron juntos, créeme. Y aparecieron aquí, en estos países vírgenes y solitarios. ¿Puede entonces sorprendernos que subieran hasta aquí? ¿Qué otra cosa podía buscar aquí esa gente, si no el encuentro con los dioses?

—¿Quién puede decir por qué se detuvieron aquí?

Pero en cada lugar abandonado queda un vacío, una espera.

—No se puede pensar en otra cosa acá arriba. Estos lugares tienen nombre para siempre. Queda sólo el pasto bajo el cielo; sin embargo, el hálito del viento provoca en el recuerdo más fragor que una tormenta en el bosque. No hay vacío, ni espera. Lo que ha sido, es para siempre.

–Pero están muertos y sepultados. Ahora los lugares son como antes que ellos llegaron. Quiero concederte que lo que dijeron fuera cierto. ¿Qué más queda? Admitirás que por los senderos ya no se encuentran dioses. Cuando digo “es de mañana” o “quiere llover” no hablo de ellos.

–Esta noche lo hemos hablado. Ayer hablabas del verano, y del deseo que sientes de respirar el aire tibio de noche. Otras veces hablas del hombre, de la gente que ha estado contigo, de tus preferencias antiguas, de los encuentros inesperados. Estas cosas aparecieron en otro tiempo. Yo, te lo aseguro, te he escuchado, como vuelvo a escuchar dentro de mí esos nombres antiguos. Cuando me cuentas lo que sabes no te contesto “¿qué quedó de todo aquello?”, o si aparecieron antes las palabras o las cosas. Vivo contigo y me siento vivo.

–No es fácil vivir como si fuera verdad lo que aconteció en otro tiempo. Cuando ayer nos sorprendió la niebla en los montes sin cultivar y alguna piedra rodó desde la colina hasta nuestros pies, no pensamos en las cosas divinas, ni en un encuentro increíble, sino sólo en la noche y en las liebres que huían. Quiénes somos y en qué creemos, surge frente a la necesidad, en la hora riesgosa.

–De esta noche y de las liebres será hermoso volver a hablar, con los amigos, cuando estemos en las casas. Sin embargo, ante este miedo debemos sonreír, pensando en la angustia de la gente de otro tiempo, para quienes todo lo que acontecía era mortal. Gente para la cual el aire estaba

lleno de miedos nocturnos, de amenazas misteriosas, de recuerdos pavorosos. Piensa tan sólo en las intemperies o en los terremotos. Y si esta angustia fue verdadera, como es indiscutible, también fue verdadero el coraje, la esperanza, el descubrimiento feliz de poderes de promesas de encuentros. Yo, por mi parte, no me canso de oír hablar de sus terrores nocturnos y de las cosas que esperaron.

—¿Y crees en los monstruos, crees en los cuerpos bestializados, en las piedras vivas, en las sonrisas divinas, en las palabras que aniquilaban?

—Creo en lo que todo hombre ha esperado y padecido. Si en otros tiempos subieron a estas alturas de piedra o si buscaron pantanos mortales bajo el cielo, fue porque allí encontraron algo que nosotros ignoramos. No era el pan ni el placer ni la preciada salud. Estas cosas se sabe dónde están. No aquí. Y nosotros que vivimos lejos, a la orilla del mar o en los campos, la otra cosa la hemos perdido.

—Nómbrela, entonces, esa cosa.

—Ya la sabes. Aquellos encuentros que tuvieron.

Notas sobre los textos

(extraídas de los manuscritos de Pavese)

Un borrador lleva como portada el título *Hombres y dioses*, borrado y sustituido por el de *Diálogos con Leucó*; la fecha 27 de febrero de 1946, Roma; un epígrafe latino borrado: *O fortes peioreque passi / mecum saape viri... / chas ingens iterabimus aequor.*

Una hojita fechada el 27 de febrero (1946), pero con algunos agregados posteriores (*El inconsolable*, *La flor*, *La nube*), lleva este índice temático:

<i>Los dos</i>	(<i>infancia salvación</i>)
<i>La madre</i>	(<i>infancia trágica</i>)
<i>En familia</i>	(<i>hado familiar</i>)
<i>Los Argonautas</i>	(<i>hado sexual</i>)
<i>Espuma de ola</i>	(<i>sexo trágico</i>)
<i>La fiera</i>	(<i>sueño divino-sexual</i>)
<i>El inconsolable</i>	(<i>liberación del sexo</i>)
<i>Las Musas</i>	(<i>hombre divino</i>)
<i>La flor</i>	(<i>aplastamiento y poesía</i>)
<i>La roca</i>	(<i>combate</i>)
<i>La Quimera</i>	(<i>derrota</i>)
<i>La nube</i>	(<i>audacia y derrota</i>)
<i>Las brujas</i>	(<i>intangibilidad</i>)

Un esbozo del mismo índice, presumiblemente anterior, otorga las mismas definiciones y el mismo orden a los títulos, hasta *Espuma de ola* inclusive, y prosigue luego de esta manera:

<i>Las Musas</i>	(hombre divino)
<i>La roca</i>	(hombre combatiente)
<i>La Quimera</i>	(hombre derrotado)
<i>La fiera</i>	(hombre aplastado)
<i>Las brujas</i>	(hombre intangible)

Un índice fechado el 5 de abril de 1946 lleva:

<i>La nube</i>	}	(Iniquidad divina)
<i>La Quimera</i>		
<i>La flor</i>		
<i>La fiera</i>		
<i>Espuma de ola</i>	}	(Tristeza humana)
<i>La madre</i>		
<i>Los dos</i>		
<i>La calle</i>		
<i>El inconsolable</i>	}	(Rebelión comfortable)
<i>La roca</i>		
<i>Las brujas</i>	}	(Ironía)
<i>Los Argonautas</i>		
<i>Las Musas</i>		(Poética)

En los márgenes de estos y de otros apuntes, el autor esboza una tablilla que le permite contar cuántos diálogos se refieren a los dioses (D) y cuántos a los hombres (H). Más adelante desarrolla estos apuntes en dos tablillas fechadas el 12 de abril (1946) y actualizadas posteriormente: una teniendo en cuenta *Quién habla* (por abscisas, los títulos de los diálogos; por eje de ordenadas, las columnas: *Dioses, Diosas, Hombres, Mujeres*, y anotando para cada diálogo los nombres de los personajes en la columna correspondiente); otra teniendo en cuenta *De quién se habla*, que aquí transcribimos con las sumas anotadas al pie de cada columna:

De quién se habla

	Dioses	Diosas	Hombres	mujeres
Nube	Dioses (titanes)			
Quimera	Dioses (Quimera)	Belerofonte		
Flor	Apolo		Jacinto	
Fiera		Artemis		
Espuma		Afrodita		Helena (Mujeres)

Madre				Atalanta
Hombres	Zeus			
Dos			Niños	
Calle	Destino (Esfinge)			
Dioses	Dioses			
Inconsolable				Eurídice
Lago			Hipólito	
Los fuegos			Atamante	
Roca	Dioses (Tita- nes)			
Brujas			Odiseo	
Viña	Dionisio		Teseo	
Familia		Artemis	Atridas	Helena
Toro				Ariadna

Argonautas				Medea (Mujeres)
Diluvio			Hombres	
Misterio			Icario	Erígona
Musas		Musas		
Huésped			Licaón	Calixto
Yeguas	Apolo		Asclepio	Coronis
	10	9	22	9

(Debe observarse que el título *El huésped* es atribuido al diálogo *El hombre-lobo*).

Una hojita escrita con lápiz lleva:

Orden cronológico

<i>Personajes</i>	}	<i>Las brujas</i>
		<i>La fiera</i>
		<i>La madre</i>
		<i>La roca</i>
		<i>La espuma de ola</i>
		<i>Los dos</i>
		<i>Los Argonautas</i>
		<i>Las Musas</i>
		<i>La Quimera</i>
		<i>Advertencia</i>
<i>Conceptos</i>	}	<i>En familia</i>
		<i>La flor</i>
		<i>La nube</i>
		<i>El inconsolable</i>
		<i>La calle</i>
		<i>El misterio</i>
		<i>El diluvio</i>
		<i>El lago</i>
		<i>Los ciegos</i>
		<i>La viña</i>

Milán, 3 de agosto de 1946

{ El toro
La isla
Los fuegos

y al dorso:

22 de febrero de 1947, Turín

El huésped
Las yeguas
Los dioses
El hombre-lobo
Los hombres

En un índice dactilografiado, con la fecha en lápiz 12 de septiembre de 1946 y con los títulos agregados en tinta:

“Las yeguas”, “Los fuegos”, “El huésped” y las indicaciones temáticas, leemos:

Diálogos con Leucó

Mundo titánico dioses
perversidades divinas

{ La nube
La Quimera
Los ciegos
Las yeguas
La flor
La fiera
Espuma de ola

<i>Tragedia de hombres aplastados por el destino</i>	{	<i>La madre</i> <i>Los dos</i> <i>La calle</i>
<i>Salvaciones humanas y dioses en situación embarazosa</i>	{	<i>El inconsolable</i> <i>El lago</i> <i>La nube</i> <i>Las brujas</i> <i>La viña</i> <i>La isla</i> <i>En familia</i> <i>El toro</i> <i>Los fuegos</i> <i>El huésped</i> <i>Los Argonautas</i>
<i>Dioses buenos</i>	{	<i>El ministerio</i> <i>El diluvio</i> <i>Las Musas</i>

Otro índice dactilografiado, sin fecha, presenta algunas variaciones en el orden y lleva añadidos con lápiz los títulos “Las yeguas”, “El huésped”, “Los dioses”. Las indicaciones temáticas son anotadas en el margen siguiendo el mismo orden y sin un signo neto de división entre los diálogos a los cuales se refieren:

caos X dioses
humanidad aplastada
humanidad trágica
humanidad sonriente y dioses

Para la “solapa de sobrecubierta” de la primera edición del volumen (octubre de 1947), el autor mismo escribió este texto de presentación:

Cesare Pavese, al que muchos se obstinan en considerar un testarudo narrador realista, especializado en los campos y periferias americano-piamonteses, nos descubre en estos Diálogos un nuevo aspecto de su temperamento. No hay escritor auténtico que no tenga sus lunas, algún capricho, su musa escondida, que de pronto lo inducen a volverse eremita. Pavese se ha acordado de cuando iba a la escuela y de lo que leía: se ha acordado de los libros que lee cada día, de los únicos libros que lee. Ha dejado por un momento de creer que su tótem y tabú, sus selváticos, los espíritus de la vegetación, el asesinato ritual, la esfera mítica y el culto de los muertos, fuesen inútiles extravagancias y ha querido buscar en ellos el secreto de algo que todos recuerdan, todos admiran un poco cansadamente bostezándoles encima una sonrisa. Y así han nacido estos Diálogos.

De cada diálogo damos la fecha de composición, anotada por el autor en los manuscritos. La fecha de iniciación del más antiguo “Las brujas” es el 13 de diciembre de 1945; la fecha de terminación del último “Los hombres” es el 31 de marzo de 1947. Gran parte de los diálogos fueron escritos en Roma, donde el autor vivió desde agosto de 1945 hasta mayo de 1946; entre junio y septiembre de 1946 fue a Turín; luego de nuevo a Roma; luego a Milán (y algunos días en el campo); desde

octubre de 1946 en adelante se estableció definitivamente en Turín.

En los días 8-9 de marzo de 1946, fueron escritas todas las “noticias”¹ que preceden los diálogos anteriores a aquella fecha.

La “advertencia” fue escrita el 20 de febrero de 1946 y transcrita el mismo día en el diario.

El título aparece citado quizás por primera vez en una carta dirigida a una amiga, el 27 de marzo de 1946: *He encontrado el título colectivo de los dialoguitos: Diálogos con Leucó. ¿Eh?*

La nube (21-27 marzo 1946).

En el borrador, el segundo parlamento de IXIÓN: *Nada ha cambiado sobre los montes (de Tesalia) (de los Lapitas)*. Al 6º parlamento de LA NUBE, la última frase: *(Yo también debo dejarte) (Nosotros debemos dejarnos)*, IXIÓN.

La Quimera (12-16 febrero 1946).

En el borrador, el primer renglón, en seguida corregido, era: *(Hablan Belerofonte e Hipóloco)*. Al actual 4º parlamento de SARPEDONTE (fusionado con el 3º y que se cerraba con: *(Maldice a los dioses)* seguía un parlamento de HIPÓLOCO: *¿Qué otra cosa puede hacer, Sarpedonte? Es su fin. Somos todos de la sangre de Sísifo. ¿De qué le ha valido a Belerofonte vivir justamente?*

1 En adelante, con la palabra “noticia” se indica la breve introducción que precede a cada diálogo. (N. de la T.)

Los ciegos (5-8 julio 1946).

Las yeguas (25-26 febrero 1947).

El borrador está acompañado por una hoja, fechada 24 de febrero, que contiene la nota que figura en el diario *El oficio de vivir* (bajo la misma fecha y seguida por la indicación *Para los Diálogos*):

Cronos era monstruoso pero reinaba en la edad del oro. Fue vencido y de allí nació el Hades (Tártaro), la Isla Beata y el Olimpo, infelicidad y felicidad contrapuestas e institucionales.

La edad titánica (monstruosa y áurea) es la de los hombres-monstruos-dioses indiferenciados. Tú consideras la realidad como siempre titánica, es decir, como caos humano-divino (monstruoso), que es la forma perenne de la vida. Presentas a los dioses olímpicos, superiores, felices, distanciados, como los aguafiestas de esta humanidad, a la cual también los olímpicos otorgan favores nacidos de la nostalgia titánica, del capricho, de la piedad arraigada en aquel tiempo.

Al pie de la misma hoja, las siguientes anotaciones:

Hermes ctonio / (*Trofonio*) / *Enodio*

hijo de Coronis (fr. 122) e *Ixión arcadio*.

h. de Flegias ecuestre

Asclepio.

Coronis en Laceria / colinas del Dídimo / llano de Loto / delante de las viñas de Amiro.

Quirón / h. de Cronos y Filira / h. de Melanipea (yegua negra) Quirón y Hermes ctonio elogian el amor bestial (iti-fálico y caballos) hacia Coronis que, por meterse con Apolo, terminó mal.

De una carta del autor a Mario Untersteiner, del 7 de mayo de 1948: *Recibo en este momento su tarjeta postal. Gracias por el consejo. La Thessalische Mythologie de la Philipppson, juntamente con aquel otro estudio menor sobre la Genealogie, formarían ciertamente un hermoso libro. Pero el problema es hasta qué punto le gustarían a un público no especializado. Lo pensaré. A mí aquel libro me hizo un gran efecto, y un diálogo de mi Leucó: Las yeguas, está todo impregnado de él.*

Los estudios en cuestión fueron luego traducidos y publicados en la “Colección de estudios religiosos, etnológicos y psicológicos”: Paula Philipppson, *Origini e forma del mito greco*, a cargo de Angelo Brelich, prefacio de Ernesto De Martino, Turín, 1949.

La flor (28 febrero-2 marzo 1946).

La fiera (18-20 diciembre 1945).

EL EXTRANJERO, el “dios caminante”, es Hermes; así está designado en la columna “Dioses” de la tablilla “Quién habla” (ver arriba).

Una hoja, evidentemente anterior a la primera redacción, lleva una serie de parlamentos sueltos para utilizar en este diálogo:

–Me mira tan dulce, pero para las otras cosas tiene una sonrisa, un relámpago, una petrificación cruel. Ah, el día en que me dirigirá esa mirada.

–lo sé que no soy hermoso, no lo digo por esto. Yo tiemblo por haber sido elegido.

–te lo he dicho a ti, como a extranjero y caminante, que eres un poco divino.

EXTRANJERO: *Cuidado, ¿tú conoces la leyenda de aquel (pastor) (el indiscreto) (Acteón)... ?*

–Buscado los cuernos (¿palabra incomprensible) de las cervatillas.

–¿Nunca conociste a nadie que fuese muchas cosas juntas, que las llevase consigo? Ella las lleva y es esas cosas.

–Ese día seré sangre esparcida delante de ella, seré (bocado en las fauces) (carne en la boca) del perro que acaricio y al que miro severamente cuando falla en el salto.

–¿Cómo soportas tales cosas, Endimión?

El parlamento de la *sangre esparcida*, en una primera redacción, estaba colocado más adelante y atribuido al Extranjero. Después de: sabrás por qué te ha escatimado su sonrisa, seguían estos parlamentos, probablemente como final del diálogo:

ENDIMIÓN: *Pero lo he visto. Es tierra y cielo.*

EXTRANJERO: *Es la muerte, Endimión. Ese día serás sangre esparcida, serás carne en la boca del perro que ella nutre y acaricia.*

ENDIMIÓN: *Esto pido y haré. Dime, extranjero.*

Espuma de ola (12-19 enero 1946).

De una copia dactilografiada, en el margen del parlamento de Safo: *Lo sé, Britomarte, lo sé. Pero ¿las has seguido en su camino? Hubo aquella etc.*; el autor ha anotado con lápiz los nombres de las mujeres desventuradas a las cuales alude en este orden: *Fedra, Ariadna, Andrómaca, Casandra, Medea, Io, Hele, Escila.*

La madre (26-28 diciembre 1945)

El final del 5º parlamento de Meleagro (*Aquí está la pena. Un enemigo no es nada*) había tenido variantes más difusas: *No fue miedo, Hermes, he degollado jabalíes –ver el propio destino en los ojos de un enemigo. Un enemigo no es nada –he degollado jabalíes–, pero sentir la propia suerte en las manos de quien está cerca es la pena.*

Los dos (18-20 enero 1946).

En el borrador, título borrado: *La muerte.*

La calle (7-12 abril 1946).

En el borrador, tres parlamentos borrados al principio:
MENDIGO: *En fin, cállate, Edipo. Eres viejo, a todos nos sucede;*

estás ciego, te lo has buscado; estás pobre ahora, pero fuiste un señor –da gracias que has sido señor y que has comido, bebido, dormido en un lecho. El que ha muerto está peor.
EDIPO: *Tú no comprendes ...M.: ¿Que una vez eras joven? Quédate tranquilo, porque envejecen todos. ¿Quién crees que eres?*

La roca (5-8 enero 1946)

La “noticia” introductoria comienza en el manuscrito con una frase luego eliminada: La noticia de que Quirón centauro estuviera destinado a rescatar con su sangre la libertad de Prometeo nos ha sido transmitida por Ateneo (25, 26). Aquí es necesario observar que en la historia del mundo, etc.

En el 10º parlamento de Prometeo, luego de y viví en un mundo sin dioses algunas líneas borradas en el borrador: Ayudé a tu estirpe (y fui uno de vosotros) que me inspiró piedad. Contra el destino, Heracles. Y llegué al punto de querer morir.

El inconsolable (30 marzo-3 abril 1946).

En el borrador, una primera redacción de la “noticia”: Que las fiestas de Dionisio aludían a muerte y renacimiento, y que todo lo que es sexo, ebriedad y sangre remite al mundo subterráneo, salta a los ojos. El tracio Orfeo, que peregrinaba por el Hades, cantor soberano y víctima lacerada como Dionisio mismo, es una figura riquísima y pasible todavía de muchas interpretaciones.

En una primera hoja de borrador, el diálogo se iniciaba con el parlamento de Bacante: Orfeo, no puedo creerte, etc.

Orfeo: Te repito que me he dado vuelta a propósito. Estaba harto de estos pensamientos. Y diles a aquellas otras que me siguen que si dándome vuelta pudiese arrojarlas al infierno también a ellas, lo haría.

El hombre-lobo (15-16 marzo 1947).

El huésped (22-23 febrero 1947).

El fuego (18-21 septiembre 1946).

La isla (8-11 septiembre 1946).

El último parlamento de Odiseo, en una redacción anterior, era: Buscando una isla, te he encontrado a ti...

El lago (28-30 junio 1946).

Las brujas (13-15 diciembre 1945).

En la primera redacción del borrador Leucó se llamaba Leucina. Variantes del final: a continuación del Penúltimo parlamento de Circe, después de resignados: Yo sé que ninguno de ellos cambiaría su pasado y su porvenir por nuestro eterno presente. Quien de ellos ha aceptado, ha debido primero morir. L.: Circe, ¿por qué entonces no lo has matado? C.; Yo fui Penélope, Leucina. / Soy una diosa y no el destino. / Lo tengo en los ojos y sonrío. Lo que ha sido, será. L.: Circe, tú olvidas a los lobos.

El toro (11-18 agosto 1946).

En una hojita con fecha 23 de junio, hallada entre los borra-dores de las poesías, se leen dos parlamentos, probablemente una primera anotación para estos diálogos:

–¿No le has prometido a tu padre que cambiarías las velas?

–Un padre no sabe lo que hacen sus hijos.

En familia (21-24 febrero 1946).

En una carta a una amiga del 26 de febrero de 1946, Pavese escribe: Esta mañana te he enviado otro dialoguito, En familia, que creo te gustará. Trata el habitual problema de la mujer fatal, pero ironizado. En el borrador, el penúltimo parlamento de Cástor: Tienen necesidad de la virgen cruel (De Artemis, Pólux). (De aquella que no tiene nombre). (De aquella que vive sobre los montes). (Le adobaban los hijos, en el pasado).

Los Argonautas (24-25 enero 1946).

En la “noticia” el adjetivo querida, referido a la tragedia de Eurípides, sufrió una serie de correcciones y oscilaciones: simpática; excelente a nosotros llegada; realista; lineal; célebre; su “Casa de muñecas”. Después de tragedia, existía una frase final, luego borrada: *Pero no será inútil consultar a propósito de esta historia también el poema de Apolonio de Rodas.*

En el 9º parlamento de Jasón, en el margen del borrador, esta anotación: *comenzamos a pensar que hecho esto (violada la seda), hubiéramos debido, para estar a la altura, hacer cosas titánicas.*

La viña (26-31 julio 1946).

La primera página del borrador lleva arriba una anotación fechada *20 julio*, con el título “*Observaciones*” para

evitar, que se refiere probablemente a otro texto: *Después de cada sorbo el bebedor tuerce la cabeza, debate la cara como el nadador; satisfecho, vuelve a beber, es cómico.* Más abajo, anotaciones en el margen: *Dionisio / vid / pino / en el tirso / higo / hiedra / en la sangre / granada / Toro o cabro/ criba.*

Los hombres (29-31 marzo 1947).

En el borrador lleva el título “El hombre”.

El misterio (6-7 mayo 1946).

El diluvio (26 mayo-6 junio 1946).

Intitulado en principio “La lluvia”.

Las Musas (30 enero-1 febrero 1946).

Los dioses (9-11 marzo 1947).

El título en el borrador aparece como “Los lugares”.

Índice

Sobre la presente edición	IX
Noticia sobre la vida y la obra de Cesare Pavese.	XI
Noticia sobre <i>Diálogos con Leucó</i>	XXXI
Una nota a la traducción	XLI

Diálogos con Leucó

La nube	45
La Quimera	51
Los ciegos	57
Las yeguas	63
La flor	69
La fiera.	75
Espuma de ola	83
La madre	91
Los dos.	97
La calle.	104
La roca	110
El inconsolable.	117
El hombre-lobo	124
El huésped	130
Los fuegos	136
La isla.	143
El lago	148
Las brujas.	154
El toro.	162
En familia	167

Los argonautas	174
La viña	182
Los hombres	189
El misterio	194
El diluvio	201
Las musas	207
Los dioses	215
Notas sobre los textos	219



EDICIÓN DIGITAL
septiembre de 2018
Caracas - Venezuela

Para la primera edición de *Diálogos con Leucó*, el mismo autor escribió breve presentación: “Cesare Pavese, al que muchos se obstinan en considerar un testarudo narrador realista, especializado en los campos y periferias americano-piemonteses, nos descubre en estos *Diálogos* un nuevo aspecto de su temperamento. No hay escritor auténtico que no tenga sus lunas, algún capricho, su musa escondida, que de pronto lo inducen a volverse eremita. Pavese se ha acordado de cuando iba a la escuela y de lo que leía: se ha acordado de los libros que lee cada día, de los únicos libros que lee. Ha dejado por un momento de creer que su tótem y tabú, sus selváticos, los espíritus de la vegetación, el asesinato ritual, la esfera mítica y el culto de los muertos, fueron inútiles extravagancias y ha querido buscar en ellos el secreto de algo que todos recuerdan, todos admiran un poco cansadamente, bostezándoles encima una sonrisa. Y así han nacido estos *Diálogos*”.

Cesare Pavese (Italia, 1908-1950) Poeta y novelista italiano. Estudió Filología inglesa en la Universidad de Turín y, tras su licenciatura, se dedicó por completo a traducir a numerosos escritores norteamericanos, como Sherwood Anderson, Gertrude Stein, John Ernst Steinbeck y Ernest Miller Hemingway, así como a escribir crítica literaria. Fue uno de los fundadores de la editorial Einaudi. Sus escritos antifascistas, publicados en la revista *La Cultura*, lo condujeron a la cárcel. Durante la Segunda Guerra Mundial formó parte de la resistencia antifascista. Publicó los siguientes libros: *Trabajar cansa* (poesía, 1936), *Allá en tu aldea* (narrativa, 1941), *La playa* (narrativa, 1942), *El compañero* (narrativa, 1947), *Diálogos con Leucó* (poesía, 1947), *La casa de la colina* (narrativa, 1949), *La luna y las fogatas* (narrativa, 1950), *El oficio de vivir* (diario póstumo, 1952), entre otros.

